



L'OSSErvatore ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA

Peregrinos de esperanza





Sumario

■ EDITORIAL

Buenos (inquietantes) propósitos
ANDREA MONDA en páginas 3-4

Concistorio
en páginas 4-5

■ LA NAVIDAD EN VATICANO

Discurso del Papa a la Curia Romana en ocasión
del saludo de Navidad en páginas 7-9

A los empleados de la Curia Romana, para la felici-
tación de Navidad en páginas 10-11

Santa misa de Nochebuena en la Solemnidad de la
Natividad del Señor en páginas 12-14

Solemnidad de la Natividad del Señor. Santa misa
y homilía del Papa en páginas 15-16

Mensaje *Urbi et Orbi* del Santo Padre
León XIV en páginas 17-19

Fiesta de San Esteban protomártir. Ángelus del Pa-

pa León XIV en páginas 20-21

Catequesis del Papa en la Audiencia general del
miércoles, 31 de diciembre de 2025 en páginas 22-23

Primeras Vísperas de la Solemnidad de María San-
tíssima y el “Te Deum” en páginas 24-25

En la solemnidad de la Epifanía, misa en la basílica
vaticana en páginas 30-31

■ LA PAZ EN EL MUNDO

Jornada Mundial de la Paz 2026: *¿Por qué una paz
no violenta y sin armas?* en páginas 35-36

Mensaje de León XIV para la 59^a Jornada Mundial
de la Paz en páginas 37-41

Discurso a los embajadores en páginas 42-

■ DOCUMENTACIÓN

Intervenciones en páginas 99



L'OSSERVATORE
ROMANO

*Edición
en lengua española*

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va

www.osse.it
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852

e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €

Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va

Buenos, (inquietantes) propósitos

ANDREA MONDA

El 1 de enero, como en el día del cumpleaños, nos volvemos como Jano bifronte, capaz de ver contemporáneamente tanto adelante como atrás. El cristianismo ha dado dos nombres importantes a estas dos miradas: gratitud y esperanza. La memoria del pasado impulsa al agrado, la visión del futuro abre a la esperanza. Los dos movimientos se realizan también en sentido inverso: si en ti habita la gratitud, custodiarás viva la memoria, si te abres a la esperanza tendrás la visión del futuro.

Y sin embargo, especialmente en Occidente, en Europa, cada vez menos Viejo Continente y cada vez más Continente viejo (hemos pasado del sustantivo al adjetivo), estos dos nombres, estas dos posturas, están como en dificultad, parecen no circular como moneda común, sustituidos sin embargo por el cansancio y la desconfianza. Las felicitaciones que se intercambian en la me-

dianoche del 31 de diciembre suenan a veces como suspiros de resignación. La euforia gritada y exhibida en los canales de televisión entre los corchos de champán que saltan y los fuegos artificiales parecen precisamente realidades artificiales, lentejuelas para ocultar una tristeza de fondo, una mirada en última instancia cínica al mundo y a los tiempos considerados en su mayoría malvados y sin sentido. Podría pensarse que es una tristeza nacida de la soledad, de la crisis de las relaciones humanas, agobiadas y frágiles. Algo se ha roto en el «mantenimiento» de las relaciones, una artesanía que requiere sobre todo paciencia y escucha. Desde hace décadas se escucha decir que vivimos en Occidente dentro de una sociedad consumista e individualista, y en los últimos años se ha añadido otro adjetivo pesado: narcisista. De hecho, parece que en los países más ricos en el mundo se ha querido dar crédito a la provocación inhe-



rente en la frase de Jean Paul Sartre «el infierno son los otros». Afirmación en el fondo “honesta” pero de horizonte corto, limitado. Hija de la ecuación: otro enemigo igual. Con todo lo que le sigue. Con su inquietante lucidez otro agudo pensador del siglo XX, Carl Schmitt, afirmaba por su parte que «el poder se concentra en torno a un enemigo». Podemos cruzar estas dos afirmaciones y echar un vistazo al escenario del mundo que se inclina hacia 2026, y probablemente encontraremos muchas confirmaciones a esas dos sugerencias. Probablemente.

Pero después está Jesús. Jesús niño. La paradoja y el escándalo del Dios niño. Porque «Dios ama esperar con el corazón de los pequeños» recordó León XIV en la homilía de las vísperas del 31 de diciembre, añadiendo que «y de hecho el mundo va adelante así, impulsado por la esperanza de tantas personas sencillas, desconocidas, pero no para Dios, que a pesar de todo creen en un futuro mejor, porque saben que el futuro está en las manos de Aquel que le ofrece la esperanza más grande».

El Niño Jesús: perseguido de bebé y obligado a emigrar para escapar de la sangrienta persecución de los poderosos de la época. Y Jesús nos dice que «los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hágais así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve» (Lucas 22, 25-26). Jesús cambia las tallas, trastoca nuestros viejos y rígidos esquemas, y nos dice que el servicio, no el poder, es el camino a la felicidad. Que el “tú” debe reemplazar al “yo” y convertirse en la primera persona, capaz de pasar inmediatamente del singular al



plural. Y finalmente, nos dice lo que Roberto Benigni llamó «la frase más impactante jamás pronunciada sobre la faz de la Tierra» (es bonito citar a un cómico al comenzar un nuevo año; los comediantes, según Fellini, son los verdaderos benefactores de la humanidad), que es «ama a tu enemigo».

Estos son entonces los buenos propósitos, que normalmente se hacen al principio de una nueva aventura, día, semana, mes o año que sea: amar a los propios enemigos. Relegarse del engorroso y formal papel de “enemigos”. Intentemos decir que “los demás son el paraíso”. O, con la misma honestidad del filósofo francés, repitamos lo que dice un personaje de la novela más leída del siglo XX: “Desesperado como estaba, mi enemigo era mi única esperanza”. Los otros, aquellos que serían el infierno, llaman amenazadoramente a las puertas de nuestra perezosa tranquilidad e instintivamente se nos presentan como enemigos, pero si intentamos ampliar nuestro horizonte, que es nuestro corazón, quizás podamos comprender (y acoger) que esta irrupción inesperada y desordenada, que genera profunda inquietud, es nuestra única oportunidad posible (mucho más que probable) de salvación, quizás la última que queda.



El próximo encuentro del Colegio cardenalicio se celebrará en junio

Sinodalidad y misión en el centro de la reflexión del Consistorio

El colegio cardenalicio se ha reunido en Roma del 7 al 8 de enero, convocados por el Papa León XIV, para celebrar el que ha sido el primer Consistorio Extraordinario de este pontificado. El encuentro ha contado con la participación de 170 cardenales, procedentes de todo el mundo. Al finalizar la reunión de los purpurados se ha anunciado una nueva convocatoria para finales de junio, y a partir del año que viene se celebrará una vez al año en un encuentro de 3 ó 4 días.

"Me complace mucho acogerlos y darles la bienvenida. ¡Gracias por su presencia!". Con estas palabras, el Papa León XIV abrió el Consistorio en la tarde del miércoles 7 de enero. En el discurso que dirigió a los presentes, recordó que "la unidad atrae, la división dispersa" y precisó que "esto también se refleja en la física, tanto en el microcosmos como en el macrocosmos". Por lo tanto, para ser una Iglesia verdaderamente misionera, es decir, capaz de dar testimonio de la fuerza atractiva de la caridad de Cristo, "debemos ante todo poner en práctica su mandamiento, el único que nos dio después de lavar los pies a sus discípulos", indicó el Pontífice. Tal y como explicó el Papa León XIV, en estos días han tenido la oportunidad de experimentar una reflexión comunitaria sobre cuatro temas: *Evangelii gaudium*, o bien, la misión de la Iglesia en el mundo actual; *Praedicate Evangelium*, es decir, el servicio de la Santa Sede, especialmente a las Iglesias particulares; Sínodo y sinodalidad, instrumento y estilo de colaboración; y liturgia, fuente y culmen de la vida cristiana. Pero por razones de tiempo y para favorecer un análisis más profundo, "sólo dos de ellos serán objeto de una exposición específica" explicó el Santo Padre. Finalmente, los temas elegidos por los cardenales fueron la sinodalidad y el espíritu misione-



ro.

"Estoy aquí para escuchar", afirmó el Papa. "Como aprendimos durante las dos Asambleas del Sínodo de los Obispos de 2023 y 2024, la dinámica sinodal implica por excelencia la escucha. Cada momento de este tipo es una oportunidad para profundizar en nuestro aprecio compartido por la sinodalidad", precisó a continuación. Al mismo tiempo, señaló que esta jornada y media que han pasado juntos "será una prefiguración de nuestro camino futuro. No debemos llegar a un texto, sino mantener una conversación que me ayude en mi servicio a la misión de toda la Iglesia".

Al finalizar los trabajos de la tarde del miércoles, el Papa se dirigió nuevamente a los presentes. León XIV no participó directamente en los grupos, sino únicamente en la sesión plenaria, donde los nueve secretarios de las mesas, compuestos por cardenales extranjeros (los de la Curia Romana son más fáciles de consultar, tal y como explicó el Pontífice), presentaron, en un máximo de tres minutos, su trabajo y explicaron las razones de la elección de los dos temas, que centrarán las sesiones de esta mañana y la última de esta tarde. En su breve saludo, el Papa también citó las palabras de uno de los secretarios, quien sugirió que "el camino fue tan importante como

la conclusión del trabajo en la mesa". Es esa experiencia de colegialidad la que el Pontífice espera que sea fruto de este Consistorio: este, "ofrece a la Iglesia y al mundo un cierto testimonio de voluntad, de deseo, reconociendo el valor de unirnos, de hacer el sacrificio de un camino –para algunos de ustedes, muy largo– para venir, estar juntos y buscar juntos lo que el Espíritu Santo quiere para la Iglesia hoy y mañana". Aunque el tiempo de la reunión ha sido "muy breve", pero "es un momento muy importante también para mí", dijo León XIV reiterando que es "importante que trabajemos juntos, que discernamos juntos, que busquemos lo que el Espíritu nos pide".

La segunda jornada del Consistorio inició con la celebración eucarística en la Basílica de San Pedro. En la homilía el Santo Padre destacó que no están aquí para promover "agendas" –personales o grupales–, sino "para confiar nuestros proyectos e inspiraciones al escrutinio de un discernimiento que nos supera 'como el cielo se alza por encima de la tierra' (Is 55,9) y que solo puede venir del Señor". Asimismo, indicó que el colegio cardenalicio, aunque rico en muchas capacidades y dones notables, no está llamado a ser "un equipo de expertos", sino "una comunidad de fe, en la que los dones que cada uno aporta, ofrecidos al Señor y devueltos por Él, produzcan el máximo fruto, según su Providencia".

También subrayó que, aunque "no siempre conseguiremos encontrar soluciones inmediatas a los problemas que debemos afrontar", siempre, "podremos ayudarnos mutuamente" y en particular ayudar al Papa a encontrar los "cinco panes y los dos peces" que la Providencia nunca hace faltar cuando sus hijos piden ayuda. Lo que ustedes ofrecen a la Iglesia con su servicio –dijo el Papa a los cardenales– "es algo grande y extremadamente personal y profundo, único para cada uno y valioso para todos" y la responsabilidad que



comparten con el Sucesor de Pedro "es grave y onerosa". Al concluir los trabajos del Consistorio, en la tarde del jueves 8 de enero, se celebró un encuentro con la prensa en la oficina de prensa de la Santa Sede, en la que participaron los cardenales Luis José Rueda Aparicio, arzobispo de Bogotá, Colombia; Stephen Brislin, arzobispo de Johannesburgo (Sudáfrica), y Pablo David, obispo de Kalookan (Filipinas).

Los tres cardenales ponentes ofrecieron también un balance de los temas y del clima general del encuentro. La sinodalidad, la necesidad de vivirla como "compañeros de camino", su reflejo en el ejercicio de la autoridad, en la formación y en el trabajo de los nuncios, así como la necesidad de vivirla en la Curia con "una mayor internacionalización", junto con la relectura de la exhortación apostólica de Francisco, *Evangelii gaudium*, –un texto que no ha "caducado" con el Pontificado anterior y que sigue interpelando a las diócesis, a la Curia romana y al propio Papa– fueron el centro de las reflexiones de los grupos lingüísticos. Veinte grupos en total: once formados por cardenales no electores y nueve por cardenales electores, ordinarios de diócesis y nuncios aún en servicio, tal y como explicó el director de la Sala de Prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni. En la intervención final del Papa en el Consistorio, aunque no era un tema específico previsto, quiso dedicar unas palabras a un problema que "hoy sigue siendo verdaderamente una herida en la vida de la Iglesia en muchos lugares", es decir, "la crisis" generada por los abusos sexuales. Un tema denunciado en varias ocasiones por el Papa estadounidense en estos meses de pontificado. "El abuso mismo causa una herida profunda que quizás dura toda la vida; pero muchas veces el escándalo en la Iglesia se produce porque la puerta ha estado cerrada y las víctimas no han sido acogidas, acompañadas con la cercanía de auténticos pastores", afirmó el León XIV en su discurso en la Aula Pablo VI.

LA NAVIDAD EN VATICANO



Misión y comunión

No somos pequeños jardineros dedicados a cuidar el propio huerto, sino que somos discípulos y testigos del Reino de Dios, llamados a ser en Cristo fermento de fraternidad universal, entre pueblos distintos, religiones diferentes, entre mujeres y hombres de toda lengua y cultura. Y esto se realiza, sobre todo, a través de dos aspectos fundamentales de la vida de la Iglesia: la comunión y la misión. León XIV lo enfatizó en su discurso a la Curia Romana durante la audiencia de felicitación navideña celebrada la mañana del lunes 22 de diciembre, en el Aula de las Bendiciones. El Papa entregó a los presentes un ejemplar del libro "La práctica de la presencia de Dios", de Fray Lorenzo de la Resurrección, carmelita francés del siglo XVII, en la nueva edición publicada recientemente por la Editorial Vaticana. Publicamos, a continuación, el discurso del Pontífice.

Señores Cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, queridos hermanos y hermanas: La luz de la Navidad viene a nuestro encuentro, invitándonos a redescubrir la novedad que, desde la humilde gruta de Belén, recorre la historia humana. Atraídos por esta novedad, que abarca toda la creación, caminamos con alegría y esperanza, porque ha nacido para nosotros el Salvador (cf. Lc 2,11): Dios se ha hecho carne, se ha convertido en nuestro hermano y permanece para siempre como el Dios-con-nosotros. Con esta alegría en el corazón y con un profundo sentido de gratitud, podemos mirar los acontecimientos que se suceden, también en la vida de la Iglesia. Por eso, ahora que estamos en la víspera de las fiestas navideñas, mientras saludo cordialmente a todos y agradezco al Cardenal Decano sus palabras siempre llenas de entusiasmo: hoy el Salmo nos dice que son setenta nuestros años,

ochenta para los más robustos, así que celebramos también con ustedes, deseo en primer lugar recordar a mi querido predecesor, el Papa Francisco, que este año ha concluido su vida terrenal. Su voz profética, su estilo pastoral y su rico magisterio han marcado el camino de la Iglesia en estos años, animándonos principalmente a volver a colocar en el centro la misericordia de Dios, a dar un mayor impulso a la evangelización, a ser una Iglesia alegre y gozosa, acogedora con todos, atenta a los más pobres.

Inspirándome precisamente en su Exhortación apostólica Evangelii gaudium, quisiera volver sobre dos aspectos fundamentales de la vida de la Iglesia: la misión y la comunión.

La Iglesia es, por naturaleza, extrovertida, abierta al mundo, misionera. Ha recibido de Cristo el don del Espíritu para llevar a todos la buena nueva del amor de Dios. Signo vivo de este amor divino por la humanidad, la Iglesia



existe para invitar, llamar y reunir al banquete festivo que el Señor prepara para nosotros, para que cada uno pueda descubrirse hijo amado, hermano del prójimo, hombre nuevo a imagen de Cristo y, por lo tanto, testigo de la verdad, la justicia y la paz.

Evangelii gaudium nos anima a avanzar en la transformación misionera de la Iglesia, que encuentra su fuerza inagotable en el mandato de Cristo Resucitado. «En este “id” de Jesús están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos estamos llamados a esta nueva “salida” misionera» (EG, 20). Este estado de misión deriva del hecho de que Dios mismo, primero, se puso en camino hacia nosotros y, en Cristo, vino a buscarnos. La misión comienza en el corazón de la Santísima Trinidad:

Dios, en efecto, consagró y envió a su Hijo al mundo para que «todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). El primer gran “éxodo”, por tanto, es el de Dios, que sale de sí mismo para venir a nuestro encuentro. El misterio de la Navidad nos anuncia precisamente esto: la misión del Hijo consiste en su venida al mundo (cf. San Agustín, *La Trinidad*, IV, 20.28). De ese modo, la misión de Jesús en la tierra, que se prolonga por el Espíritu Santo en la misión de la Iglesia, se vuelve criterio de discernimiento para nuestra vida, para nuestro camino de fe, para las praxis eclesiales, como también para el servicio que llevamos adelante en la Curia Romana. Las estructuras, en efecto, no deben entorpecer, detener la carrera del Evangelio o impedir el dinamismo de la evangelización; por el contrario, debemos «procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras» (*Evangelii gaudium*, 27).

Por eso, en el espíritu de la responsabilidad bautismal, todos estamos llamados a participar en la misión de Cristo. También el trabajo de la Curia debe estar animado por este espíritu y promover la solicitud pastoral al servicio de las Iglesias particulares y de sus pastores. Necesitamos una Curia Romana cada vez más misionera, donde las instituciones, las oficinas y las tareas estén pensadas atendiendo a los grandes desafíos eclesiales, pastorales y sociales de hoy, y no sólo para garantizar la administración ordinaria.

Al mismo tiempo, la misión en la vida de la Iglesia está estrechamente ligada a la comunión. El misterio de la Navidad, efectivamente, mientras celebra la misión del Hijo de Dios entre nosotros, contempla también su finalidad: Dios ha reconciliado consigo al mundo por medio de Cristo (cf. 2 Co 5,19) y, en Él, nos ha hecho sus hijos. La Navidad nos recuerda que Jesús ha venido a revelarnos el verdadero rostro de Dios como Padre, para que todos pudiéramos ser sus hijos y, por tanto, hermanos y hermanas entre nosotros. El amor del Padre, que Jesús encarna y manifiesta en sus gestos de liberación y en su predicación, nos hace capaces, en el Espíritu Santo, de ser signo de una nueva humanidad, no fundada en la lógica del egoísmo y el individualismo, sino en el amor mutuo y la solidaridad recíproca.

Esta es una tarea más urgente que nunca ad intra y ad extra.

Lo es ad intra, porque la comunión en la Iglesia permanece siempre como un desafío que nos llama a la conversión. A veces, detrás de una aparente tranquilidad, se agitan los fantasmas de la división. Y estos nos hacen caer en la tentación de oscilar entre dos extremos opuestos: uniformar todo sin valorar las diferencias o, por el contrario, exasperar las diversidades y los puntos de vista en vez de buscar la comunión. Así, en las relaciones interpersonales, en las dinámicas internas de las oficinas y los roles, o tratando los temas que se refieren a la fe, la liturgia, la moral u otros, se corre el riesgo de ser víctimas

de la rigidez y de la ideología, con las contraposiciones que ello implica.

Pero nosotros somos la Iglesia de Cristo, somos sus miembros, su cuerpo. Somos hermanos y hermanas en Él. Y en Cristo, aun siendo muchos y diferentes, somos uno: “In Illo uno unum”.

Estamos llamados también, y sobre todo aquí en la Curia, a ser constructores de la comunión de Cristo, que pide configurarse como Iglesia sinodal, donde todos colaboran y cooperan en la misma misión, cada uno según el propio carisma y el rol recibido. Pero esto se construye, más que con las palabras y los documentos, mediante gestos y actitudes concretos que deben manifestarse en lo cotidiano, también en el ambiente laboral. Me gusta recordar lo que escribía san Agustín en su carta a Proba: «En todos los negocios humanos, nada es grato para el hombre si no tiene por amigo al hombre». Sin embargo, se preguntaba con una pizca de amargura: «¿Quién puede hallarse que sea tan buen amigo, que podamos tener en esta vida seguridad cierta de su intención y de sus costumbres?» (Carta 130, 4).

Esta amargura en ocasiones se abre camino entre nosotros cuando, quizás después de muchos años ofrecidos al servicio de la Curia, notamos con desilusión que, a algunas dinámicas vinculadas al ejercicio del poder, al afán de sobresalir, al cuidado de los propios intereses, les cuesta cambiar. Y cabe preguntarse: ¿es posible ser amigos en la Curia Romana, tener relaciones de amiga-

ble fraternidad? En el esfuerzo cotidiano es hermoso cuando encontramos amigos en quienes poder confiar, cuando caen máscaras y engaños, cuando las personas no son usadas y pasadas por encima, cuando hay ayuda mutua, cuando se reconoce a cada uno el propio valor y la propia competencia, evitando generar insatisfacciones y rencores. Hay una conversión personal que debemos desear y perseguir, para que en nuestras relaciones pueda transparentarse el amor de Cristo que nos hace hermanos.

Esto se vuelve un signo también ad extra, en un mundo herido por discordias, violencia y conflictos, en el que vemos también un aumento de la agresividad y la rabia, frecuentemente instrumentalizadas por el mundo digital y la política. La Navidad del Señor trae consigo el don de la paz y nos invita a ser un signo profético en un contexto humano y cultural demasiado fragmentado. El trabajo de la Curia y el de la Iglesia en general debe pensarse también en este amplio horizonte: no somos pequeños jardineros dedicados a cuidar el propio huerto, sino que somos discípulos y testigos del Reino de Dios, llamados a ser en Cristo fermento de fraternidad universal, entre pueblos distintos, religiones diferentes, entre mujeres y hombres de toda lengua y cultura. Y esto ocurre si



somos nosotros los primeros en vivir como hermanos y hacemos brillar en el mundo la luz de la comunión.

Queridos hermanos, la misión y la comunión son posibles si ponemos a Cristo en el centro. El Jubileo de este año nos ha recordado que sólo Él es la esperanza que no declina. Y, precisamente durante el Año Santo, celebraciones importantes nos han hecho recordar otros dos acontecimientos: el Concilio de Nicea, que nos reconduce a las raíces de nuestra fe, y el Concilio Vaticano II, que fijando la mirada en Cristo ha consolidado a la Iglesia y la ha impulsado a salir al encuentro del mundo, a la escucha de las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de hoy (cf. *Gaudium et spes*, 1).

Por último, permítanme recordar que hace cincuenta años, en el día de la Inmaculada Concepción, fue promulgada por san Pablo VI la Exhortación apostólica *Evangeli nuntiandi*, escrita después de la tercera Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Esta subraya, entre otras cosas, dos realidades que podemos destacar aquí: el hecho de que «la Iglesia recibe la misión

de evangelizar y [...] la actividad de cada miembro constituye algo importante para el conjunto» (n. 15); y, al mismo tiempo, la convicción de que «el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un cielo sin límites» (n. 41).

Recordemos esto también en nuestro servicio curial: la labor de cada uno es importante para el todo, y el testimonio de una vida cristiana, que se expresa en la comunión, es el primer y el mayor servicio que podemos ofrecer. Eminencias, Excelencias, queridos hermanos y hermanas, el Señor desciende del cielo y se abaja hacia nosotros. Como escribía Bonhoeffer, meditando sobre el misterio de la Navidad, «Dios no se avergüenza de la bajeza del hombre, entra en él [...]. Dios ama lo que está perdido, lo que nadie considera, lo insignificante, lo marginado, débil y abatido» (cf. D. Bonhoeffer, *Riconoscere Dio al centro della vita*, Brescia 2004, 12). Que el Señor nos dé su misma condescendencia, su misma compasión, su amor, para que cada día seamos sus discípulos y testigos.

Les deseo de corazón a todos una Santa Navidad. Que el Señor nos traiga su luz y conceda al mundo la paz.

Santa misa de Nochebuena en la Solemnidad de la Natividad del Señor

El hombre quiere hacerse Dios para dominar, Dios quiere hacerse hombre para liberarnos de toda esclavitud



La noche del miércoles 24 de diciembre, en la basílica vaticana, León XIV celebró la misa de la Noche de Navidad del Ali Santo 2025. Antes de iniciar, el Papa saludó a los fieles que, a pesar de la lluvia, estaban en la Plaza de San Pedro para seguir la misa a través de las pantallas gigantes. Publicamos, a continuación, las palabras del Pontífice a los fieles.

Buenas noches ¡Bienvenidos todos! Bienvenidos! Welcome! La Basílica de san Pedro es una Basílica muy grande, muy grande, pero desafortunadamente no lo suficientemente grande como para acogerlos a todos ustedes. Los admiro y los respeto, y también les agradezco su esfuerzo y

buena voluntad para estar presentes aquí, esta noche.

Muchas gracias por estar aquí esta noche, incluso con este clima. Queremos celebrar esta fiesta de Navidad juntos. Jesucristo, que nació por nosotros, nos trae la paz, nos trae el amor de Dios. Muchas felicidades a todos ustedes. Sigan la celebración en las pantallas. Que Dios los proteja y bendiga a todas sus familias En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡Feliz Navidad a todos!

Publicamos, a continuación, la homilía pronunciada por el Pontífice durante la misa en la basílica.

Queridos hermanos y herma-

nas:

Durante milenios, en todas partes del mundo, los pueblos han escrutado el cielo dando nombres y formas a estrellas mudas; en su imaginación, leían en ello los acontecimientos del futuro buscando en lo alto, entre los astros, la verdad que faltaba abajo, entre las casas. Sin embargo, como a tientas, en esa oscuridad seguían confundidos por sus propios oráculos. En esta noche, en cambio, «el pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz: sobre los que habitaban en el país de la oscuridad ha brillado una luz» (Is 9,1).

He aquí la estrella que sorprende al mundo, una chispa recién

nos de ellos han desaparecido o se han transformado por completo. Sin embargo, conservan su significado dentro del belén. Nos recuerdan que todas nuestras actividades, nuestras ocupaciones cotidianas, adquieran su pleno sentido en el designio de Dios, que tiene su centro en Jesucristo.

Es como si el Niño Jesús, desde el pesebre en el que yace, bendijera todo y a todos. Su presencia mansa y humilde difunde por todas partes la ternura de Dios.

Mientras María y José adoran al Niño y los pastores se acercan llenos de asombro, los demás personajes realizan sus gestos cotidianos. Parecen ajenos al acontecimiento central, pero no es así: en realidad, cada uno participa tal como es, permaneciendo en su lugar

y haciendo lo que debe hacer, su trabajo. Me gusta pensar que también puede ser así para nosotros, en nuestras jornadas laborales: cada uno de nosotros realiza su tarea y alabamos a Dios precisamente haciéndola bien, con dedicación. A veces estamos tan

ocupados que no pensamos en el Señor ni en la Iglesia, pero el hecho mismo de trabajar con dedicación, tratando de dar lo mejor de nosotros mismos, y también —para ustedes, los laicos— con amor por su familia, por sus hijos, da gloria al Señor.

Queridísimos, aprendamos de la Navidad de Jesús el estilo de la sencillez, de la humildad, y hagamos, todos juntos, que este sea cada vez más el estilo de la Iglesia, en todas sus expresiones. Les pido que lleven mi saludo también a sus seres queridos en sus hogares; especialmente a las personas mayores o enfermas, díganles que el Papa reza por ellas.

Les deseo una santa Navidad, en la alegría y en la serenidad que Jesús nos dona. ¡Gracias!



encendida y resplandeciente de vida: «Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc 2,11). En el tiempo y en el espacio, allí donde estamos, viene Aquel sin el cual nunca habríamos existido. Vive entre nosotros quien da su vida por nosotros, iluminando nuestra noche con la salvación. No hay tiniebla que esta estrella no ilumine, porque en su luz toda la humanidad ve la aurora de una existencia nueva y eterna.

Es el nacimiento de Jesús, el Emmanuel. En el Hijo hecho hombre, Dios no nos da algo, sino a sí mismo, «a fin de librarnos de toda iniquidad, purificarnos y crear para sí un Pueblo elegido» (Tt 2,14). Nace en la no-

La clara señal dada al oscuro mundo es, de hecho, «un niño recién nacido envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2,12). Para encontrar al Salvador no hay que mirar hacia arriba, sino contemplar hacia abajo: la omnipotencia de Dios resplandece en la impotencia de un recién nacido; la elo- cuencia del Verbo eterno resue- na en el primer llanto de un infante; la santidad del Espíritu brilla en ese cuerpecito limpio y envuelto en pañales. Es divina la



Para iluminar nuestra ceguera, el Señor quiso revelarse al hombre como hombre, su verdadera imagen, según un proyecto de amor iniciado con la creación del mundo. Mientras la noche del error oscurezca esta verdad provi- dencial, «tampoco queda espacio para los otros, para los niños, los pobres, los extranje- ros» (Benedicto XVI, Homilía en la noche de Navidad, 24 diciembre 2012). Las palabras del Papa Benedicto XVI, tan actuales, nos re- cuerdan que en la tierra no hay espacio para Dios si no hay espacio para el hombre: no aco- ger a uno significa re- chazar al otro. En cambio, don- de hay lugar para el hombre, hay lugar para Dios; y entonces un establo puede llegar a ser más sagrado que un templo y el seno de la Virgen María, el arca de la



che Aquel que nos rescata de la noche: ya no hay que buscarla lejos, en los espacios siderales, la huella del día que alborea, sino inclinando la cabeza en el esta- blo de al lado.

necesidad de cuidado y calor que el Hijo del Padre comparte con todos sus hermanos en la historia. La luz divina que irra- dia este Niño nos ayuda a ver al hombre en cada vida que nace.



nueva alianza.

Admiremos, queridos amigos, la sabiduría de la Navidad. En el niño Jesús, Dios da al mundo una nueva vida la suya, para todos. No es una idea que resuelva todos los problemas, sino una historia de amor que nos involucra. Ante las expectativas de los pueblos, Él envía un niño, para que sea palabra de esperanza; ante el dolor de los miserables, Él envía un indefenso, para que sea fuerza para levantarse; ante la violencia y la opresión, Él enciende una suave luz que ilumina con la salvación a todos los hijos de este mundo. Como señalaba san Agustín, «tanto te oprimió la soberbia humana, que sólo la humildad divina te podía levantar» (Sermo in Natale Domini, 188, III, 3). Sí, mientras una economía distorsionada induce a tratar a los hombres como mercancía, Dios se hace semejante a nosotros, revelando la dignidad infinita de cada perso-

na. Mientras el hombre quiere convertirse en Dios para dominar al prójimo, Dios quiere convertirse en hombre para liberarnos de toda esclavitud. ¿Será suficiente este amor para cambiar nuestra historia?

La respuesta llega en cuanto nos despertamos, como los pastores, de una noche mortal, a la luz de la vida naciente, contemplando al niño Jesús. En el establo de Belén, donde María y José, llenos de asombro, velan al recién nacido, el cielo estrellado se convierte en «una multitud del ejército celestial» (Lc 2, 13). Son huestes desarmadas y desarmantes, porque cantan la gloria de Dios, cuya manifestación en la tierra es la paz (cf. v. 14); en el corazón de Cristo, en efecto, palpita el vínculo que une en el amor el cielo y la tierra y el Creador con las criaturas.

Por eso, hace exactamente un año, el Papa Francisco afirmaba que el nacimiento de Jesús reaviv-

va en nosotros «el don y la tarea de llevar esperanza allí donde se ha perdido», porque «con Él florece la alegría, con Él la vida cambia, con Él la esperanza no defrauda» (Homilía en la noche de Navidad, 24 diciembre 2024). Con estas palabras daba comienzo el Año Santo. Ahora que el Jubileo llega a su fin, la Navidad es para nosotros tiempo de gratitud y de misión.

Gratitud por el don recibido, misión para dar testimonio de este don al mundo. Como aclama el salmista: «Canten al Señor, bendigan su Nombre, día tras día, proclamen su victoria. Anuncien su gloria entre las naciones, y sus maravillas entre los pueblos» (Sal 96, 2-3).

Hermanas y hermanos, la contemplación del Verbo hecho carne suscita en toda la Iglesia una palabra nueva y verdadera: proclamemos, pues, la alegría de la Navidad, que es fiesta de la fe, de la caridad y de la esperanza. Es fiesta de la fe, porque Dios se hace hombre, naciendo de la Virgen. Es fiesta de la caridad, porque el don del Hijo redentor se realiza en la entrega fraterna. Es fiesta de la esperanza, porque el niño Jesús la enciende en nosotros, haciéndonos mensajeros de paz. Con estas virtudes en el corazón, sin temer a la noche, podemos ir al encuentro del amanecer del nuevo día.

El Señor nace entre ruinas que reclaman una nueva solidaridad

«*La paz de Dios nace de un sollozo acogido, de un llanto escuchado; nace entre ruinas que claman una nueva solidaridad, nace de sueños y visiones que, como profecías, invierten el curso de la historia.*» Así lo expresó León XIV al celebrar la misa de Navidad la mañana del jueves 25 de diciembre en la Basílica Vaticana. Publicamos, a continuación, la homilía del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas: «Prorrumpan en gritos de alegría» (Is 52,9), clama el mensajero de paz a quienes encuentra entre las ruinas de una ciudad que debe ser totalmente reconstruida. Sus pies, aun llenos de polvo y heridos, son hermosos —escribe el profeta (cf. Is 52,7)— porque, a través de caminos largos y difíciles, han llevado un anuncio gozoso, en el que ahora todo renace. ¡Es un nuevo día! También nosotros participamos en este momento decisivo, en el que pareciera que aún nadie cree: la paz existe y está ya en medio de nosotros.

«Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo» (Jn 14,27); así habló Jesús a sus discípulos —a los que poco tiempo antes había lavado los pies—, mensajeros de paz que desde ese momento deberían correr por el

mundo, sin cansarse, para revelar a todos el «poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,12). Hoy, por tanto, no sólo nos sorprende la paz que ya hay aquí, sino que celebramos cómo nos ha sido dado este don. En el cómo, en efecto, brilla la diferencia divina que nos hace prorrumpir en cantos de alegría. Así, en todo el mundo, la Navidad es una fiesta de música y de cantos por excelencia.

También el prólogo del cuarto Evangelio es un himno y tiene por protagonista al Verbo de Dios. El «verbo» es una palabra que indica acción. Esta es una característica de la Palabra de Dios: nunca queda sin efecto. Si nos fijamos bien, también muchas de nuestras palabras producen efectos, a veces no deseados. Sí, las palabras actúan. Pero he aquí la sorpresa que la liturgia de la Navidad coloca frente a nosotros: el Verbo de Dios se manifiesta y no sabe hablar, viene a nosotros como un recién nacido que sólo llora y solloza. «Se hizo carne» (Jn 1,14) y, si bien crecerá y un día aprenderá la lengua de su pueblo, lo que ahora habla es sólo su presencia sencilla y frágil. «Carne» es la desnudez radical de quien en Belén y en el Calva-



rio carece también de palabra; como carecen de palabra tantos hermanos y hermanas despojados de su dignidad y reducidos al silencio. La carne humana requiere cuidado, solicita acogida y reconocimiento, busca manos capaces de ternura y mentes dispuestas a la atención, desea palabras buenas.

«Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron [...] les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,11-12). Este es el modo paradójico en el que la paz está ya entre nosotros: el don de Dios es fascinante, busca acogida y mueve a la entrega. Nos sorprende porque nos expone al rechazo, nos atrae porque nos arrebata de la indiferencia. Llegar a ser hijos de Dios es un verdadero poder; un poder que queda enterrado mientras permanecemos indiferentes al llanto de los niños y a la fragilidad de los ancianos, al silencio impotente de las víctimas y a la melancolía resignada del que hace el mal que no quiere.

Como escribió el amado Papa Francisco, para llamarnos a la alegría del Evangelio: «A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 270).

Queridos hermanos y hermanas, puesto que el Verbo se hizo carne, ahora la carne habla, grita el deseo divino de encontrarnos. El Verbo ha establecido su tienda frágil entre nosotros. ¿Y cómo no pensar en las tiendas de Gaza, expuestas desde hace semanas a las lluvias, al viento y al frío, y a las de tantos otros desplazados y refugiados en cada continente, o en los refugios improvisados de miles de personas sin hogar en nuestras ciudades? Frágil es la carne de las poblaciones indefensas, probadas por tantas guerras en curso o terminadas dejando escombros y heridas abiertas. Frágiles son las mentes y las vidas de los jóvenes obligados a tomar las armas que, estando en el frente, advierten la insensatez de lo que se les pide y la mentira que impregna los rimbombantes discursos de quien los manda a morir.



Cuando la fragilidad de los demás nos atraviesa el corazón, cuando el dolor ajeno hace añicos nuestras sólidas certezas, entonces ya comienza la paz. La paz de Dios nace de un sollozo acogido, de un llanto escuchado; nace entre ruinas que claman una nueva solidaridad, nace de sueños y visiones que, como profecías, invierten el curso de la historia. Sí, todo esto existe, porque Jesús es el Logos, el sentido a partir del cual todo ha sido formado. «Todas las cosas fueron hechas por medio de la Palabra y sin ella no se hizo nada de lo que existe» (Jn 1,3). Este misterio nos interpela desde los pesebres que hemos construido, nos abre los ojos a un mundo donde la Palabra todavía resuena, «en muchas ocasiones y de diversas maneras» (cf. Hb 1,1), y nos sigue llamando a la conversión.

Ciertamente, el Evangelio no esconde la resistencia de las tinieblas a la luz, describe el camino

de la Palabra de Dios como un trayecto escabroso, diseminado de obstáculos. Hasta hoy, los auténticos mensajeros de paz siguen al Verbo por este camino, que finalmente alcanza los corazones; corazones inquietos, que a menudo desean precisamente aquello a lo que se resisten. De ese modo, la Navidad vuelve a motivar a una Iglesia misionera, impulsándola sobre vías que la Palabra de Dios le ha trazado. No estamos al servicio de una palabra prepotente —estas ya resuenan por todas partes— sino de una presencia que suscita el bien, que conoce su eficacia, que no se atribuye el monopolio.

Este es el camino de la misión: un camino hacia el otro. En Dios cada palabra es palabra pronunciada, es una invitación al diálogo, una palabra nunca igual a sí misma. Es la renovación que el Concilio Vaticano II ha promovido y que veremos florecer sólo si caminamos juntos con toda la humanidad, sin separarnos nunca de ella. Mundano es lo contrario: tener por centro a uno mismo. El movimiento de la Encarnación es un dinamismo de diálogo. Habrá paz cuando nuestros monólogos se interrumpan y, fecundados por la escucha, caigamos de rodillas ante la carne desnuda de los demás. La Virgen María es precisamente en esto la Madre de la Iglesia, la Estrella de la evangelización, la Reina de la paz. En ella comprendemos que nada nace del exhibicionismo de la fuerza y todo renace del silencioso poder de la vida acogida.



Mensaje Urbi et Orbi del Santo Padre León XIV

La paz es una responsabilidad compartida

«*Jesucristo es nuestra paz, ante todo porque nos libera del pecado y, luego, porque nos indica el camino a seguir para superar los conflictos, todos los conflictos, desde los interpersonales hasta los internacionales. Sin un corazón libre del pecado, un corazón perdonado, no se puede ser hombres y mujeres pacíficos y constructores de paz. Por esto Jesús nació en Belén y murió en la cruz.*». Este fue el mensaje de León XIV al mediodía del jueves 25 de diciembre, Solemnidad de la Natividad del Señor, durante la tradicional bendición «Urbi et Orbi» desde la logia central de la Basílica de San Pedro. Publicamos, a continuación, el mensaje de Navidad del Papa.

Queridos hermanos y hermanas,
«Alegrémonos todos en el Señor, porque nuestro Salvador ha nacido en el mundo. Hoy, desde el cielo, ha descendido la paz sobre nosotros» (Antífona de entrada de la Misa de medianoche

en la Natividad del Señor). Así canta la liturgia en la noche de Navidad, y así resuena en la Iglesia el anuncio de Belén: el Niño que ha nacido de la Virgen María es Cristo Señor, enviado por el Padre para salvarnos del pecado y de la muerte. Él es nuestra paz, Aquel que venció al odio y a la enemistad con el amor misericordioso de Dios. Por eso «el nacimiento del Señor es el nacimiento de la paz» (S. Leone Magno, Sermone 26).

Jesús nació en un establo porque no había lugar para él en el albergue. Al nada más nacer, su madre María «lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre» (Lc 2,7). El Hijo de Dios, por medio del cual todo fue creado, no es acogido y su cuna es un pobre comedero para animales.

El Verbo eterno del Padre, que los cielos no pueden contener,

ha elegido venir al mundo de esa manera. Por amor quiso nacer de una mujer, para compartir nuestra humanidad; por amor aceptó la pobreza y el rechazo y se identificó con los que son marginados y excluidos.

En el nacimiento de Jesús ya se perfila la elección fundamental que guiará toda la vida del Hijo de Dios, hasta su muerte en la cruz: la elección de no hacernos llevar el peso del pecado, sino de llevarlo Él por nosotros, de hacerse cargo de él. Esto podía hacerlo sólo Él. Y al mismo tiempo nos mostró lo que sólo nosotros podemos hacer, es decir, asumir cada uno nuestra parte de responsabilidad. Sí, porque Dios, que nos ha creado sin nosotros, no puede salvarnos sin nosotros. (cf. S. Agustín, Sermón 169, n. 13), es decir, sin nuestra libre voluntad de amar. Quien no ama no se salva, está perdido. Y quien no ama a su

hermano que ve, no puede amar a Dios que no ve. (cf. 1 Jn 4,20).

Hermanas y hermanos, este es el camino de la paz: la responsabilidad. Si cada uno de nosotros, a todos los niveles, en lugar de acusar a los demás, reconociera ante todo sus propias faltas y pidiera perdón a Dios, y al mismo tiempo se pusiera en el lugar de quienes sufren, fuera solidario con los más débiles y oprimidos,

responde para rechazar el odio, la violencia y la confrontación, y practicar el diálogo, la paz y la reconciliación.

En este día de fiesta, deseo enviar un saludo efusivo y paternal a todos los cristianos que viven en Medio Oriente, a quienes he querido encontrar hace poco en mi primer viaje apostólico. He escuchado sus temores y conozco bien su sentimiento de impotencia ante las dinámicas de po-

la Paz todo el continente europeo, pidiéndole que siga inspirándole un espíritu comunitario y colaborativo, fiel a sus raíces cristianas y a su historia, solidario y acogedor con los que están pasando necesidad. Oremos de manera especial por el atribulado pueblo ucraniano, para que cese el estruendo de las armas y las partes implicadas, con el apoyo de la comunidad internacional, encuentren el valor para



entonces el mundo cambiaría. Jesucristo es nuestra paz, ante todo porque nos libera del pecado y, luego, porque nos indica el camino a seguir para superar los conflictos, todos los conflictos, desde los interpersonales hasta los internacionales. Sin un corazón libre del pecado, un corazón perdonado, no se puede ser hombres y mujeres pacíficos y constructores de paz. Por esto Jesús nació en Belén y murió en la cruz: para liberarnos del pecado. Él es el Salvador. Con su gracia, cada uno de nosotros puede y debe hacer lo que le co-

der que los superan. El Niño que hoy nace en Belén es el mismo Jesús que menciona: «les digo esto para que encuentren la paz en mí. En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

A Él imploramos justicia, paz y estabilidad para el Líbano, Palestina, Israel y Siria, confiando en estas palabras divinas: «La obra de la justicia será la paz, y el fruto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre» (Is 32,17).

Encomendamos al Príncipe de

dialogar de manera sincera, directa y respetuosa.

Al Niño de Belén imploramos paz y consuelo para las víctimas de todas las guerras que se libran en el mundo, especialmente aquellas olvidadas; y para quienes sufren a causa de la injusticia, la inestabilidad política, la persecución religiosa y el terrorismo. Recuerdo de manera especial a los hermanos y hermanas de Sudán, Sudán del Sur, Malí, Burkina Faso y la República Democrática del Congo.

En estos últimos días del Jubileo de la Esperanza, pidamos al

Dios hecho hombre por el querido pueblo de Haití, que cese en el País toda forma de violencia y pueda avanzar por el camino de la paz y la reconciliación. Que el Niño Jesús inspire a quienes tienen responsabilidades políticas en América Latina para que, al enfrentar los numerosos desafíos, se le dé espacio al diálogo por el bien común y no a las exclusiones ideológicas y partidistas.

Pedimos al Príncipe de la Paz que ilumine a Myanmar con la luz de un futuro de reconciliación, que devuelva la esperanza a las generaciones jóvenes, guíe a todo el pueblo birmano por los caminos de la paz y acompañe a quienes viven sin hogar, sin seguridad y sin confianza en el mañana.

A Él imploramos que se restablezca la antigua amistad entre Tailandia y Camboya y que las partes implicadas continúen esforzándose por la reconciliación y la paz.

A Él le confiamos también los pueblos del sur de Asia y de Oceanía, duramente golpeados por las recientes y devastadoras catástrofes naturales, que han afectado gravemente a poblaciones enteras. Ante tales pruebas, invito a todos a renovar con convicción el compromiso común de socorrer a quienes sufren.

Queridos hermanos y hermanas:

En la oscuridad de la noche aparecía «la luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre» (Jn 1,9), pero «los suyos no la recibieron» (Jn

1,11). No dejemos que nos venza la indiferencia hacia quien sufre, porque Dios no es indiferente a nuestras miserias.

Al hacerse hombre, Jesús asume sobre sí nuestra fragilidad, se identifica con cada uno de nosotros: con quienes ya no tienen nada y lo han perdido todo, como los habitantes de Gaza; con quienes padecen hambre y pobreza, como el pueblo yemení; con quienes huyen de su tierra en busca de un futuro en otra parte, como los numerosos refugiados y migrantes que cruzan el Mediterráneo o recorren el continente americano; con quienes han perdido el trabajo y con quienes lo buscan, como tantos jóvenes que tienen dificultades para encontrar empleo; con quienes son explotados, como los innumerables trabajadores mal pagados; con quienes están en prisión y a menudo viven en condiciones inhumanas.

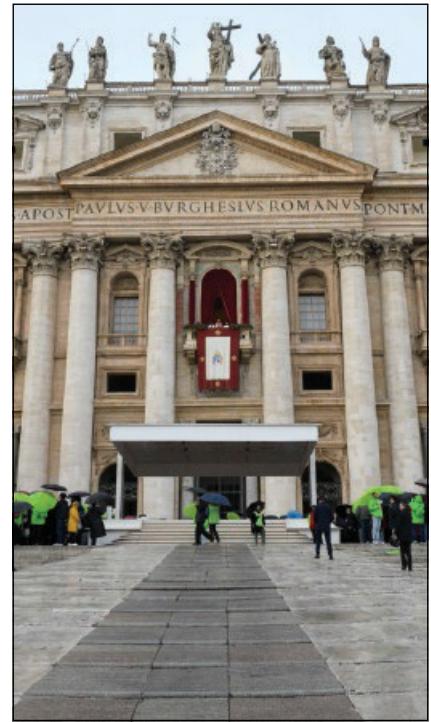
Al corazón de Dios llega la invocación de paz que brota de cada tierra, como escribe un poeta: «No la de un alto al fuego ni la de la visión del lobo junto al cordero,

sino la del corazón cuando se acaba la agitación y hablamos de un gran cansancio.

Que sea como flores silvestres, de repente, por necesidad del campo:

una paz silvestre». [1]

En este día santo, abramos nuestro corazón a los hermanos y hermanas que están necesitados



y sufren. Al hacerlo, lo abrimos al Niño Jesús que, con sus brazos abiertos, nos acoge y nos revela su divinidad: «Pero a todos los que lo recibieron [...], les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,12).

En pocos días terminará el Año Jubilar. Se cerrarán las Puertas Santas, pero Cristo, nuestra esperanza, permanece siempre con nosotros. Él es la Puerta siempre abierta, que nos introduce en la vida divina. La alegre noticia de este día es que el Niño que ha nacido es Dios hecho hombre; que no viene a condenar, sino a salvar; la suya no es una aparición fugaz, pues Él viene para quedarse y entregarse a sí mismo. En Él toda herida es sanada y todo corazón encuentra descanso y paz. «El Nacimiento del Señor es el Nacimiento de la paz».

A todos, les deseo de corazón una Navidad serena.

Fiesta de San Esteban protomártir. Ángelus del Papa León XIV

Un ejemplo para las comunidades cristianas que sufren

Al mediodía del 26 de diciembre, festividad de San Esteban Protomártir, León XIV se asomó a la ventana de su estudio privado en el Palacio Apostólico Vaticano para recitar el Ángelus con los fieles reunidos en la Plaza de San Pedro y con cuantos lo seguían a través de los medios de comunicación, introduciéndolo con la meditación que publicamos a continuación.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días
Hoy es el “día del nacimiento” de san Esteban, como solían decir las primeras generaciones

cristianas, seguras de que no se nace sólo una vez. El martirio es un nacer al cielo: en efecto, una mirada de fe, incluso en la muerte, ya no advierte sólo oscuridad. Venimos al mundo sin decidirlo, pero luego pasamos por muchas experiencias en las que se nos pide cada vez más conscientemente “venir a la luz”, elegir la luz. El relato de



los Hechos de los Apóstoles atestigua que quienes vieron a Esteban ir hacia el martirio quedaron sorprendidos por la luz de su rostro y por sus palabras. Está escrito: «los que estaban sentados en el Sangedrín tenían los ojos clavados en él y vieron que el rostro de Esteban parecía el de un ángel» (Hch 6,15). Es el rostro de quien no pasa indiferente

por la historia, sino que la afronta con amor. Todo lo que Esteban hace y dice representa el amor divino que se manifestó en Jesús, la Luz que brilló en nuestras tinieblas.

Queridos amigos, el nacimiento del Hijo de Dios entre nosotros nos llama a la vida de los hijos de Dios; la hace posible, con un movimiento de atracción experimentado, desde la noche de Belén, por personas humildes como María, José y los pastores. Pero la belleza de Jesús y de

quienes viven como Él es además una belleza rechazada: precisamente por su fuerza de atracción ha suscitado, desde el principio, la reacción de quienes temen perder su poder, de quienes son desenmascarados en su injusticia por una bondad que revela los pensamientos de los corazones (cf. Lc 2, 35). Sin embargo, hasta el día de hoy, nin-

gún poder puede prevalecer por encima de la obra de Dios. En todas partes del mundo existen personas que eligen la justicia, aunque cueste; que anteponen la paz a sus propios temores; que sirven a los pobres en lugar de a sí mismos. Precisamente, entonces brota la esperanza y, a pesar de todo, tiene sentido



hacer fiesta.

En las condiciones de incertidumbre y sufrimiento del mundo actual, la alegría parecería imposible. Quienes hoy creen en la paz y han elegido el camino desarmado de Jesús y de los mártires, son a menudo ridiculizados, excluidos del debate público y, no pocas veces, acusados de favorecer a adversarios y enemigos. Sin embargo, el cristiano no tiene enemigos, sino hermanos y hermanas, que siguen siéndolo incluso cuando no se comprenden entre ellos. El

Misterio de la Navidad nos trae esta alegría: una alegría motivada por la tenacidad de quienes ya viven la fraternidad, de quienes ya reconocen a su alrededor, incluso en sus adversarios, la dignidad indeleble de las hijas e hijos de Dios. Por eso

Esteban murió perdonando, como Jesús: por una fuerza más auténtica que la de las armas. Es una fuerza gratuita, presente en el corazón de todos, que se reactiva y se comunica de manera irresistible cuando alguien comienza a mirar a su prójimo de otra manera, a ofrecerle atención y reconocimiento. Sí, esto es renacer, esto es volver nuevamente a la luz, ¡esta es nuestra Navidad!

Diríjámonos ahora a María y contemplémosla bendita entre todas las mujeres que sirven a

la vida, que contraponen el cuidado a la prepotencia, la fe a la desconfianza. Que María nos conduzca a su misma alegría, una alegría que disipa todo temor y toda amenaza, así como la nieve se derrite al sol.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Renuevo de todo corazón mis deseos de paz y serenidad en la luz de la Navidad del Señor. Saludo a todos los fieles de Roma y a los peregrinos venidos de tantos países.

Recordando a San Esteban, protomártir, invocamos su intercesión para que fortalezca nuestra fe y sostenga a las comunidades que más sufren por su testimonio cristiano.

Que su ejemplo de mansedumbre, valentía y perdón acompañe a quienes se comprometen en situaciones de conflicto para promover el diálogo, la reconciliación y la paz.

¡Les deseo a todos una feliz fiesta!

Levantarse y volcer ponerse en marcha con el Señor como compañero de viaje

Un 2025 marcado por acontecimientos importantes: algunos gozosos, como la peregrinación de tantos fieles con motivo del Año Santo; otros dolorosos, como el fallecimiento del difunto Papa Francisco y las guerras que siguen sacudiendo el planeta. Este es el balance del Jubileo que se acerca a su fin, esbozado por León XIV la mañana del miércoles 31 de diciembre, en la última audiencia general antes del cierre de la Puerta Santa. Publicamos, a continuación, la catequesis pronunciada por el Papa en el exterior de la Basílica de San Pedro, tras saludar a los aproximadamente quince mil fieles reunidos en la Plaza de San Pedro, recorrer la plaza en el papamóvil y tras un breve momento de oración ante el relicario de Santa Teresita de Lisieux, situado a la derecha de su asiento.

Papa Francisco y los escenarios de guerra que siguen devastando el planeta. Al concluir el año, la Iglesia nos invita a poner todo frente al Señor, encomendándonos a Su Providencia y pidiéndole que se renueven, en nosotros y a nuestro alrededor, en los días venideros, los prodigios de su gracia y de su

son aparentes, [...] aplastadas por el yo, por sus intereses, [...] en esta Liturgia se respira otra atmósfera diferente: la de la alabanza, del asombro, del agradecimiento» (Homilía de las Primeras Vísperas de la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios, 31 de diciembre de 2023).



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Vivimos este encuentro de reflexión en el último día del año civil, cerca del final del Jubileo y en el corazón del tiempo de Navidad. El año que ha pasado ha estado marcado por eventos importantes: algunos felices, como la peregrinación de tantos fieles con ocasión del Año Santo; otros dolorosas, como el fallecimiento del añorado

misericordia.

En esta dinámica se inscribe la tradición del solemne canto del Te Deum, con el que esta tarde agradeceremos al Señor por los beneficios recibidos. Cantaremos: «Te alabamos, Dios», «Tú eres nuestra esperanza», «Que tu misericordia esté siempre con nosotros». A este respecto, el Papa Francisco observaba que mientras «la gratitud mundana, la esperanza mundana

Y es con estas actitudes que hoy estamos llamados a meditar sobre lo que el Señor ha hecho por nosotros el año pasado, así como también a hacer un honesto examen de conciencia, a valorar nuestra respuesta a sus dones y a pedir perdón por todos los momentos en los que no hemos sabido atesorar sus inspiraciones e invertir mejor los talentos que nos ha confiado (cfr Mt 25,14-30).



Esto nos lleva a reflexionar sobre otro gran signo que nos ha acompañado en los meses pasados: el del “camino” y de la “meta”. Tantos peregrinos han venido, este año, desde todas las partes del mundo, a rezar sobre la Tumba de Pedro y a confirmar su adhesión a Cristo. Esto nos recuerda que toda nuestra vida es un viaje, cuya meta última transciende el espacio y el tiempo, para cumplirse en el encuentro con Dios y en la plena y eterna comunión con Él (cfr Catequismo de la Iglesia Católica, 1024). Pediremos también esto en la oración del Te Deum, cuando digamos: «Acógenos en tu gloria en la asamblea de los santos». No en vano, San Pablo VI definía el Jubileo como un gran acto de fe en «la espera de nuestros futuros destinos [...] que desde ahora anticipamos y [...] preparamos» (Audencia general, 17 de diciembre de 1975).

Y en esta perspectiva escatológica del encuentro entre lo finito y lo infinito se encuadra un tercer sig-

no: el paso de la Puerta Santa, que hemos hecho muchos, rezando e implorando la indulgencia para nosotros y para nuestros seres queridos. Esto expresa nuestro “sí” a Dios, que con su perdón nos invita a cruzar el umbral de una vida nueva, animada por la gracia, modelada en el Evangelio, inflamada por el «amor al prójimo, en cuya definición [está...] comprendido todo el hombre, [...] necesita-

do de comprensión, de ayuda, de consuelo, de sacrificio, aunque sea un desconocido para nosotros, aunque sea molesto y hostil, pero dotado de la incomparable dignidad de hermano» (S. Pablo VI, homilía con ocasión del cierre del Año Santo, 25 de diciembre de 1975; cfr Catecismo de la Iglesia Católica, 1826-1827). Es nuestro “sí” a una vida vivida con compromiso en el presente y orientada a la eternidad.

Queridos, nosotros meditamos sobre estos signos en la luz de la Navidad. San León Magno, al respecto, veía en la fiesta del Nacimiento de Jesús el anuncio de una alegría que es para todos. «Que exulte el santo - exclamaba -, porque se acerca la recompensa; que se alegre el pecador, porque se le ha ofrecido el perdón; que recupere el ánimo el pagano, porque está llamado a la vida» (Primer discurso para la Navidad del Señor, 1). Su invitación hoy va dirigida a todos nosotros, santos por el Bautismo, porque Dios se hizo nuestro

compañero en el camino hacia la Vida verdadera; a nosotros, pecadores, para que, perdonados, con su gracia podamos levantarnos y volvemos a poner en marcha; y, por último, a nosotros, pobres y frágiles, para que el Señor, haciendo suya nuestra debilidad, la ha redimido y nos ha mostrado la belleza y la fuerza en su humanidad perfecta (cfr Jn 1,14).

Por ello, quisiera concluir recordando las palabras con las que San Pablo VI, al finalizar el Jubileo de 1975, describía el mensaje fundamental: este, decía, se resume, en una palabra: “amor”. Y añadía: «¡Dios es amor! Esta es la revelación inefable, de la que el Jubileo, con su pedagogía, con su indulgencia, con su perdón y finalmente con su paz, llena de lágrimas y de alegría, nos ha querido llenar el espíritu hoy y siempre la vida mañana: ¡Dios es amor! ¡Dios me ama! ¡Dios me espera y yo lo he encontrado! ¡Dios es misericordia! ¡Dios es perdón! ¡Dios, sí, Dios es la vida!» (Audencia general, 17 de diciembre de 1975).

Que nos acompañen estos pensamientos en el paso entre el viejo y el nuevo año y después siempre en nuestra vida.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Los animo a poner el pasado en manos de Dios, para poder vivir el presente con la esperanza de un futuro lleno del gozo que podemos encontrar únicamente en su santa presencia.

Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

En oración ante el Pesebre de la plaza San Pedro

Tras el «Te Deum», la tarde del 31 de diciembre, León XIV se dirigió en coche cubierto a la Plaza de San Pedro para visitar el belén, procedente este año de la diócesis de Nocera Inferiore-Sarno, en Campania. Recibido cerca del obelisco por Sor Raffaella Petrini, presidenta de la Gobernación



del Estado de la Ciudad del Vaticano, quien le explicó la composición del belén, el Pontífice se detuvo en oración en silencio ante el Niño Jesús. De regreso a la plaza, saludó a la Banda de la Guardia Suiza Pontificia, que interpretaba villancicos, así como a una delegación de la Gobernación. Finalmente, se acercó a las barreras para saludar y bendecir a los numerosos fieles presentes, deseándoles un feliz año nuevo.

Primeras Vísperas de la Solemnidad de María Santísima, Madre de Dios y el “Te Deum” al concluir el año civil

Que Roma sea cada vez más acogedora

«Damos gracias a Dios por el don del Jubileo, que fue una gran señal de su plan de esperanza para la humanidad y el mundo. Y agradecemos a todos los que, durante los meses y días de 2025, trabajaron para servir a los peregrinos y hacer Roma más acogedora». Lo dijo León XIV durante la celebración de las Primeras Vísperas de la Solemnidad de María Santísima, Madre de Dios, y el Te Deum en acción de gracias por el pasado 2025, presidido en la Basílica Vaticana la tarde del miércoles 31 de diciembre. Publicamos, a continuación, su homilía.

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de las Primeras Vísperas de la Madre de Dios tiene una riqueza singular, tanto por el vertiginoso misterio que celebra como por su ubicación al final del año solar. Las antífonas de los salmos y del Magnificat insisten en el acontecimiento paradigmático de un Dios nacido de una virgen o, dicho de otro modo, en la divina maternidad de María. Y al mismo tiempo, esta solemnidad, que concluye la Octava de Navidad, abarca el paso de un año al siguiente y extiende sobre él la bendición de Aquel «que era, que

es y que ha de venir» (Ap 1,8). Además, hoy la celebramos al final del Jubileo, en el corazón de Roma, junto a la Tumba de Pedro, y por ello el Te Deum que pronto resonará en esta Basílica querrá expandirse para dar voz a todos los corazones y rostros que han pasado bajo estas bóvedas y por las calles de esta ciudad.



Hemos escuchado en la lectura bíblica una de las asombrosas síntesis del apóstol Pablo: «Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial» (Gálatas 4, 4-5). Esta manera de presentar el misterio de Cris-

to evoca un plan, un gran plan para la historia humana. Un plan misterioso, pero con un centro claro, como una alta montaña iluminada por el sol en medio de un denso bosque: este centro es la «plenitud de los tiempos».

Y esta misma palabra, “plan”, encuentra eco en el cántico de la Carta a los Efesios: “Dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, | en la plenitud de los tiempos: | recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra” (Ef 1, 9-10).

Hermanas y hermanos, en nuestro tiempo sentimos la necesidad de un plan sabio, benévolos y misericordioso. Que sea un plan libre y liberador, pacífico y fiel, como el que proclamó la Virgen María en su cántico de alabanza: «Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc 1,50).

Sin embargo, otros planes, hoy como ayer, envuelven el mundo. Son más bien estrategias dirigidas a conquistar mercados, territorios y esferas de influencia. Estrategias armadas, camufladas en discursos hipócritas, proclamas ideológicas y falsos motivos religiosos.

Pero la Santa Madre de Dios, la más pequeña y la más alta de las criaturas, ve las cosas con la mirada de Dios: ve que con el poder de su brazo el Altísimo dispersa las maquinaciones de los soberbios, derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, llena de bienes las manos de los hambrientos y vacía las de los ricos (cf. Lc 1, 51-

53).

La Madre de Jesús es la mujer con quien Dios, en la plenitud de los tiempos, escribió la Palabra que revela el misterio. No la impuso: primero la propuso a su corazón y, tras recibir su «sí», la escribió con amor inefable en su carne. Así, la esperanza de Dios se entrelazaba con la esperanza de María, descendiente de Abraham según la carne y, sobre todo, según la fe. A Dios le encanta inspirar esperanza a través del corazón de los pequeños, y lo hace involucrándolos en su plan de salvación. Cuanto más hermoso es el plan, mayor es la esperanza. Y, en efecto, el mundo continúa así, impulsado por la esperanza de tanta gente sencilla, desconocida pero no para Dios, que, a pesar de todo, cree en un mañana mejor, porque sabe que el futuro está en manos de Aquel que les ofrece la mayor esperanza.

Una de estas personas era Simón, un pescador de Galilea, a quien Jesús llamó Pedro. Dios Padre le dio una fe tan sincera y generosa que el Señor pudo edificar su comunidad sobre ella (cf. Mt 16,18). Y aún hoy estamos aquí orando ante su tumba, donde peregrinos de todo el mundo vienen a renovar su fe en Jesucristo, el Hijo de

Dios. Esto ha sucedido de manera especial durante el Año Santo que está a punto de concluir.

El Jubileo es un gran signo de un mundo nuevo, renovado y reconciliado según el plan de Dios. Y en este

plan, la Providencia ha reservado un lugar especial para esta ciudad de Roma. No por su gloria ni por su poder, sino porque aquí Pedro y Pablo y tantos otros mártires derramaron su sangre por Cristo. Por eso Roma es la ciudad del Jubileo. ¿Qué podemos desear para Roma? Que sea digna de sus pequeños. Los niños, los ancianos solos y frágiles, las familias que luchan por llegar a fin de mes, los hombres y mujeres que han venido de lejos con la esperanza de una vida digna.

Hoy, queridos, damos gracias a Dios por el don del Jubileo, que fue una gran señal de su plan de esperanza para la humanidad y el mundo. Y agradecemos a todos los que, durante los meses y días de 2025, trabajaron para servir a los peregrinos y hacer Roma más acogedora. Esta era, hace un año, la esperanza del amado Papa Francisco. Quisiera que así fuera de nuevo, y diría que aún más después de este tiempo de gracia. Que esta ciudad, animada por la esperanza cristiana, esté al servicio del plan de amor de Dios para la familia humana. Que la intercesión de la Santa Madre de Dios, Salus Populi Romani, nos lo conceda.



Solemnidad de María Santísima Madre de Dios, en la Misa de la Jornada Mundial de la Paz León XIV nos exhorta a comprender y perdonar a todos sin cálculos

El mundo no se salva afilando espadas

«El mundo no se salva afilando las espadas, juzgando, oprimiendo o eliminando a los hermanos, sino más bien esforzándose incansablemente por comprender, perdonar, liberar y acoger a todos, sin cálculos y sin miedo». Lo enfatizó León XIV la mañana del jueves 1 de enero de 2026, en la Basílica Vaticana, celebrando la Misa en la Solemnidad de María Santísima, Madre de Dios, 59.ª Jornada Mundial de la Paz. Publicamos, a continuación, la homilía del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas: Hoy, solemnidad de María Santísima Madre de Dios, inicio del nuevo año civil, la Liturgia nos ofrece el texto de una bellísima bendición: «Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y muestre su gracia. Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,24-26).

Esta sigue, en el libro de los Números, a las indicaciones acerca de la consagración de los Nazireos, para subrayar, en la relación entre Dios y el pueblo de Israel, la dimensión sagrada y fecunda del don. El hombre ofrece al Creador todo lo que ha recibido y Él responde volviendo hacia él su mirada benévola, como en los orígenes del mundo (cf. Gn 1,31).

Por lo demás, el pueblo de Israel, al que se dirigía esta bendición, era un pueblo de liberados, de hombres y mujeres renacidos después de una larga esclavitud gracias a la intervención de Dios y a



la respuesta generosa de su siervo Moisés. Era un pueblo que en Egipto había gozado de algunas seguridades —no faltaba el alimento, así como un techo y cierta estabilidad—, pero al precio de ser esclavo, oprimido por una tiranía que exigía cada vez más dando siempre menos (cf. Ex 5,6-7). Ahora, en el desierto, muchas de las certezas pasadas se habían perdido, pero a cambio estaba la libertad, que se concretaba en un camino abierto hacia el futuro, en el don de una ley de sabiduría y en la promesa de una tierra en la que vivir y crecer sin más grilletes ni cadenas; en definitiva, en un renacer.

Así, al inicio del nuevo año, la Liturgia nos recuerda que cada día puede ser, para cada uno de nosotros, el comienzo de una vida nueva, gracias al amor generoso de Dios, a su misericordia y a la

respuesta de nuestra libertad. Y es hermoso pensar así el año que comienza: como un camino abierto, por descubrir, en el que aventurarnos, por gracia, libres y portadores de libertad, perdoados y dispensadores de perdón, confiados en la cercanía y en la bondad del Señor que siempre nos acompaña.

Recordamos todo esto mientras celebramos el misterio de la Divina Maternidad de María, que con su “sí” contribuyó a dar a la Fuente de toda misericordia y benevolencia un rostro humano: el rostro de Jesús, a través de cuyos ojos de niño, luego de joven y de hombre, el amor del Padre nos alcanza y nos transforma.

Así pues, al inicio del año, mientras nos ponemos en camino hacia los días nuevos y únicos que nos esperan, pidamos al Señor experimentar en todo momento, a nuestro alrededor y sobre nosotros, el calor de su abrazo paterno y la luz de su mirada que bendice, para comprender cada vez mejor y tener siempre presente quiénes somos y hacia qué destino maravilloso avanzamos (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Cost. past. Gaudium et spes, 41). Al mismo tiempo, sin embargo, también nosotros démosle gloria, con la oración, con la santidad de vida y haciéndonos, los unos para los otros, espejo de su bondad.

San Agustín enseñaba que en María «se hizo hombre quien hi-



zo al hombre. De esa manera toma el pecho quien gobierna los astros; siente hambre el pan (cf. Jn 6,35; Mt 4,2); [...] para librarnos a nosotros, a pesar de ser indignos» (Sermo 191, 1.1). Recordaba así uno de los rasgos fundamentales del rostro de Dios: el de la total gratuitidad de su amor, por la cual se nos presenta —como he querido subrayar en el Mensaje de esta Jornada Mundial de la Paz— “desarmado y desarmante”, desnudo, indefenso como un recién nacido en la cuna. Y esto para enseñarnos que el mundo no se salva afilando las espadas, juzgando, oprimiendo o eliminando a los hermanos, sino más bien esforzándose incansablemente por comprender, perdonar, liberar y acoger a todos, sin cálculos y sin miedo.

Este es el rostro de Dios que María dejó que se formara y creciera en su seno, cambiándole completamente la vida. Es el rostro que anunció a través de la luz gozosa y frágil de sus ojos de madre que espera; el rostro cuya belleza contempló día tras día, mientras Jesús crecía, niño, muchacho y joven, en su casa; y que luego siguió, con su corazón de discípula humilde, mientras recorría los

senderos de su misión, hasta la cruz y la resurrección. Para hacerlo, también ella bajó la guardia, renunciando a expectativas, pretensiones y seguridades, como saben hacer las madres, consagrando sin reservas su vida al Hijo que por gracia había recibido para, a su vez, volver a donarlo al mundo.

En la Maternidad Divina de María vemos así el encuentro de dos inmensas realidades “desarmadas”: la de Dios que renuncia a todo privilegio de su divinidad para nacer según la carne (cf. Flp 2,6-11) y la de la persona que con confianza abraza totalmente su voluntad, rindiéndole homenaje, en un acto perfecto de amor, de su potencia más grande: la libertad.

San Juan Pablo II, meditando sobre este misterio, invitaba a mirar lo que los pastores encontraron en Belén: «La desarmante ternura del Niño, la pobreza sorprendente en la que se halla, y la humilde sencillez de María y José transforman la vida de los pastores: se convierten así en mensajeros de salvación» (Homilía en la solemnidad de santa María, Madre de Dios, XXXIV Jornada Mundial de la Paz, 1 enero 2001).

Lo decía al final del gran Jubileo del 2000, con palabras que también pueden ayudarnos a reflexionar: «¡Cuántos dones —afirmaba—, cuántas ocasiones extraordinarias ha ofrecido el gran jubileo a los creyentes! En la experiencia del perdón recibido y dado, en el recuerdo de los mártires, en la escucha del grito de los pobres del mundo [...] también nosotros hemos percibido la presencia salvífica de Dios en la historia. Hemos palpado su amor que renueva la faz de la tierra», y concluía: «Como a los pastores que fueron a adorarlo, Cristo pide a los creyentes, a quienes ha dado la alegría de encontrarlo, una valiente disponibilidad a ponerse nuevamente en camino para anunciar su Evangelio, antiguo y siempre nuevo. Los envía a vivificar la historia y las culturas de los hombres con su mensaje salvífico» (ibíd.).

Queridos hermanos y hermanas, en esta fiesta solemne, al inicio del nuevo año, cerca de la conclusión del Jubileo de la esperanza, acerquémonos al pesebre, en la fe, como al lugar de la paz “desarmada y desarmante” por excelencia, lugar de la bendición, donde hacer memoria de los prodigios que el Señor ha realizado en la historia de la salvación y en nuestra existencia, para luego volver a partir, como los humildes testigos de la gruta, «alabando y glorificando a Dios» (Lc 2,20) por todo lo que hemos visto y oído. Que este sea nuestro compromiso, nuestro propósito para los meses venideros y para toda nuestra vida cristiana.

En el Ángelus, el Papa renueva su llamamiento a desarmar los corazones absteniéndose de toda violencia

Comencemos hoy a construir un año de paz

«Con la gracia de Cristo, comencemos hoy a construir un año de paz, desarmando nuestros corazones y absteniéndonos de toda violencia»: esta fue la petición de León XIV al final del primer Ángelus de 2026. Al aparecer al mediodía del jueves 1 de enero desde la ventana del Estudio Privado del Palacio Apostólico Vaticano para recitar la oración mariana con los aproximadamente cuarenta mil fieles presentes en la Plaza de San Pedro y quienes lo seguían a través de los medios de comunicación, el Pontífice llamó a rezar por la paz, «sobre todo entre las naciones ensangrentadas por conflictos y miseria, pero también en nuestras casas, en las familias heridas por la violencia y el dolor». Publicamos, a continuación, su meditación.

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz año nuevo!

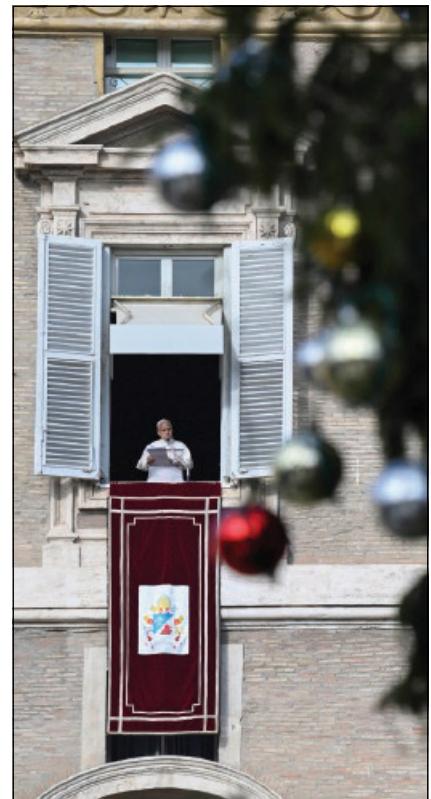
Mientras el ritmo de los meses se repite, el Señor nos invita a renovar nuestro tiempo, inaugurando finalmente una época de paz y amistad entre todos los pueblos. Sin este deseo de bien, no tendría sentido girar las páginas del calendario y llenar nuestras agendas.

El Jubileo, que está por concluir, nos ha enseñado cómo cultivar la esperanza de un

mundo nuevo: convirtiendo el corazón a Dios, para poder transformar los agravios en perdón, el dolor en consolación y los propósitos de virtud en obras buenas. De hecho, es con este estilo que Dios mismo habita la historia y la rescata del olvido, dando al mundo al Redentor: Jesús. Él es el Hijo Unigénito que se hace nuestro hermano e ilumina las conciencias de buena voluntad, para que podamos construir el futuro como casa acogedora para todo hombre y toda mujer que nace.

En este sentido, la fiesta de Navidad lleva hoy nuestra mirada a María, que fue la primera en sentir palpituar el corazón de Cristo. En el silencio de su seno virginal, el Verbo de la vida se anuncia como latido de gracia.

Dios, creador bueno, conoce desde siempre el corazón de María y el nuestro. Haciéndose hombre, Él nos da a conocer el suyo; por eso el corazón de Jesús late por todo hombre y toda mujer. Por el que está dispuesto a acogerlo, como los pastores, y por el que no lo quiere, como Herodes. Su corazón no es indiferente ante quien no tiene co-



razón para el prójimo: palpita por los justos, para que perseveren en su entrega; y por los injustos, para que cambien de vida y encuentren paz.

El Salvador viene al mundo naciendo de una mujer; detengámonos a adorar este acontecimiento, que resplandece en María Santísima y se refleja en cada recién nacido, revelando la imagen divina impresa en nuestro cuerpo. En esta Jornada oremos todos juntos por la paz; sobre todo entre las naciones ensangrentadas por conflictos y miseria, pero también en nuestras casas, en las familias heridas por la violencia y el dolor. Con la certeza de que Cristo, nuestra esperanza, es el sol de justicia que nunca declina, supliquemos confia-

dos la intercesión de María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia.

Tras el Ángelus, el Papa agradeció al jefe de Estado italiano sus buenos deseos en su mensaje de fin de año. A continuación, conmemoró la Jornada Mundial de la Paz, que se celebra desde el 1 de enero de 1968 por orden de San Pablo VI, expresando su agradecimiento por las diversas iniciativas realizadas para la ocasión y lanzando su ferviente llamamiento a “construir un año de paz”. Finalmente, en el octavo centenario de la muerte de San Fran-

los buenos deseos del Presidente de la República Italiana, Sergio Mattarella.

Desde el 1 de enero de 1968, por voluntad del Papa san Pablo VI, se celebra hoy la Jornada Mundial de la Paz. En mi Mensaje, he querido retomar el saludo que el Señor me sugirió al llamar a este servicio: «¡La paz esté con todos ustedes!». Una paz desarmada y desarmante, que proviene de Dios, don de su amor incondicional, que ha sido confiado a nuestra res-

En particular, recuerdo la Marcha nacional que se tuvo lugar anoche en Catania y saludo a los participantes en la que organiza hoy la Comunidad de Sant’Egidio.

Saludo también al grupo de estudiantes y docentes de Richland, Nueva Jersey, y a todos los romanos y peregrinos presentes.

Al comienzo de este año, en el que se conmemora el octavo centenario de la muerte de san Francisco, quisiera hacer llegar a cada persona su ben-



cisco, bendijo a los fieles con las palabras del Poverello de Asís.

Queridos hermanos y hermanas:
Saludo con afecto a todos ustedes, reunidos en la Plaza de San Pedro en este primer día del año. ¡Mis mejores deseos de paz y de todo bien! Correspondo con viva gratitud

ponsabilidad.

Queridos amigos, con la gracia de Cristo, comencemos desde hoy a construir un año de paz, desarmando nuestros corazones y absteniéndonos de toda violencia.

Expreso mi aprecio por las innumerables iniciativas promovidas con ocasión de esta Jornada en todo el mundo.

dición, tomada de la Sagrada Escritura: «El Señor te bendiga y te guarde; haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga misericordia de ti; vuelva hacia ti su mirada y te conceda la paz».

Que la santa Madre de Dios nos guíe en el camino del nuevo año.

Muchas felicidades a todos.

En la solemnidad de la Epifanía, misa en la basílica vaticana

Ha comenzado otro mundo, los violentos no dominarán los caminos del Señor

«Las catedrales, las basílicas y los santuarios, convertidos en meta de peregrinación jubilar, deben difundir el perfume de la vida, la señal indeleble de que otro mundo ha comenzado». Lo afirmó León XIV durante la misa que presidió ayer, 6 de enero, Solemnidad de la Epifanía del Señor, en la Basílica Vaticana, al concluir el Jubileo Ordinario dedicado a la esperanza. Durante la celebración, precedida por el rito de cierre de la Puerta Santa, el Pontífice invitó a los fieles a convertirse en «peregrinos de la esperanza», con la certeza de que los caminos del Señor «no son nuestros caminos, y los violentos no consiguen dominarlos, ni los poderes del mundo los pueden obstruir». Publicamos, a continuación, su homilía.

Queridos hermanos y hermanas: El Evangelio (cf. Mt 2,1-12) nos ha detallado la grandísima alegría de los magos al ver la estrella (cf. v. 10), pero también la turbación experimentada por Herodes y por toda Jerusalén ante su búsqueda (cf. v. 3). Cada vez que se trata de las manifestaciones de Dios, la Sagrada Escritura no esconde este tipo de contrastes: alegría y turbación, resistencia y obediencia, miedo y deseo. Celebramos hoy la Epifanía del Señor, conscientes de que ante su presencia nada sigue como antes. Este es el comienzo de la espe-



ranza. Dios se revela, y nada puede de permanecer estático. Se termina un cierto tipo de tranquilidad, la que hace repetir a los melancólicos: «No hay nada nuevo bajo el sol» (Qo 1,9). Empieza algo de lo que dependen el presente y el futuro, como anuncia el Profeta: «¡Levántate, resplandece, porque llega tu luz y la gloria del Señor brilla sobre ti!» (Is 60,1). Sorprende el hecho de que sea precisamente Jerusalén, la ciudad testigo de tantos nuevos comienzos, la que esté turbada. En su seno, el que estudia las Escrituras y piensa que tiene todas las respuestas parece haber perdido la capacidad de hacerse preguntas y de cultivar deseos. Es más, la ciudad está atemorizada por el que, movido por la esperanza, llega a ella desde lejos, hasta el punto de considerar como amenaza aquello que debería, por el contrario, causarle mucha ale-

gría. Esta reacción también nos interpela a nosotros, como Iglesia.

La Puerta Santa de esta Basílica, que ha sido hoy la última en cerrarse, ha visto pasar innumerables hombres y mujeres, peregrinos de esperanza, en camino hacia la Ciudad de las puertas siempre abiertas, la nueva Jerusalén (cf. Ap 21,25). ¿Quiénes eran y qué les movía? Nos cuestiona con particular seriedad, al finalizar el Año jubilar, la búsqueda espiritual de nuestros contemporáneos, mucho más rica de lo que quizás podamos comprender. Millones de ellos han atravesado el umbral de la Iglesia. ¿Qué es lo que han encontrado? ¿Qué corazones, qué atención, qué reciprocidad? Sí, los magos aún existen. Son personas que aceptan el desafío de arriesgar cada uno su propio viaje; que en un mundo complicado como el nuestro –en

muchos aspectos excluyente y peligroso— sienten la exigencia de ponerse en camino, en búsqueda.

Homo viator, decían los antiguos. Somos vidas en camino. El Evangelio lleva a la Iglesia a no temer este dinamismo, sino a valorarlo y a orientarlo hacia el Dios que lo suscita. Es un Dios que nos puede desconcertar, por-

da en beneficio propio. Está listo para mentir, está dispuesto a todo; el miedo, en efecto, enceguece. La alegría del Evangelio, en cambio, libera; nos hace prudentes, sí, pero también audaces, atentos y creativos; sugiere caminos distintos de los ya recorridos.

Los magos traen a Jerusalén una pregunta sencilla y esencial: «¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?» (Mt 2,2). Qué importante es que, el que cruza la puerta de la Iglesia, se percate de que el Mesías recién ha nacido allí, que allí se reúne una comunidad donde ha surgido la esperanza,

que allí se está realizando una historia de vida. El Jubileo ha venido a recordarnos que se puede volver a empezar, es más, que estamos aún en los comienzos, que el Señor quiere crecer entre nosotros, quiere ser el Dios-con-nosotros. Sí, Dios cuestiona el orden existente; tiene sueños que inspira también hoy a sus profetas; está decidido a rescatarnos de antiguas y nuevas esclavitudes; en sus obras de misericordia, en las maravillas de su justicia, involucra a jóvenes y ancianos, a pobres y ricos, a hombres y mujeres, a santos y pecadores. Sin hacer ruido; sin embargo, su Reino ya está brotando en todo el mundo.

¡Cuántas epifanías nos han sido dadas o se nos darán! Pero deben sustraerse de las intenciones de

Herodes, de los miedos siempre al acecho para transformarse en agresión. «Desde la época de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos es combatido violentamente, y los violentos intentan arrebatarlo» (Mt 11,12). Esta misteriosa expresión de Jesús, indicada en el Evangelio de Mateo, nos hace pensar en los numerosos conflictos con los que los hombres pueden resistirse e incluso atacar la Novedad que Dios ha reservado para todos. Amar la paz, buscar la paz, significa proteger lo que es santo y que precisamente por eso está naciendo: pequeño, delicado y frágil como un niño. A nuestro alrededor, una economía deformada intenta sacar provecho de todo. Lo vemos: el mercado transforma en negocios incluso la sed humana de buscar, de viajar y de recomenzar. Preguntémonos: ¿nos ha educado el Jubileo a huir de este tipo de eficiencia que reduce cualquier cosa a producto y al ser humano a consumidor? Después de este año, ¿seremos más capaces de reconocer en el visitante a un peregrino, en el desconocido a un buscador, en el lejano a un vecino, en el diferente a un compañero de viaje? El modo en el que Jesús salió al encuentro de todos y dejó que todos se le acercaran nos enseña a valorar el secreto de los corazones que sólo Él sabe leer. Con él aprendemos a captar los signos de los tiempos (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 4). Nadie puede vendernos esto. El Niño que los magos adoran es un Bien que no tiene pre-



que no podemos asirlo en nuestras manos como a los ídolos de plata y oro, porque está vivo y vivifica, como ese Niño que María tenía entre sus brazos y que los magos adoraron. Lugares santos como las catedrales, las basílicas y los santuarios, convertidos en meta de peregrinación jubilar, deben difundir el perfume de la vida, la señal indeleble de que otro mundo ha comenzado.

Preguntémonos: ¿hay vida en nuestra Iglesia? ¿Hay espacio para aquello que nace? ¿Ammos y anunciamos a un Dios que nos pone en camino?

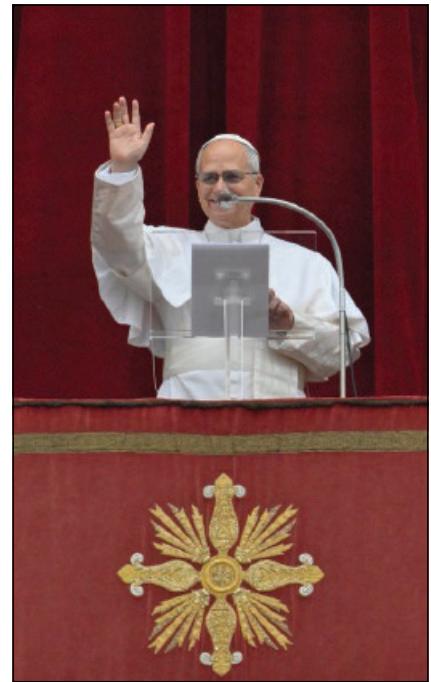
En el relato, Herodes teme por su trono, se agita por lo que se le escapa de su control. Intenta aprovecharse del deseo de los magos manipulando su búsque-

cio ni medida. Es la Epifanía de la gratuidad. No nos espera en los lugares prestigiosos, sino en las realidades humildes. «Y tú, Belén, tierra de Judá, ciertamente no eres la menor entre las principales ciudades de Judá» (Mt 2,6). Cuántas ciudades, cuántas comunidades necesitan que se les diga: «Ciertamente no eres la menor». Sí, ¡el Señor nos sigue sorprendiendo! Se deja encontrar. Sus caminos no son nuestros caminos, y los violentos no consiguen dominarlos, ni los poderes del mundo los pueden obstruir. Aquí reside la grandísima alegría de los magos, que dejan atrás el palacio y el templo para ir hacia Belén; ¡y es entonces cuando vuelven a ver la estrella!

Por eso, queridos hermanos y hermanas, es hermoso convertirse en peregrinos de esperanza. Y es hermoso seguir siéndolo, juntos. La fidelidad de Dios siempre nos sorprenderá. Si no reducimos nuestras iglesias a monumentos, si nuestras comunidades se convierten en hogares, si rechazamos unidos los halagos de los poderosos, entonces seremos la generación de la aurora. María, Estrella de la mañana, caminará siempre delante de nosotros. En su Hijo contemplaremos y serviremos a una humanidad magnífica, transformada no por delirios de omnipotencia, sino por el Dios que se hizo carne por amor.

El Ángelus desde la Logia central de San Pedro El arte de la paz prevalece sobre la industria de la guerra

«Que los extraños y los adversarios se conviertan en hermanos y hermanas, que en lugar de las desigualdades haya equidad, que en vez de la industria de la guerra se afirme la artesanía de la paz». Es la esperanza expresada por León XIV en el Ángelus del 6 de enero, Solemnidad de la Epifanía del Señor. Apareciendo al mediodía desde la logia central de la Basílica Vaticana —donde previamente había presidido el rito de cierre de la Puerta Santa y la celebración eucarística—, el Pontífice reflexionó sobre el Evangelio del día (Mateo 2,1-12) y, en particular, sobre la figura de los Reyes Magos. Publicamos, a continuación, su meditación.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este período hemos vivido varios días festivos y la solemnidad de la Epifanía que, ya en su nombre, nos sugiere lo que hace posible la alegría incluso en tiempos difíciles. Como saben, en efecto, la palabra “epifanía” significa “manifestación”, y nuestra alegría nace de un Misterio que ya no se encuentra oculto. La vida de Dios se ha revelado: muchas veces y de diferentes maneras, pero con definitiva claridad en Jesús, de modo que ahora sabemos, a pesar de muchas tribulaciones, que podemos tener esperanza. “Dios salva”: no tiene otras intenciones, no tiene otro nombre. Solo lo que libera y salva viene de Dios y es epifanía de Dios.

Arrodillarnos como los magos ante el Niño de Belén significa, también para nosotros, confesar que hemos encontrado la verdadera humanidad, en la que resplandece la gloria de Dios. En Jesús ha aparecido la verdadera vida, el hombre vivo, es decir, aquel que no existe para sí mismo, sino abierto y en comunión, lo que nos hace decir: «en la tierra como en el cielo» (Mt 6,10). Sí, la vida divina ahora está a nuestro alcance, se ha manifestado para involucrarnos en su dinamismo liberador que disipa los miedos y nos hace encontrarnos en la paz. Es una posibilidad, una invitación: la comunión no puede ser impuesta, pero, ¿qué más se podría desear?

En el relato evangélico y en nuestros nacimientos, los magos presentan al Niño Jesús unos regalos preciosos: oro, incienso y mirra (cf. Mt 2,11). No parecen cosas útiles para un niño, pero expresan una intención que nos hace reflexionar mucho al llegar al final del Año jubilar. Da mucho quien lo da todo. Recordemos a aquella pobre viuda, observada por Jesús, que había echado en el tesoro del Templo sus últimas monedas, todo lo que tenía (cf. Lc 21,1-4). No sabemos qué poseían los magos, venidos de Oriente, pero su viaje, el arriesgarse, sus propios dones nos sugieren que todo, realmente todo lo que somos y poseemos, reclama ser ofrecido a Jesús, tesoro inestimable. El Jubileo nos ha recordado esta justicia basada en la gratuitidad; tiene en sí mismo la llamada a reorganizar la convivencia, a redistribuir la tierra y los recursos, a devolver “lo que se tiene” y “lo que se es” a los sueños de Dios, más grandes que los nuestros.

Queridos hermanos, la esperanza que anunciamos debe tener los pies en la tierra: viene del cielo, pero para generar aquí abajo una historia nueva. En los regalos de los magos vemos, pues, lo que cada uno de nosotros puede poner en común, lo que ya no se puede guardar para sí mismo, sino compartir, para que Jesús crezca entre nosotros. Que crezca su Reino, que se cumplan en nosotros sus palabras, que los extraños y los adversarios se conviertan en hermanos y hermanas, que en lugar de las desigualdades haya equi-



dad, que en vez de la industria de la guerra se afirme la artesanía de la paz. Artesanos de esperanza, caminemos hacia el futuro por otro camino (cf. Mt 2,12).

Al finalizar el Ángelus, el Papa dirigió un pensamiento a los pequeños que participaron en la Jornada Misionera de la Infancia, promovida por la Obra Pontificia de la Infancia Misionera y centrada este año en el tema “Encendamos la esperanza”. Asimismo, el Pontífice saludó a las comunidades eclesiales de Oriente que celebran la Navidad el miércoles 7 de enero. Finalmente, a los fieles presentes y a quienes se conectaron a través de los medios de comunicación, recordó varias procesiones históricas y folclóricas sobre los valores de la Epifanía que se han celebrado en diversas ciudades del mundo.

Queridos hermanos y hermanas: En la fiesta de la Epifanía, que es la Jornada Misionera de los Niños, quiero saludar y dar las gracias a todos los niños y jóvenes que, en muchas partes del mundo, rezan por los misioneros y se comprometen a ayudar a sus coetáneos más desvalidos. ¡Gracias, queridos amigos!

Mi pensamiento se dirige también a las comunidades eclesiales

de Oriente, que mañana celebrarán la Santa Navidad, según el calendario juliano. Queridos hermanos y hermanas, ¡que el Señor Jesús les conceda a ustedes y a sus familias serenidad y paz!

Saludo con afecto a todos ustedes, fieles de Roma y peregrinos venidos de diversos países, en particular a los miembros del Consejo de Presidencia de la International Rural Catholic Association, con mis mejores deseos por su compromiso.

Saludo a los fieles de Lampedusa con su párroco, a los jóvenes del Movimiento «Tra Noi» y a los participantes en el tradicional desfile histórico-folclórico sobre los valores de la Epifanía, que este año tiene como protagonista a Sicilia.

Saludo a los peregrinos polacos y también a los numerosos participantes en el «Desfile de los Reyes Magos» que hoy se celebra en Varsovia y en muchas ciudades de Polonia, ¡e incluso en Roma! A todos les deseo lo mejor para el nuevo año a la luz de Cristo Resucitado.

Muchas felicidades a todos, ¡feliz fiesta!



Jornada Mundial de la Paz 2026: ¿Por qué una paz noviolenta y sin armas?

El Papa León XIV insta a abandonar la violencia interna, promoviendo la reconciliación basada en la justicia y la fraternidad.

Martha Inés Romero M.*

El Papa León XIV, en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2026 La paz sea con todos vosotros: Hacia una paz "desarmada y desarmante", nos invita a rechazar la lógica de la violencia y la guerra, y a abrazar una paz auténtica basada en el amor y la justicia. El Papa León XIV aboga por una paz que no dependa de las armas, sino que desarme la violencia interna y transforme las relaciones. Esta paz –dice el Papa León– debe ser desarmada, por cuanto no se afirma en el miedo, las amenazas ni las armas. Y debe ser desarmante, capaz de transformar los conflictos desde el corazón y la creación de un ambiente de confianza mutua y esperanza. "No basta con pedir la paz; debemos encarnarla en un estilo de vida que rechace toda forma de violencia, ya sea visible o sistemática."

¿Por qué una paz noviolenta y sin armas?

La noviolencia es un valor fun-

damental del Evangelio, en el que Jesús combinó un rechazo inequívoco a la violencia con el poder del amor en acción, por la justicia, la verdad y la paz. En esencia, la noviolencia evangélica está firmemente arraigada en valores como la compasión, la empatía y el respeto por la dignidad inherente a todos los seres humanos. Este principio exige estar desarmado, creando una paradoja: desde nuestra vulnerabilidad, construimos la fuerza de la noviolencia.

Esta paz desarmada se construye de varias maneras:

Mediante el diálogo y la diplomacia: El Papa León XIII se refiere al diálogo y la reciprocidad. Entendemos la mediación, la diplomacia y el derecho internacional como caminos hacia la paz. Necesitamos cuidar el multilateralismo basado en el estado de derecho, profundamente afectado por la pragmática y "confrontacional" forma de diplomacia que enfrentamos. Promover una diplomacia noviolenta significa alentar la búsqueda de soluciones a través del diálogo social y político.

A través de la incidencia por el desarme: Refiriéndose a San Juan XXIII, quien promovió



por primera vez el desarme integral, el Papa llama a un cambio profundo que abarque la mente y la vida, promoviendo la humildad evangélica. Podemos actuar por el Desarme y la seguridad humana integral (prioridades ratificadas en el reciente 80 aniversario de Pax Christi Internacional en Florencia) ¿Cómo? Creando conciencia y abogando contra la proliferación de armas nucleares y ligeras, así como apoyando iniciativas comunitarias que aborden las causas profundas de la violencia. Observando contextos en los que jóvenes están involucrados en pandillas u otros entornos violentos (como en Haití), y abogando por la creación de condiciones seguras para los civiles y por una cultura de paz.

A través del cambio transformador y perseverante.

Como constructores de paz, identificamos cuatro dimensiones del cambio:

Cambio Personal: se refiere a la

conversión de los corazones, relacionada con nuestra decisión personal e íntima de optar por el desarme, incluso de pensamientos y palabras frente a una violencia estructural, psicológica, cultural, ecológica. La Iniciativa Católica por la Noviolencia de Pax Christi promueve este "camino de Jesús" –la no-violencia– desde una espiritualidad encarnada, que se expresa en el respeto por la dignidad humana y la integridad de la Creación.

Cambio Relacional: El Papa León insta a abandonar la violencia interna, promoviendo la reconciliación basada

en la justicia y la fraternidad. El enfoque de la construcción de una paz justa, se centra en la prevención de la violencia y la justicia restaurativa. En el corazón de la construcción de una paz justa se encuentra la construcción intencional de dar el paso por un ser social y colectivo, con relaciones en todos los niveles de la sociedad, dedicadas a la transformación noviolenta de los conflictos, la búsqueda de la justicia social y la creación de culturas de paz sostenible. Se trata de promover el diálogo social y ecuménico e interreligioso, como caminos de paz y como lenguajes de encuentro dentro de las tradiciones contextuales.

Cambio Cultural: mirar más allá de los lazos de sangre o la etnia, o de quienes solo aceptan a sus similares y rechazan a quie-

nes son diferentes. Con conexión y respeto: el mensaje nos invita a ver al otro no como un adversario, sino como un hermano o hermana, superando el miedo; se trata de fomentar alternativas justas y pacíficas desde la cultura, el arte y la identidad contextual.

Cambio estructural: el Papa León



nos insta a asumir esta "lucha noviolenta" en nuestros propios contextos. A promover el desarrollo mediante políticas y prácticas que mejoren las condiciones necesarias para una paz duradera y sin armas.

El mensaje nos recuerda que los discípulos de Jesús están "invitados a vivir de una manera única y privilegiada...". Estamos ante un Magisterio del Papa León coherente desde Mayo de 2025, llamándonos a todos, creyentes y no creyentes, responsables políticos y ciudadanos, a construir el Reino de Dios y a trabajar para construir un futuro colectivo humano en paz entre nosotros y con la Naturaleza, que sufre bajo un sistema destructivo y contaminante.

La "paz de Cristo desarmada y desarmante" es la noviolencia

en esencia. No basta con desear la paz, ello implica una "transformación duradera" en la que quienes la reciben se transforman y, en consecuencia, el contexto en el que se desarrollan las relaciones es transformado. ¿Cómo se produce esta transformación? Construyendo la paz desde un enfoque noviolento, siguiendo a Jesús Noviolento. Es una forma prometedora de comprender la enseñanza de la Iglesia sobre la guerra y la paz. Se basa tanto en una lectura atenta de los signos de los tiempos, donde el Espíritu de Dios actúa

en la historia, como en un discernimiento cuidadoso de lo que el Evangelio nos llama a hacer hoy, como Pueblo de Dios, porque "más que una meta, la paz es presencia y camino". Jesús promovió la aceptación del sufrimiento en lugar de responder a la violencia con violencia. Anima a un enfoque pacífico incluso ante la agresión. Los activistas noviolentos a menudo demuestran una inmensa valentía y resiliencia ante la adversidad. Están dispuestos a soportar dificultades y a hacer sacrificios personales para perseguir sus principios y convicciones.

Damos gracias al Dios de amor por el Papa León y su mensaje de una paz desarmada y desarmante.

*Secretaría General de Pax Christi Internacional

La paz sea con todos vosotros. Hacia una paz desarmada y desarmante

«*La paz sea con todos vosotros. Hacia una paz desarmada y desarmante*»: este es el título del mensaje de León XIV para la 59^a Jornada Mundial de la Paz, celebrada el 1 de enero de 2026. A continuación, el texto del documento papal, publicado el jueves 18 de diciembre.

“¡La paz esté contigo!”

Este antiquísimo saludo, que sigue siendo habitual en muchas culturas, en la tarde de Pascua se llenó de nuevo vigor en labios de Jesús resucitado. «¡La paz esté con ustedes!» (Jn 20,19.21) es su palabra, que no sólo desea, sino que realiza un cambio definitivo en quien la recibe y, de ese modo, en toda la realidad. Por eso, los sucesores de los Apóstoles dan voz cada día y en todo el mundo a la más silenciosa revolución: “¡La paz esté con ustedes!”. Desde la tarde de mi elección como Obispo de Roma he querido incorporar mi saludo en este anuncio coral. Y deseo reafirmarlo: «Esta es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante. Proviene de Dios, Dios que nos ama a todos incondicionalmente». [1]

LA PAZ DE CRISTO RESUCITADO

El que venció a la muerte y derribó el muro que separaba a los seres humanos (cf. Ef 2,14) es el Buen Pastor, que da la vida por el rebaño y que tiene muchas ovejas que no son del redil (cf. Jn 10,11.16): Cristo, nuestra paz. Su presencia, su don, su victoria resplandecen en la perseverancia de muchos testigos, por medio de los cuales la obra de Dios continúa en el mundo, volviéndose incluso más perceptible y luminosa en la oscuridad de los tiempos. El contraste entre las tinieblas y la luz, en efecto, no es sólo una imagen bíblica para describir el parto del que está naciendo un mundo nuevo; es una experiencia que nos atraviesa y nos sorprende según las pruebas que encontramos, en las circunstancias históricas en las que nos toca vivir. Ahora bien, ver la luz y creer en ella es necesario para no hundirse en la oscuridad. Se trata de una exigencia que los discípulos de Jesús están llamados a vivir de modo único y privilegiado, pero que, por muchos caminos, sabe abrirse paso en el corazón de cada ser humano. La paz existe, quiere habitar en nosotros, tiene el suave poder de iluminar y ensanchar la inteligencia, resiste a la violencia y la vence. La paz tiene

el aliento de lo eterno; mientras al mal se le grita “basta”, a la paz se le susurra “para siempre”. En este horizonte nos ha introducido el Resucitado. Con este presentimiento viven los que trabajan por la paz que, en el drama de lo que el Papa Francisco ha definido como “tercera guerra mundial a pedazos”, siguen resistiendo a la contaminación de las tinieblas, como centinelas de la noche.

Lamentablemente lo contrario –es decir, olvidar la luz– es posible; entonces se pierde el realismo, cediendo a una representación parcial y distorsionada del mundo, bajo el signo de las tinieblas y del miedo. Hoy no son pocos los que llaman realistas a las narraciones cargadas de esperanza, ciegas ante la belleza de los demás, que olvidan la gracia de Dios que trabaja siempre en los corazones humanos, aunque estén heridos por el pecado. San Agustín exhortaba a los cristianos a entablar una amistad indisoluble con la paz, para que, custodiándola en lo más íntimo de su espíritu, pudieran irradiar en torno a sí su luminoso calor. Él, dirigiéndose a su comunidad, escribía así: «Tened la paz, hermanos. Si queréis atraer a los demás hacia ella,

sed los primeros en poseerla y retenerla. Arda en vosotros lo que poseéis para encender a los demás». [2]

Ya sea que tengamos el don de la fe, o que nos parezca que no lo tenemos, queridos hermanos y hermanas, ¡abrámonos a la paz! Acojámosla y reconozcámola, en vez de considerarla lejana e imposible. Antes de ser una meta, la paz es una presencia y un camino. Aunque sea combatida dentro y fuera de nosotros, como una pequeña llama amenazada por la tormenta, cuidémosla sin olvidar los nombres y las historias de quienes nos han dado testimonio de ella. Es un principio que guía y determina nuestras decisiones. Incluso en los lugares donde sólo quedan escombros y donde la desesperación parece inevitable, hoy encontramos a quienes no han olvidado la paz. Así como en la tarde de Pascua Jesús entró en el lugar donde se encontraban los discípulos, atemorizados y desanimados, de la misma manera la paz de Cristo resucitado sigue atravesando puertas y barreras con las voces y los rostros de sus testigos. Es el don que permite que no olvidemos el bien, reconocerlo vencedor, elegirlo de nuevo juntos.

Una paz desarmada

Poco antes de ser arrestado, en un momento de gran intimidad, Jesús dijo a los que estaban con Él: «Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo». E inmediata-

mente agrega: «¡No se inquieten ni teman!» (Jn 14,27). La turbación y el temor podían referirse, ciertamente, a la violencia que pronto se abatiría sobre Él. Más profundamente, los Evangelios no esconden que lo que desconcertó a los discípulos fue su respuesta no violenta; un camino al que todos, empezando por Pedro, se opusieron, pero en el cual el Maestro pidió que lo siguieran hasta el final. El camino de Jesús sigue siendo motivo de turbación y de temor. Y Él repite con firmeza a quien quisiera defenderlo: «Envaina tu espada» (Jn 18,11; cf. Mt 26,52). La paz de Jesús resucitado es desarmada, porque desarmada fue su lucha, dentro de circunstancias históricas, políticas y sociales precisas. Los cristianos, juntos, deben hacerse proféticamente testigos de esta novedad, recordando las tragedias de las que tantas veces se han hecho cómplices. La gran parábola del juicio universal invita a todos los cristianos a actuar con misericordia, siendo conscientes de ello (cf. Mt 25,31-46). Y, al hacerlo, encontrarán a su lado hermanos y hermanas que, por distintos caminos, han sabido escuchar el dolor ajeno y se han liberado interiormente del engaño de la violencia.

Aunque hoy no son pocas las personas de corazón dispuesto a la paz, un gran sentimiento de impotencia las invade ante el curso de los acontecimientos, cada vez más incierto. Ya san Agustín, en efecto, señala-

ba una paradoja particular: «Es más difícil alabar la paz que poseerla. En efecto, si queremos alabarla, deseamos las fuerzas para ello, buscamos los pensamientos y pesamos las palabras; por el contrario, si queremos poseerla, la tenemos y poseemos sin trabajo alguno». [3]

Cuando tratamos la paz como un ideal lejano, terminamos por no considerar escandaloso que se le niegue, e incluso que se haga la guerra para alcanzarla. Pareciera que faltan las ideas justas, las frases sopesadas, la capacidad de decir que la paz está cerca. Si la paz no es una realidad experimentada, para custodiar y cultivar, la agresividad se difunde en la vida doméstica y en la vida pública. En la relación entre ciudadanos y gobernantes se llega a considerar una culpa el hecho de que no se nos prepare lo suficiente para la guerra, para reaccionar a los ataques, para responder a las agresiones. Mucho más allá del principio de legítima defensa, en el plano político dicha lógica de oposición es el dato más actual en una desestabilización planetaria que va asumiendo cada día mayor dramatismo e imprevisibilidad. No es casual que los repetidos llamamientos a incrementar el gasto militar y las decisiones que esto conlleva sean presentados por muchos gobernantes con la justificación del peligro respecto a los otros. En efecto, la fuerza disuasiva del poder y, en particu-

lar, de la disuasión nuclear, encarnan la irracionalidad de una relación entre pueblos basada no en el derecho, la justicia y la confianza, sino en el miedo y en el dominio de la fuerza. «La consecuencia –como ya escribía san Juan XXIII acerca de su tiempo– es clara: los pueblos viven bajo un perpetuo temor, como si les estuviera amenazando una tempestad que en cualquier momento puede desencadenarse con ímpetu horrible. No les falta razón, porque las armas son un hecho. Y si bien parece difícilmente creíble que haya hombres con suficiente osadía para tomar sobre sí la responsabilidad de las muertes y de la asoladora destrucción que acarrearía una guerra, resulta innegable, en cambio, que un hecho cualquiera imprevisible puede de improviso e inesperadamente provocar el incendio bélico». [4]

Pues bien, en el curso del 2024 los gastos militares a nivel mundial aumentaron un 9,4% respecto al año anterior, confirmado la tendencia ininterrumpida desde hace diez años y alcanzando la cifra de 2.718 billones de dólares, es decir, el 2,5% del PIB mundial. [5] Por si fuera poco, hoy parece que se quiera responder a los nuevos desafíos, no sólo con el enorme esfuerzo económico para el rearme, sino también con un reajuste de las políticas educativas; en vez de una cultura de la memoria, que preserve la conciencia madurada en

el siglo XX y no olvide a sus millones de víctimas, se promueven campañas de comunicación y programas educativos, en escuelas y universidades, así como en los medios de comunicación, que difunden la percepción de amenazas y transmiten una noción meramente armada de defensa y de seguridad.

Sin embargo, «el verdadero amante de la paz ama también a los enemigos de ella». [6] Así recomendaba san Agustín que no se destruyeran los puentes ni se insistiera en el registro del reproche, prefiriendo el camino de la escucha y, en cuanto sea posible, el encuentro con las razones de los demás. Hace sesenta años, el Concilio Vaticano II se concluía con la conciencia de un diálogo urgente entre la Iglesia y el mundo contemporáneo. En particular, la Constitución *Gaudium et spes* centraba la atención en la evolución de la práctica bélica: «El riesgo característico de la guerra contemporánea está en que da ocasión a los que poseen las recientes armas científicas para cometer tales delitos y con cierta inexorable conexión puede empujar las voluntades humanas a determinaciones verdaderamente horribles. Para que esto jamás suceda en el futuro, los obispos de toda la tierra reunidos aquí piden con insistencia a todos, principalmente a los jefes de Estado y a los altos jefes del ejército, que consideren incesantemente tan

gran responsabilidad ante Dios y ante toda la humanidad». [7]

Al reiterar el llamamiento de los Padres conciliares y estimando la vía del diálogo como la más eficaz a todos los niveles, constatamos cómo el ulterior avance tecnológico y la aplicación en ámbito militar de las inteligencias artificiales hayan radicalizado la tragedia de los conflictos armados. Incluso se va delineando un proceso de desresponsabilización de los líderes políticos y militares, con motivo del creciente “delegar” a las máquinas decisiones que afectan la vida y la muerte de personas humanas. Es una espiral destructiva, sin precedentes, del humanismo jurídico y filosófico sobre el cual se apoya y desde el que se protege cualquier civilización. Es necesario denunciar las enormes concentraciones de intereses económicos y financieros privados que van empujando a los estados en esta dirección; pero esto no basta, si al mismo tiempo no se fomenta el despertar de las conciencias y del pensamiento crítico. La Encíclica *Fratelli tutti* presenta a san Francisco de Asís como ejemplo de este despertar: «En aquel mundo plagado de torreones de vigilancia y de murallas protectoras, las ciudades vivían guerras sangrientas entre familias poderosas, al mismo tiempo que crecían las zonas miserables de las periferias excluidas. Allí Francisco acogió la verdadera paz en su interior,

se liberó de todo deseo de dominio sobre los demás, se hizo uno de los últimos y buscó vivir en armonía con todos». [8] Es una historia que quiere continuar en nosotros, y que requiere que unamos esfuerzos para contribuir recíprocamente a una paz desarmante, una paz que nace de la apertura y de la humildad evangélica.

Una paz desarmante

La bondad es desarmante. Quizás por eso Dios se hizo niño. El misterio de la Encarnación, que tiene su punto de mayor abajamiento en el descenso a los infiernos, comienza en el vientre de una joven madre y se manifiesta en el pesebre de Belén. «Paz en la tierra» cantan los ángeles, anunciando la presencia de un Dios sin defensas, del que la humanidad puede descubrirse amada solo cuidándolo (cf. Lc 2,13-14). Nada tiene la capacidad de cambiarnos tanto como un hijo. Y quizá es precisamente el pensar en nuestros hijos, en los niños y también en los que son frágiles como ellos, lo que nos conmueve profundamente (cf. Hch 2,37). A este respecto, mi venerado Predecesor escribía que «la fragilidad humana tiene el poder de hacernos más lúcidos respecto a lo que permanece o a lo que pasa, a lo que da vida y a lo que provoca muerte. Quizás por eso tendemos con frecuencia a negar los límites y a evadir a las personas frágiles y heridas, que tienen el poder de cuestionar la dirección que hemos tomado,

como individuos y como comunidad». [9] San Juan XXIII introdujo por primera vez la perspectiva de un desarme integral, que sólo puede afirmarse mediante la renovación del corazón y de la inteligencia. Así escribía en *Pacem in terris*: «Todos deben, sin embargo, convencerse que ni el cese en la carrera de armamentos, ni la reducción de las armas, ni, lo que es fundamental, el desarme general son posibles si este desarme no es absolutamente completo y llega hasta las mismas conciencias; es decir, si no se esfuerzan todos por colaborar cordial y sinceramente en eliminar de los corazones el temor y la angustiosa perspectiva de la guerra. Esto, a su vez, requiere que esa norma suprema que hoy se sigue para mantener la paz se sustituya por otra completamente distinta, en virtud de la cual se reconozca que una paz internacional verdadera y constante no puede apoyarse en el equilibrio de las fuerzas militares, sino únicamente en la confianza recíproca. Nos confiamos que es éste un objetivo asequible. Se trata, en efecto, de una exigencia que no sólo está dictada por las normas de la recta razón, sino que además es en sí misma deseable en grado sumo y extraordinariamente fecunda en bienes». [10] Un servicio fundamental que las religiones deben prestar a la humanidad que sufre es vigilar el creciente intento de transformar incluso los pensamientos y

las palabras en armas. Las grandes tradiciones espirituales, así como el recto uso de la razón, nos llevan a ir más allá de los lazos de sangre o étnicos, más allá de las fraternidades que sólo reconocen al que es semejante y rechazan al que es diferente. Hoy vemos cómo esto no se da por supuesto. Lamentablemente, forma cada vez más parte del panorama contemporáneo arrastrar las palabras de la fe al combate político, bendecir el nacionalismo y justificar religiosamente la violencia y la lucha armada. Los creyentes deben desmentir activamente, sobre todo con la vida, esas formas de blasfemia que opacan el Santo Nombre de Dios. Por eso, junto con la acción, es cada vez más necesario cultivar la oración, la espiritualidad, el diálogo ecuménico e interreligioso como vías de paz y lenguajes del encuentro entre tradiciones y culturas. En todo el mundo es deseable «que cada comunidad se convierta en una “casa de paz”, donde aprendamos a desactivar la hostilidad mediante el diálogo, donde se practique la justicia y se preserve el perdón». [11] Hoy más que nunca, en efecto, es necesario mostrar que la paz no es una utopía, mediante una creatividad pastoral atenta y generativa. Por otra parte, esto no debe distraer la atención de todos sobre la importancia que tiene la dimensión política. Quienes están llamados a responsabilidades públicas en las sedes

más altas y cualificadas, procuren que «se examine a fondo la manera de lograr que las relaciones internacionales se ajusten en todo el mundo a un equilibrio más humano, o sea a un equilibrio fundado en la confianza recíproca, la sinceridad en los pactos y el cumplimiento de las condiciones acordadas. Examíñese el problema en toda su amplitud, de forma que pueda lograrse un punto de arranque sólido para iniciar una serie de tratados amistosos, firmes y fecundos». [12] Es el camino desarmante de la diplomacia, de la mediación, del derecho internacional, tristemente desmentido por las cada vez más frecuentes violaciones de acuerdos alcanzados con gran esfuerzo, en un contexto que requeriría no la deslegitimación, sino más bien el reforzamiento de las instituciones supranacionales.

Hoy, la justicia y la dignidad humana están más expuestas que nunca a los desequilibrios de poder entre los más fuertes. ¿Cómo habitar un tiempo de desestabilización y de conflictos liberándose del mal? Es necesario motivar y sostener toda iniciativa espiritual, cultural y política que mantenga viva la esperanza, contrarrestando la difusión de actitudes fatalistas «como si las dinámicas que la producen procedieran de fuerzas anónimas e impersonales o de estructuras independientes de la voluntad humana». [13] Porque, de hecho, «la mejor manera de dominar y de avan-

zar sin límites es sembrar la desesperanza y suscitar la desconfianza constante, aun disfrazada detrás de la defensa de algunos valores», [14] a esta estrategia hay que oponer el desarrollo de sociedades civiles conscientes, de formas de asociacionismo responsable, de experiencias de participación no violenta, de prácticas de justicia reparadora a pequeña y gran escala. Ya lo señalaba con claridad León XIII en la Encíclica *Rerum novarum*: «La reconocida cortedad de las fuerzas humanas aconseja e impele al hombre a buscarse el apoyo de los demás. De las Sagradas Escrituras es esta sentencia: “Es mejor que estén dos que uno solo; tendrán la ventaja de la unión. Si el uno cae, será levantado por el otro. ¡Ay del que está solo, pues, si cae, no tendrá quien lo levante!” (Qo 4,9-10). Y también esta otra: “El hermano, ayudado por su hermano, es como una ciudad fortificada” (Pr 18,19)». [15] Que este sea un fruto del Jubileo de la Esperanza, que ha impulsado a millones de seres humanos a redescubrirse peregrinos y a comenzar en sí mismos ese desarme del corazón, de la mente y de la vida al que Dios no tardará en responder cumpliendo sus promesas: «Él será juez entre las naciones y árbitro de pueblos numerosos. Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas. No levantará la espada una nación contra otra ni se adiestrarán más para la guerra.

¡Ven, casa de Jacob, y caminemos a la luz del Señor!» (Is 2,4-5).

Vaticano, 8 de diciembre de 2025

LEÓN PP. XIV

[1] Bendición apostólica “Urbi et Orbi” y primer saludo, Logia central de la Basílica de San Pedro (8 mayo 2025).

[2] S. Agustín de Hipona, *Sermón 357*, 3.

[3] *Ibíd.*, 1.

[4] S. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris* (11 abril 1963), 60.

[5] Cf. SIPRI *Yearbook: Armaments, Disarmament and International Security* (2025).

[6] S. Agustín de Hipona, *Sermón 357*, 1.

[7] Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 80.

[8] Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 4.

[9] Id., Carta al Director del “Corriere della Sera” (14 marzo 2025).

[10] S. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris* (11 abril 1963), 113.

[11] *Discurso a los obispos de la Conferencia Episcopal Italiana* (17 junio 2025).

[12] S. Juan XXIII, Carta enc. *Pacem in terris* (11 abril 1963), 118.

[13] Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 42.

[14] Francisco, Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 15.

[15] León XIII, Carta enc. *Rerum novarum* (15 mayo 1891), 35.

“La paz sigue siendo un bien difícil, pero posible”

El Papa León XIV ha compartido con todos los embajadores del mundo acreditados ante la Santa Sede una exhaustiva reflexión sobre nuestros tiempos, “tan turbados por un número creciente de tensiones y conflictos”. En su primer encuentro con el cuerpo diplomático para intercambiar saludos por el Año Nuevo, León XIV repasó el pasado 9 de enero los acontecimientos que marcaron 2024, como el Jubileo de la esperanza, que atrajo a Roma a más de 33 millones de peregrinos. Y también recordó, con emoción, el fallecimiento de su predecesor, el Papa Francisco. “El mundo entero se reunió alrededor de su féretro el día del funeral y sintió la pérdida de un padre que había guiado al Pueblo de Dios con inmensa caridad pastoral”, dijo el Pontífice.

Y repasó con atención y profundidad la compleja realidad geopolítica, social y económica del mundo actual, deteniéndose en los principales focos de tensión, en los desafíos persistentes y en las esperanzas que aún iluminan el camino de las naciones para construir un futuro más justo y fraternal.

El Papa advirtió en su intervención sobre “la debilidad del multilateralismo” y aseguró que



es “motivo de especial preocupación a nivel internacional”. “La diplomacia que promueve el diálogo y busca el consenso entre todas las partes está siendo sustituida por una diplomacia basada en la fuerza, ya sea por parte de individuos o de

grupos de aliados”, señaló. Y alertó del resurgir de la guerra para resolver conflictos: “La guerra vuelve a estar de moda y el entusiasmo bélico se extiende”, apuntó el Pontífice. También expresó una importante admonición: “Se ha roto el principio establecido tras la Segunda Guerra Mundial, que prohibía a los países utilizar la fuerza para violar las fronteras ajenas. La paz ya no se busca como un regalo y como un bien deseable en sí mismo, o como una búsqueda de la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres”. El Papa lamentó que, en cambio, la paz “se busca mediante las armas como condición para afirmar el propio dominio”. Para el Pontífice, esto “compromete gravemente el estado de derecho, que es la base de toda convivencia civil pacífica”.

El Pontífice llamó especialmente la atención sobre la importancia del derecho internacional humanitario. “Su cumplimiento no puede depender de las circunstancias ni de intereses militares y estratégicos. El derecho humanitario, además de garantizar un mínimo de humanidad durante los estragos de la guerra, es un compromiso que han



contraído los Estados”, recalcó León XIV. También recordó que la destrucción de hospitales, infraestructuras energéticas, viviendas y lugares esenciales para la vida cotidiana “constituye una grave violación del derecho internacional humanitario”.

El Pontífice se detuvo también en distintos conflictos que afligen al mundo. Como la guerra en Ucrania, y el sufrimiento infligido a la población civil allí. “Ante esta trágica situación, la Santa Sede reafirma con firmeza la urgente necesidad de un alto el fuego inmediato y de un diálogo motivado por una búsqueda sincera de caminos que conduzcan a la paz”, subrayó el Pontífice.

También recordó el conflicto en Tierra Santa, donde, “a pesar de la tregua anunciada en octubre, la población civil sigue sufriendo una grave crisis humanitaria, que se suma al sufrimiento ya experimentado”. La Santa Sede, resaltó el Papa, “está especialmente atenta a cualquier iniciativa diplomática que busque garantizar a los palestinos de la Franja de Gaza un futuro de paz duradera y justicia en su

propia tierra, así como a todo el pueblo palestino y a todo el pueblo israelí”.

León XIV se detuvo también en el aumento de las tensiones en el mar Caribe y a lo largo de la costa pacífica americana. “Deseo renovar mi vehemente llamamiento para que se busquen soluciones políticas pacíficas a la situación actual, teniendo presente el bien común de los pueblos y no la defensa de intereses partidistas”, señaló el Pontífice. También mencionó la situación de Venezuela y renovó su llamamiento “para que se respete la voluntad del pueblo venezolano y se trabaje por la protección de los derechos humanos y civiles de todos y por la construcción de un futuro de estabilidad y concordia”. Al mismo tiempo, auspició que se encuentre inspiración en el ejemplo de dos de sus hijos, a los que el Papa canonizó el pasado mes de octubre, José Gregorio Hernández y la hermana Carmen Rendiles. “De este modo, se podrá construir una sociedad fundada en la justicia, la verdad, la libertad y la fraternidad, y así salir de la grave crisis que aflige al país desde hace mu-

chos años”, apuntó el Pontífice.

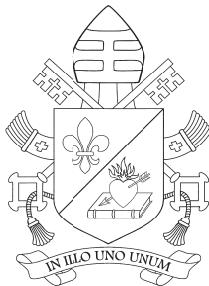
León XIV mostró también su preocupación por otras crisis se extienden por todo el panorama mundial, como “la desesperada situación de Haití, marcada por múltiples formas de violencia, desde la trata de personas hasta el exilio forzoso y los secuestros”. O la situación que ha afectado durante décadas a la región africana de los Grandes Lagos, “asolada por una violencia que se ha cobrado numerosas víctimas”. También recordó la situación de Sudán, “que se ha convertido en un vasto campo de batalla”, así como “la continua inestabilidad política de Sudán del Sur, el país más joven de la familia de naciones, que nació tras el referéndum celebrado hace quince años”. Además, mencionó “los crecientes indicios de tensión en Asia Oriental” y la grave crisis humanitaria y de seguridad que aflige a Myanmar, “agravada aún más por el devastador terremoto del pasado mes de marzo”.

El pontífice también reflexionó sobre las obras de San Agustín y subrayó que como hizo notar el santo, “mientras que la guerra se conforma con la destrucción, la paz requiere esfuerzos continuos y pacientes de construcción, así como una vigilancia constante”.

León lanzó también un mensaje de esperanza: “A pesar de la trágica situación que tenemos ante nuestros ojos, la paz sigue siendo un bien difícil, pero posible”.



Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



MENSAJE DEL SANTO PADRE CON OCASIÓN DEL
X ANIVERSARIO DE LA BEATIFICACIÓN DE LOS
MÁRTIRES DE CHIMBOTE (PERÚ)
6 de diciembre de 2025

En un tiempo de dialécticas estériles volver a Jesucristo

A los hermanos y hermanas de la Iglesia que peregrina en Chimbote,

y a cuantos se unen a esta acción de gracias:

En el décimo aniversario de la beatificación de los mártires de Chimbote –los beatos Michał Tomaszek, Zbigniew Strzałkowski y Alessandro Dordi– deseo unirme a la gratitud de la Iglesia en Perú, en Polonia, en Italia y en otros tantos lugares donde su recuerdo permanece como estímulo de fidelidad.

Estos tres sacerdotes misioneros compartieron la vida de sus comunidades, celebrando la Eucaristía y administrando los sacramentos, organizando la catequesis y sosteniendo la caridad en contextos de pobreza y violencia. En 1991, tras haber decidido permanecer donde desempeñaban su ministerio y en medio del rebaño como auténticos pastores, fueron asesinados por odio a la fe.

En realidad, ya antes de su muerte, la vida misionera de cada uno dejaba entrever el mensaje esencial del cristianismo. Eran tres sacerdotes claramente distintos: dos jóvenes frailes franciscanos polacos y un presbítero diocesano italiano. Llevaban consigo lenguas, culturas, formaciones, carismas, espiritualidades y modos de proceder diferentes. Cada cual tenía una manera única de acercarse a las personas y de vivir el ministerio. Pero en el Perú esa diversi-

dad no generó distancia; al contrario, se volvió un aporte. En Pariacoto y en la región del Santa compartieron el mismo celo, la misma entrega y el mismo amor a la gente –particularmente a los más necesitados– llevando en el corazón, con afecto pastoral, las preocupaciones y los sufrimientos de los habitantes de esas tierras.

Habiendo servido también en ese querido país, encuentro en ellos algo profundamente familiar para quien ha vivido la misión, y al mismo tiempo esencial para toda la Iglesia: la comunión que nace cuando historias tan distintas se dejan reunir por Cristo y en Cristo, de modo que lo que cada uno es y aporta –sin dejar de ser propio– termina confluendo en un único testimonio del Evangelio para el bien y la edificación del pueblo de Dios.

Por eso creo firmemente que sus vidas, así como su martirio, pueden ser hoy una llamada a la unidad y a la misión para la Iglesia universal. En un tiempo marcado por sensibilidades diversas en el que con facilidad se cae en dicotomías o dialécticas estériles, los Beatos de Chimbote nos recuerdan que el Señor es capaz de unir lo que nuestra lógica humana tiende a separar. No es la plena coincidencia de pareceres lo que nos une, sino la decisión de conformar nuestro parecer con el de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 13).

La sangre de los mártires no se derramó al servicio de proyectos o ideas personales, sino como una única entrega de amor al Señor y a su pueblo. Su martirio nos muestra –con la autoridad de la vida ofrecida– qué es la verdadera comunión: tantas procedencias, tantos estilos, tantos contextos, tantos dones... pero «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos que está

sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4,5-6). Hoy, frente a los desafíos pastorales y culturales que la Iglesia atraviesa, su memoria nos pide un paso decisivo: volver a Jesucristo como medida de nuestras opciones, de nuestras palabras y de nuestras prioridades. Volver a Él con aquella firmeza del corazón que no retrocede, ni siquiera cuando la fidelidad al Evangelio reclama el don de la propia vida. Sólo cuando Él es el punto de referencia, la misión recupera su forma propia y la Iglesia recuerda el motivo por el que existe: «Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa» (S. Pablo VI, *Exhort. ap. Evangelii nuntiandi*, 14).

Que este aniversario sea para la Iglesia de Chimbote una ocasión para renovar la disponibilidad al apostolado. Exhorto a las comunidades que acogieron a estos mártires a que continúen hoy la misión por la que ellos dieron su vida, la de anunciar a Jesús con palabras y con obras, manteniendo la fe en medio de las dificultades, sirviendo con humildad a los más frágiles y manteniendo encendida la esperanza incluso cuando la realidad se vuelve ardua. Y cuando el ánimo vacile ante los peligros, recuerden que la historia no está cerrada ni es ajena a la gracia (cf. *Rm* 8,28); donde hay testigos fieles –como estos sacerdotes y tantos otros– el futuro se abre, porque es Cristo mismo quien sigue actuando en su Iglesia y conduciendo la historia hacia la plenitud de su Reino. Y ante Él, ni siquiera la muerte tiene la última palabra (cf. *Ap* 1,18).

Quisiera concluir con una palabra dirigida a los jóvenes del Perú, a los de Polonia, de Italia y del mundo entero. El testimonio de los mártires de Chimbote muestra que la vida da frutos en la medida en que se abre a la llamada de Dios. Michał tenía apenas treinta años y Zbigniew treinta y tres; llevaban sólo unos pocos años de ministerio, y sin embargo en esa juventud que a veces se considera inexperta o frágil, Dios le recordó una vez más a su Iglesia que la fecundidad de la misión no depende de la duración del camino, sino de la fidelidad con que se recorre.

Desde esta certeza brota también mi invitación. Jóvenes, ¡no teman la llamada del Señor! Sea al sacerdocio, a la vida consagrada o incluso a la misión ad gentes, para ir allí donde Cristo aún no es conocido. Invito también al clero –especialmente a los sacerdotes jóvenes– a considerar con generosidad la posibilidad de ofrecerse como fidei donum, siguiendo el ejemplo del beato Alessandro; y motivo a los obispos, a sostener el ardor de los sacerdotes jóvenes y a socorrer a las Iglesias más necesitadas mediante el envío fraternal de ministros que prolonguen la caridad pastoral de Cristo allí donde más se requiere.

Que la memoria de estos testigos ilumine el camino de la Iglesia que peregrina en Chimbote y de cuantos, en todo el mundo, desean seguir e imitar a nuestro Salvador con corazón generoso. Con estos deseos, confiándolos a la maternal protección de la Bienaventurada Virgen María, Reina de los mártires, les imparto de corazón mi Bendición.

Vaticano, 26 de noviembre de 2025

SALUDO DEL PAPA LEÓN XIV EN EL CONCIERTO CON LOS POBRES

Aula Pablo VI, Sábado, 6 de diciembre de 2025

La música es como un puente que nos lleva a Dios

Michael Bublé, your Italian is wonderful, thank you so much! (su italiano es maravilloso, ¡muchas gracias!)

Queridos hermanos y hermanas, ¡la paz esté con ustedes!

He tenido el placer de participar junto a ustedes en la sexta edición de este concierto, nacido, podríamos decir, del corazón del Papa Francisco.

Esta noche, mientras las melodías tocaban nuestras almas, hemos sentido el valor inestimable de la música: no es un lujo para unos pocos, sino un don divino accesible a todos, ricos y pobres. Por eso, al dirigir mi saludo a cada uno de ustedes, siento de manera especial la alegría de darles la bienvenida, hermanos y hermanas, para quienes hoy hemos vivido este concierto: ¡gracias a todos por su presencia!

Agradezco al cardenal vicario Baldo Reina, al cardenal Konrad Krajewski y al Dicasterio para el Servicio de la Caridad, así como a las diferentes realidades caritativas que se han comprometido a colaborar en la realización de este evento.

Nuestro agradecimiento va, naturalmente, a quienes han interpretado con arte y pasión la música y los cantos: al Coro de la Diócesis de Roma dirigido por el maestro Marco Frisina, junto con la Nova Opera Orchestra. Y no podemos olvidar a la Fundación Nova Opera y a todos los socios que han hecho posible este evento. Un «gracias» muy especial al artista Michael Bublé por su presencia esta noche entre nosotros, así como a la señora Serena Autieri.

Queridos amigos, la música es como un puente que nos lleva a Dios. Es capaz de transmitir sentimientos, emociones, hasta los movimientos más profundos del alma, elevándolos, transformándolos en una escalera ideal que conecta la tierra y el cielo. Sí, ¡la música puede elevar nuestro espíritu! No porque nos distraiga de nuestras miserias, porque nos aturda o nos haga olvidar los problemas o las situaciones difíciles de la vida, sino porque nos recuerda que no somos solo eso: somos mucho más que nuestros problemas y nuestras penas, ¡somos hijos amados por Dios!

No es casualidad que la fiesta de la Navidad esté tan llena de cantos tradicionales, en todos los idiomas, en todas las culturas. Como si no se pudiera celebrar este Misterio sin música, sin himnos de alabanza. Después de todo, el mismo Evangelio nos dice que mientras Jesús nacía en el establo de Belén, ¡en el cielo había un gran concierto de ángeles! ¿Y quién escuchó ese concierto? ¿A quiénes se les aparecieron los ángeles? A los pastores, que velaban por la noche para cuidar de su rebaño (cf. Lc 2,13-14).

Queridos amigos, en este tiempo de Adviento, preparamos para el encuentro con el Señor que viene. Hagamos que sus corazones no se vuelvan pesados, que no estén ocupados por intereses egoístas y preocupaciones materiales, sino que estén despiertos, atentos a los demás, a los necesitados; que estén dispuestos a escuchar el canto de amor de Dios, que es Jesucristo. Sí, Jesús es el canto de amor

de Dios por la humanidad. ¡Escuchemos este canto! Aprendámoslo bien, para poder cantarlo también nosotros con nuestra vida.

¡Gracias a todos! Que Dios los bendiga. ¡Feliz camino de Adviento y feliz Navidad!

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, II Domingo de Adviento, 7 de diciembre de 2025

La paz es posible

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! El Evangelio de este segundo domingo de Adviento nos anuncia la llegada del Reino de Dios (cf. Mt 3,1-12). Antes de Jesús, aparece en escena su precursor, Juan el Bautista. Él predicaba en el desierto de Judea diciendo: «Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca» (Mt 3,1).

En la oración del “Padre nuestro”, pedimos cada día: «Venga tu reino». Jesús mismo nos lo enseñó. Y con esta invocación nos orientamos hacia lo nuevo que Dios tiene reservado para nosotros, reconocemos que el curso de la historia no está ya escrito por los poderosos de este mundo. Ponemos nuestros pensamientos y energías al servicio de un Dios que viene a reinar no para dominarnos, sino para liberarnos. Es un “evangelio”, una auténtica buena noticia, que nos motiva y nos involucra.

Ciertamente, el tono del Bautista es severo, pero el pueblo lo escucha porque en sus palabras resuena la llamada de Dios a no jugar con la vida, a aprovechar el momento presente para prepararse al encuentro con Aquel que no juzga por las apariencias, sino por las obras y las intenciones del corazón.

El mismo Juan será sorprendido por la forma en que el Reino de Dios se manifestará en Jesucristo, en la mansedumbre y la misericordia. El profeta Isaías lo compara con un renuevo: una imagen que no es de poder o destrucción, sino de nacimiento y novedad. Sobre ese brote, que surge de un tronco aparentemente muerto, comienza a soplar el Espíritu Santo con sus dones (cf. Is 11,1-10). Todos tenemos el recuerdo de una sorpresa parecida que nos ha ocurrido en la vida.

Es la experiencia que vivió la Iglesia en el Concilio Vaticano II, que concluía precisamente hace sesenta años; una experiencia que se renueva cuando caminamos juntos hacia el Reino de Dios, todos dispuestos a acogerlo y servirlo. Entonces no sólo florecen realidades que parecían débiles o marginales, sino que se realiza lo que humanamente se consideraría imposible, como en las imágenes del profeta: «El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito; el ternero y el cachorro de león pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá» (Is 11,6).

Hermanas y hermanos, ¡cuánto necesita el mundo esta esperanza! Nada es imposible para Dios. Preparémonos para su Reino, acójámoslo. El más pequeño, Jesús de Nazaret, nos guiará. Él, que se puso en nuestras manos, desde la noche de su nacimiento hasta la hora oscura de su muerte en la cruz, resplandece en nuestra historia como el sol naciente. Ha comenzado un nuevo día: ¡despertemos y caminemos en su luz!

He aquí la espiritualidad del Adviento, tan luminescente y concreta. Las luces a lo largo de las calles nos recuerdan que cada uno de nosotros puede ser una pequeña luz, si acoge a Jesús, brote de un mundo nuevo. Aprendamos a hacerlo como María, nuestra Madre, mujer que aguarda con confianza y esperanza.

Después del ángelus:

¡Queridos hermanos y hermanas!

Hace unos días regresé de mi primer viaje apostólico, a Türkiye y Líbano. Junto con mi querido hermano Bartolomé, Patriarca Ecuménico de Constantinopla, y los representantes de otras confesiones cristianas, nos reunimos para orar juntos en İznik, la antigua Nicea, donde hace 1700 años se celebró el primer Concilio ecuménico. Hoy se cumple precisamente el 60º aniversario de la Declaración conjunta entre Pablo VI y el Patriarca Atenágoras, que puso fin a las excomuniones recíprocas. Demos gracias a Dios y renovemos nuestro compromiso en el camino hacia la plena unidad visible de todos los cristianos. En Türkiye he tenido el gozo de encontrar la comunidad católica. A través del diálogo paciente y el servicio a los que sufren, esta comunidad da testimonio del Evangelio del amor y

de la lógica de Dios que se manifiesta en la pequeñez.

El Líbano sigue siendo un mosaico de convivencia y me ha reconfortado escuchar tantos testimonios en este sentido. He encontrado personas que anuncian el Evangelio acogiendo a los desplazados, visitando a los presos, compartiendo el pan con los necesitados. Me ha reconfortado ver a tanta gente en la calle saludándome y me ha conmovido el encuentro con los familiares de las víctimas de la explosión en el puerto de Beirut. Los libaneses esperaban una palabra y una presencia de consuelo, ¡pero fueron ellos quienes me consolaron con su fe y su entusiasmo! ¡Agradezco a todos los que me han acompañado con sus oraciones! Queridos hermanos y hermanas, lo que ha sucedido en los últimos días en Türkiye y Líbano nos enseña que la paz es posible y que los cristianos, en diálogo con hombres y mujeres de otras religiones y culturas, pueden contribuir a construirla. No olvidemos que la paz es posible.

Estoy cerca de los pueblos del sur y sudeste asiático, duramente golpeados por los recientes desastres naturales. Rezo por las víctimas, por las familias que lloran a sus seres queridos y por quienes prestan socorro. Exhorto a la comunidad internacional y a todas las personas de buena voluntad a que apoyen con gestos de solidaridad a los hermanos y hermanas de esas regiones.

Saludo con afecto a todos ustedes, romanos y peregrinos. Saludo a todos los que han vendido de otras partes del mundo, en particular a los fieles peruanos de Pisco, Cusco y Lima; los polacos, recordando también la Jornada de oración y apoyo material a la Iglesia del Este; y también al grupo de estudiantes portugueses.

Saludo también a los grupos parroquiales de Lentiai, Manerbio, Santa Cesarea Terme, Cerignano, Roverchiara y Roverchiaretta; a los jóvenes de Marostica y Pianezze, a los confirmados de Cavaion Veronese, a los jóvenes del Oratorio de Mezzocorona, al grupo de monaguillos de Bolonia y a los socios de la Mutua Madonna del Granato.

Les deseo a todos un feliz domingo y un buen camino de Adviento.

ÁNGELUS

*Plaza de San Pedro. Lunes, 8 de diciembre de 2025,
solemnidad de la Inmaculada Concepción*

Como la Madre renovar cada día nuestro “sí”

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz fiesta!

Hoy celebramos la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. Expresamos nuestra alegría porque el Padre Celestial la quiso «íntegramente inmune de la mancha del pecado original» (cf. Beato Pío IX, Const. ap. Ineffabilis Deus, 8 diciembre 1854), llena de inocencia y santidad para poder confiarle, para nuestra salvación, «a su Hijo único [...] amado como a sí mismo» (ibid.).

El Señor concedió a María la gracia extraordinaria de un corazón totalmente puro, en vista de un milagro aún mayor: la venida al mundo, como hombre, de Cristo Salvador (cf. Lc 1,31-33). La Virgen lo supo, con el asombro propio de los humildes, por el saludo del ángel: «¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo» (v. 28) y con fe respondió su «sí»: «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho» (v. 38).

Comentando estas palabras, san Agustín dice que «Creyó María, y se hizo realidad en ella lo que creyó» (Sermón 215, 4). El don de la plenitud de gracia, en la joven de Nazaret, pudo dar fruto porque ella, en su libertad, lo acogió abrazando el proyecto de Dios. El Señor siempre actúa así: nos concede grandes dones, pero nos deja libres para aceptarlos o no. Por eso Agustín añade: «Creamos también nosotros para que pueda sernos igualmente provechoso lo hecho realidad [en ella]» (ibid.). Así, esta fiesta, que nos hace regocijarnos por la belleza inmaculada de la Madre de Dios, nos invita a creer como ella creyó, dando nuestro generoso consentimiento a la misión a la que el Señor nos llama.

El milagro que para María sucedió en su concepción, para nosotros se renovó en el Bautismo: lavados del pecado original, hemos sido hechos hijos de Dios, morada suya y templo del Espíritu Santo. Y como María pudo acoger en sí misma a Jesús y darlo a los hombres por una gracia especial, así «el

Bautismo permite a Cristo vivir en nosotros y a nosotros vivir unidos a Él, para colaborar en la Iglesia, cada uno según la propia condición, en la transformación del mundo» (Francisco, Catequesis, 11 abril 2018).

Queridos hermanos, grande es el don de la Inmaculada Concepción, pero también lo es el don del Bautismo que hemos recibido. Maravilloso es el «sí» de la Madre del Señor, pero también puede serlo el nuestro, renovado cada día con fidelidad, gratitud, humildad y perseverancia en la oración y en las obras concretas de amor, desde los gestos más extraordinarios hasta las tareas diarias y los servicios más cotidianos, para que Jesús sea conocido, recibido y amado en todas partes, y su salvación llegue a todos.

Pedimos esto hoy al Padre, por intercesión de la Inmaculada, mientras rezamos juntos con las palabras en las que ella misma, primera de todos, creyó.

Después del ángelus

Queridos hermanos y hermanas.

Saludo con afecto a todos ustedes, romanos y peregrinos de Italia y de otras partes del mundo, en particular a los fieles de Molina de Segura, en España, a la Asociación cultural «Firenze in Armonia» y a los «Ragazzi dell'Immacolata». Bendigo de buen grado al grupo de Rocca di Papa y la antorcha con la que encenderán la Estrella de Navidad en la Fortaleza de esa hermosa ciudad.

Dirijo un saludo especial a los miembros de la Acción Católica Italiana, que hoy celebran en las comunidades parroquiales la Jornada de la Adhesión. Les deseo a todos una fructífera actividad formativa y apostólica, para ser testigos creíbles del Evangelio.

A ustedes, queridos romanos y peregrinos, les doy cita esta tarde en la Plaza de España, donde me dirigiré para el tradicional homenaje a la Virgen Inmaculada. A su intercesión confiamos nuestra constante oración por la paz.

Les deseo a todos una feliz fiesta a la luz de nuestra Madre celestial. Hasta pronto.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS

MIEMBROS DEL “EUROPEAN CONSERVATIVES AND REFORMISTS GROUP” DEL PARLAMENTO EUROPEO
Sala Clementina. Miércoles, 10 de diciembre de 2025

Nunca perder de vista a las personas olvidadas y a los márgenes

Buenos días a todos y bienvenidos al Vaticano.

Me es grato tener esta oportunidad de saludar a su delegación con motivo de su participación en la Conferencia del Grupo European Conservatives and Reformists que se celebra estos días aquí en Roma.

En primer lugar, quisiera agradecerles su labor al servicio no solo de quienes representan en el Parlamento Europeo, sino también de todas las personas de sus comunidades. De hecho, ocupar un alto cargo en la sociedad conlleva la responsabilidad de promover el bien común. Por lo tanto, les animo especialmente a que nunca pierdan de vista a las personas olvidadas, a los marginados, a los que Jesucristo llamó «los más pequeños» entre nosotros (cf. *Lc 9, 48*).

Como funcionarios elegidos democráticamente, ustedes reflejan una variedad de puntos de vista que abarcan un amplio espectro de opiniones diferentes. De hecho, uno de los objetivos esenciales de un parlamento es permitir que estos puntos de vista se expresen y se debatan. Sin embargo, el rasgo distintivo de toda sociedad civilizada es que las divergencias se discuten con cortesía y respeto, ya que la capacidad de discrepar, escuchar con atención e incluso dialogar con aquellos que consideramos adversarios da testimonio de nuestro respeto por la dignidad de todos los hombres y mujeres que nos ha sido dada por Dios. Los invito, por tanto, a mirar a Santo Tomás Moro, patrón de los políticos, cuya sabiduría, valentía y defensa de la conciencia son una inspiración atemporal para quienes buscan promover el bienestar de la sociedad.

A este respecto, repito con gusto el llamamiento de mis predecesores más recientes, según el cual la

identidad europea solo puede entenderse y promoverse en referencia a sus raíces judeocristianas. Sin embargo, el objetivo de proteger el legado religioso de este continente no es simplemente salvaguardar los derechos de sus comunidades cristianas, ni se trata en primer lugar de preservar costumbres o tradiciones sociales particulares, que de todos modos varían de un lugar a otro y a lo largo de la historia. Se trata sobre todo del reconocimiento de un hecho. Además, todos son beneficiarios de la contribución que los miembros de las comunidades cristianas han dado y siguen dando por el bien de la sociedad europea. Basta recordar algunos avances importantes de la civilización occidental, especialmente los tesoros culturales de sus imponentes catedrales, el arte y la música sublimes y los avances en la ciencia, por no hablar del crecimiento y la difusión de las universidades. Estos avances crean un vínculo intrínseco entre el cristianismo y la historia europea, una historia que debe ser apreciada y celebrada.

En particular, pienso en los ricos principios éticos y modelos de pensamiento que constituyen el patrimonio intelectual de la Europa cristiana. Estos son esenciales para salvaguardar los derechos otorgados por Dios y la dignidad inherente a cada persona humana, desde la concepción hasta la muerte natural. También son fundamentales para responder a los retos que plantean la pobreza, la exclusión social, las privaciones económicas, así como la crisis climática, la violencia y las guerras en curso. Asegurar que la voz de la Iglesia siga siendo escuchada, sobre todo a través de su doctrina social, no significa restaurar una época del pasado, sino garantizar que no se pierdan recursos fundamentales para la cooperación y la integración futuras.

Me gustaría reiterar aquí la importancia de lo que el papa Benedicto XVI señaló como el diálogo necesario entre «el mundo de la razón y el mundo de la fe, el mundo de la secularidad racional y el mundo del credo religioso» (Encuentro con las autoridades civiles, Westminster Hall, Londres, 17 de septiembre de 2010). De hecho, esta conversación pública, en la que los políticos desempeñan un papel muy importante, es esencial para respetar la competencia específica de cada uno, así como para

proporcionar lo que el otro necesita, es decir, un papel mutuamente «purificador» para garantizar que nadie caiga presa de distorsiones (cf. *Ibidem*). Es mi deseo que ustedes hagan su parte comprometiéndose positivamente en este importante diálogo, no solo por el bien de los pueblos de Europa, sino también por el de toda la familia humana.

Con estas pocas reflexiones, les aseguro que los tendré presentes en mis oraciones e invoco sobre ustedes y sus familias las bendiciones de Dios de sabiduría, alegría y paz.

Gracias.

CARTA APOSTÓLICA DEL SANTO PADRE SOBRE LA IMPORTANCIA DE LA ARQUEOLOGÍA CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL PONTIFICIO INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA CRISTIANA
11 de diciembre de 2025

La memoria del pasado, iluminada por la fe y purificada por la caridad, es alimento de la esperanza.

En el centenario de la fundación del Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana, siento el deber y la alegría de compartir algunas reflexiones que considero importantes para el camino de la Iglesia en los tiempos actuales. Lo hago con corazón agradecido, consciente de que la memoria del pasado, iluminada por la fe y purificada por la caridad, es alimento de la esperanza.

En 1925 se convocó el “Jubileo de la paz”, que deseaba aliviar las atroces heridas de la Primera Guerra Mundial; y es significativo que el centenario del Instituto coincida con un nuevo Jubileo, que también hoy quiere ofrecer horizontes de esperanza a la humanidad, atribulada por numerosas guerras.

Nuestra época, marcada por rápidos cambios, crisis humanitarias y transiciones culturales, exige, junto con el uso de conocimientos antiguos y nuevos, también la búsqueda de una sabiduría profunda, capaz de custodiar y transmitir al futuro lo que es verdaderamente esencial. En esta perspectiva,

deseo reafirmar con fuerza que la arqueología es un componente imprescindible de la interpretación del cristianismo y, por consiguiente, de la formación catequética y teológica. No es sólo una disciplina especializada, reservada a unos pocos expertos, sino un camino accesible a todos aquellos que quieren comprender la encarnación de la fe en el tiempo, en los lugares y en las culturas. Para nosotros, los cristianos, la historia es un fundamento crucial; en efecto, realizamos la peregrinación de la vida en la concreción de la historia, que es también el escenario en el que se desarrolla el misterio de la salvación. Todo cristiano está llamado a basar su existencia en una Buena Nueva que parte de la Encarnación histórica del Verbo de Dios (cf. Jn 1,14). Como nos recordó el querido Papa Francisco, «nadie puede saber verdaderamente quién es y qué pretende ser mañana sin nutrir el vínculo que lo une con las generaciones que lo preceden. Y esto es válido no sólo a nivel de situaciones personales, sino también a un nivel más amplio de comunidad. En efecto, estudiar y narrar la historia ayuda a mantener encendida “la llama de la conciencia colectiva”. De lo contrario, permanece sólo la memoria personal de los hechos ligados al propio interés o a las propias emociones, sin un verdadero nexo con la comunidad humana y eclesial en la que estamos viviendo». [1]

La casa de la arqueología

Con el Motu Proprio «Los cementerios primitivos», del 11 de diciembre de 1925, el Papa Pío XI sancionó un proyecto ambicioso y visionario: la fundación de un instituto de alta formación, es decir, de doctorado, que, en coordinación con la Comisión de Arqueología Sacra y con la Pontificia Academia Romana de Arqueología, tendría la tarea de orientar, con el máximo rigor científico, los estudios sobre los monumentos del cristianismo antiguo para reconstruir la vida de las primeras comunidades, formando así a «profesores de arqueología cristiana para las universidades y seminarios, directores de excavaciones de antigüedades, conservadores de monumentos sagrados, museos, etc.». [2] En la visión de Pío XI, la arqueología es indispensable para la reconstrucción exacta de la historia, la cual, como «luz de verdad y testimonio

de los tiempos, si se consulta correctamente y se examina con diligencia»,^[3] indica a los pueblos la fecundidad de las raíces cristianas y los frutos del bien común que pueden derivarse de ellas, acreditando así también la obra de evangelización.

A lo largo de todos estos años, el Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana ha formado a cientos de arqueólogos del cristianismo antiguo, así como a profesores, procedentes de todas partes del mundo, que han desempeñado, al regresar a sus países, importantes cargos docentes o de tutela; ha promovido investigaciones en Roma y en todo el mundo cristiano; ha desempeñado un eficaz papel internacional en la promoción de la arqueología cristiana, tanto con la organización de congresos cílicos y otras numerosas iniciativas científicas, como por las estrechas relaciones y los intercambios constantes con universidades y centros de estudio de todo el mundo.

El Instituto ha sabido ser, en algunos momentos, promotor de la paz y del diálogo religioso, por ejemplo, organizando el XIII Congreso Internacional en Espalato durante la guerra en la antigua Yugoslavia —una decisión difícil y con muchas discrepancias en el ámbito académico—^[4] o confirmando su operatividad con misiones en el extranjero en países políticamente inestables. Nunca ha renunciado a los objetivos de la formación superior, privilegiando el contacto directo con las fuentes escritas y los monumentos, huellas visibles e inequívocas de las primeras comunidades cristianas, a través de visitas, sobre todo a las catacumbas y las iglesias de Roma, y los viajes anuales de estudio a las zonas geográficas que atañen a la difusión del cristianismo.

Cuando las exigencias de la enseñanza y las presiones externas lo han requerido, sobre todo en los últimos años con el Proceso de Bolonia, suscrito por la Santa Sede, para la construcción de un sistema de educación superior coherente en Europa, el Instituto ha actualizado las disciplinas y los itinerarios formativos, sin apartarse nunca de los objetivos y el espíritu de sus fundadores. Ha seguido los pasos de los iniciadores de la arqueología cristiana, especialmente de Giovanni Battista de Rossi, «incansable estudioso que sentó las bases de una disciplina

científica».^[5] A él se debe, en la segunda mitad del siglo XIX, el descubrimiento de la mayor parte de los cementerios cristianos alrededor de las murallas de Roma, así como el estudio de los santuarios de los mártires de las persecuciones las de Decio, Valentiano y, sobre todo, Diocleciano, y su evolución desde la época de Constantino, que atrajeron una peregrinación cada vez más floreciente hasta la Alta Edad Media.

Esto ha sido un servicio a la Iglesia, que pudo contar con el Instituto como promotor del conocimiento sobre los testimonios materiales del cristianismo primitivo y sobre los mártires, que aún hoy representan ejemplos de una fe brillante y valiente. El servicio del Instituto también ha sido práctico, ya que ha intervenido en la excavación —emprendida por la Fábrica de San Pedro— de la tumba del apóstol Pedro bajo el Altar de la Confesión de la Basílica Vaticana y, más recientemente, en las investigaciones de los Museos Vaticanos en San Pablo Extramuros.

La arqueología como escuela de encarnación
Hoy estamos llamados a preguntarnos: ¿hasta qué punto puede seguir siendo provechoso, en la era de la inteligencia artificial y de las investigaciones en las infinitas galaxias del universo, el papel de la arqueología cristiana en la sociedad y para la Iglesia?

El cristianismo no nació de una idea, sino de una carne; no de un concepto abstracto, sino de un vientre, de un cuerpo, de un sepulcro. La fe cristiana, en su esencia más auténtica, es histórica: se basa en hechos concretos, en rostros, en gestos y en palabras pronunciadas en una lengua, en una época y en un entorno.^[6] Esto es lo que la arqueología hace evidente, palpable. Nos recuerda que Dios eligió hablar en una lengua humana, caminar en una tierra, habitar lugares, casas, sinagogas, calles.

No se puede comprender plenamente la teología cristiana sin la inteligencia de los lugares y las huellas materiales que dan testimonio de la fe de los primeros siglos. No es casualidad que el evangelista Juan dé inicio a su primera carta con una especie de declaración sensorial: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras

manos acerca de la Palabra de Vida» (1 Jn 1,1). La arqueología cristiana es, en cierto sentido, una respuesta fiel a estas palabras, pues quiere tocar, ver, escuchar al Verbo que se hizo carne. No para detenerse en lo visible, sino para dejarse guiar hacia el Misterio que allí se esconde.

La arqueología, al ocuparse de los vestigios materiales de la fe, educa en una teología de los sentidos: una teología que sabe ver, tocar, oler y escuchar. La arqueología cristiana educa en esta sensibilidad. Excavando entre piedras, ruinas y objetos, nos enseña que nada de lo que ha sido tocado por la fe es insignificante. Incluso un fragmento de mosaico, una inscripción olvidada, un grafito en una pared de las catacumbas pueden contar la biografía de la fe. En este sentido, la arqueología es también una escuela de humildad: enseña a no despreciar lo que es pequeño, lo que es aparentemente secundario. Enseña a leer los signos, a interpretar el silencio y el enigma de las cosas, a intuir eso que ya no está escrito. Es una ciencia del umbral, que se encuentra entre la historia y la fe, entre la materia y el Espíritu, entre lo antiguo y lo eterno.

Vivimos en una época en la que el uso y el consumo han prevalecido sobre la conservación y el respeto. La arqueología, en cambio, nos enseña que incluso el más pequeño testimonio merece atención, que cada rastro tiene valor, que nada puede descartarse. En este sentido, es una escuela de sostenibilidad cultural y ecología espiritual. Es una educación para aprender a respetar la materia, la memoria y la historia. El arqueólogo no descarta nada, sino que conserva. No consume, sino que contempla. No destruye, sino que descifra. Su mirada es paciente, precisa, respetuosa. Es la mirada que sabe captar en un trozo de cerámica, en una moneda corroída o en un grabado desgastado, el aliento de una época, el sentido de una fe y el silencio de una oración. Es una mirada que puede enseñar mucho también a la pastoral y a la catequesis de hoy.

Por otra parte, los instrumentos tecnológicos más modernos permiten obtener nueva información de hallazgos que antes se consideraban insignificantes. Esto nos recuerda que nada es realmente inútil o perdido. Incluso lo que parece marginal puede, a la luz de nuevas preguntas y nuevos métodos, de-

volver significados profundos. La arqueología, en este sentido, es también una escuela de esperanza. En la Constitución apostólica *Veritatis gaudium* se afirma que la arqueología, junto con la historia de la Iglesia y la patrística, debe formar parte de las disciplinas fundamentales para la formación teológica.^[7] No se trata, pues, de un añadido accesorio, sino de un principio pedagógico profundo: quien estudia teología debe conocer el origen de la Iglesia, cómo ha vivido, qué formas ha adoptado la fe a lo largo de los siglos. La arqueología no sólo nos habla de cosas, sino también de personas: de sus casas, sus tumbas, sus iglesias, sus oraciones. Nos habla de la vida cotidiana de los primeros cristianos, de los lugares de culto, de las formas de evangelización. Nos habla de cómo la fe ha modelado espacios, ciudades, paisajes y mentalidades. Y nos ayuda a comprender cómo la revelación se ha encarnado en la historia, cómo el Evangelio ha encontrado palabras y formas dentro de las culturas. Una teología que ignora la arqueología corre el riesgo de volverse desencarnada, abstracta, ideológica. Por el contrario, una teología que acoge a la arqueología como aliada es una teología que escucha al cuerpo de la Iglesia, que interroga sus heridas, que lee sus signos, que se deja interpelar por su historia.

La profesión arqueológica es, en gran parte, una profesión “táctil”. Los arqueólogos son los primeros en tocar, después de siglos, una materia enterrada que conserva la energía del tiempo. Pero la tarea del arqueólogo cristiano no se limita a la materia, va más allá, hasta lo humano. No sólo estudia los hallazgos, sino también las manos que los forjaron, las mentes que los concibieron, los corazones que los amaron. Detrás de cada objeto hay una persona, un alma, una comunidad. Detrás de cada ruina, un sueño de fe, una liturgia, una relación. La arqueología cristiana, entonces, es también una forma de caridad; es una manera de hacer hablar los silencios de la historia, de devolver la dignidad a los olvidados, de sacar a la luz la santidad anónima de tantos fieles que han formado parte de la Iglesia.

Una memoria para evangelizar

Desde los orígenes del cristianismo, la memoria ha desempeñado un papel fundamental en la evange-

lización. No se trata de un simple recuerdo, sino de una reactualización viva de la salvación. Las primeras comunidades cristianas conservaban, junto con las palabras de Jesús, también los lugares, los objetos y los signos de su presencia. La tumba vacía, la casa de Pedro en Cafarnaúm, las tumbas de los mártires, las catacumbas romanas: todo contribuía a dar testimonio de que Dios había entrado realmente en la historia y que la fe no era una filosofía, sino un camino concreto en la carne del mundo.

El Papa Francisco escribió que, en los recorridos de las catacumbas, «encontramos los numerosos signos de la peregrinación cristiana de los orígenes: pienso, por ejemplo, en los importantísimos grafitis de los llamados triclia de las catacumbas de San Sebastián, la Memoria Apostolorum, donde se veneraban juntas las reliquias de los apóstoles Pedro y Pablo. A continuación, descubriremos, en estos caminos, los símbolos y representaciones cristianas más antiguas, que dan testimonio de la esperanza cristiana. En las catacumbas, todo habla de esperanza, todo: habla de la vida más allá de la muerte, de la liberación de los peligros y de la propia muerte por obra de Dios, que en Cristo el buen Pastor, nos llama a participar en la bienaventuranza del Paraíso, evocada con figuras de plantas exuberantes, flores, prados verdes, pavos reales y palomas, ovejas apacentando... ¡Todo habla de esperanza y de vida!». [8]

Esta sigue siendo hoy la tarea de la arqueología cristiana: ayudar a la Iglesia a recordar sus orígenes, a custodiar la memoria viva de sus comienzos, a narrar la historia de la salvación no sólo con palabras, sino también con imágenes, formas y espacios. En una época que a menudo pierde sus raíces, la arqueología se convierte así en un instrumento precioso de evangelización que parte de la verdad de la historia para abrirse a la esperanza cristiana y a la novedad del Espíritu.

La arqueología cristiana nos muestra cómo el Evangelio ha sido acogido, interpretado y celebrado en diferentes contextos culturales; nos muestra cómo la fe ha moldeado la vida cotidiana, la ciudad, el arte y el tiempo. Y nos invita a continuar este proceso de inculuración, para que el Evangelio pueda seguir encontrando hoy un hogar en los co-

razones y en las esculturas del mundo contemporáneo. En este sentido, no sólo mira al pasado, también habla al presente y orienta hacia el futuro. Habla a los creyentes, que redescubren las raíces de su fe; pero también habla a los alejados, a los no creyentes, a cuantos se interrogan sobre el sentido de la vida y encuentran, en el silencio de las tumbas y en la belleza de las basílicas paleocristianas, un eco de eternidad. Se dirige a los jóvenes, que a menudo buscan autenticidad y concreción; se dirige a los estudiosos, que ven en la fe no una abstracción, sino una realidad históricamente documentada; se dirige a los peregrinos, que encuentran en las catacumbas y en los santuarios el sentido del camino y la invitación a la oración por la Iglesia.

En un momento en el que la Iglesia está llamada a abrirse a las periferias —geográficas y existenciales—, la arqueología puede ser un poderoso instrumento de diálogo; puede contribuir a tender puentes entre mundos distantes, entre culturas diferentes, entre generaciones; puede dar testimonio de que la fe cristiana nunca ha sido una realidad cerrada, sino una fuerza dinámica, capaz de penetrar en los tejidos más profundos de la historia humana.

Saber ver más allá: la Iglesia entre el tiempo y la eternidad

La grandeza de la misión arqueológica se mide también en la capacidad de situar a la Iglesia en la tensión entre el tiempo y la eternidad. Cada hallazgo, cada fragmento sacado a la luz nos dice que el cristianismo no es una idea suspendida, sino un cuerpo que ha vivido, ha celebrado y ha habitado el espacio y el tiempo. La fe no está fuera del mundo, sino en el mundo. No está contra la historia, sino dentro de la historia.

Sin embargo, la arqueología no se limita a describir la materialidad de las cosas, sino que nos lleva más allá: nos hace intuir la fuerza de una existencia que trasciende los siglos, que no se agota en la materia, sino que la trasciende. Así, por ejemplo, en la lectura de los entierros cristianos vemos, más allá de la muerte, la espera de la resurrección; en la disposición de los ábsides captamos, más allá de un cálculo arquitectónico, la orientación hacia Cristo; en las huellas del culto reconocemos, más allá de un ritual, el anhelo por el Misterio.

Desde una perspectiva más sistemática, se puede afirmar que la arqueología tiene una relevancia específica también en la teología de la Revelación. Dios ha hablado a lo largo del tiempo, a través de acontecimientos y personas; ha hablado en la historia de Israel, en la historia de Jesús, en el camino de la Iglesia. La Revelación, por tanto, también es histórica. Y si es así, entonces la comprensión de la Revelación no puede prescindir de un conocimiento adecuado de los contextos históricos, culturales y materiales en los que se ha realizado. La arqueología cristiana contribuye a este conocimiento: ilumina los textos con testimonios materiales, interroga las fuentes escritas, las completa, las problematiza. En algunos casos, confirma la autenticidad de las tradiciones; en otros, vuelve a colocarlas en su contexto preciso; y en otros, abre nuevas preguntas. Todo esto es teológicamente relevante. Porque una teología que quiera ser fiel a la Revelación debe permanecer abierta a la complejidad de la historia. Además, la arqueología muestra cómo el cristianismo se ha articulado progresivamente a lo largo del tiempo, enfrentándose a desafíos, conflictos, crisis, momentos de esplendor y de oscuridad. Esto ayuda a la teología a abandonar visiones idealizadas o lineales del pasado y a entrar en la verdad de lo real: una verdad hecha de grandeza y de límite, de santidad y de fragilidad, de continuidad y de ruptura. Y es precisamente en esta historia real, concreta, a menudo contradictoria, donde Dios ha querido manifestarse.

No es casualidad, por último, que cada profundización en el misterio de la Iglesia vaya acompañada de un retorno a los orígenes. No por un mero deseo de restauración, sino por una búsqueda de autenticidad. La Iglesia despierta y se renueva cuando vuelve a preguntarse sobre lo que la hizo nacer, sobre lo que la define en profundidad. La arqueología cristiana puede ofrecer una gran contribución en este sentido, pues nos ayuda a distinguir lo esencial de lo secundario, el núcleo original de las incrustaciones de la historia.

Pero atención: no se trata de una operación que reduzca la vida eclesial a un culto del pasado. La verdadera arqueología cristiana no es conservación estéril, sino memoria viva. Es la capacidad de hacer

que el pasado hable al presente. Es sabiduría para discernir lo que el Espíritu Santo ha suscitado en la historia. Es fidelidad creativa, no imitación mecánica. Por esta razón, la arqueología cristiana puede ofrecer un lenguaje común, una base compartida, una memoria reconciliada. Puede ayudar a reconocer la pluralidad de las experiencias eclesiales, la variedad de formas, la unidad en la diversidad. Y puede convertirse en un lugar de escucha, un espacio de diálogo y un instrumento de discernimiento.

El valor de la comunión académica

Cuando, en 1925, Pío XI quiso fundar el Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana, lo hizo a pesar de las dificultades económicas y el clima incierto de la posguerra. Lo hizo con valentía, con visión de futuro, con confianza en la ciencia y en la fe. Hoy, cien años después, ese gesto nos interpela. Nos pregunta si también nosotros somos capaces de creer en la fuerza del estudio, de la formación, de la memoria; nos pregunta si estamos dispuestos a invertir en la cultura a pesar de la crisis, a promover el conocimiento a pesar de la indiferencia, a defender la belleza incluso cuando parece marginal. Ser fieles al espíritu de los fundadores significa no conformarse con lo ya hecho, sino relanzarlo. Significa formar personas capaces de pensar, de cuestionar, de discernir, de narrar. Significa no encerrarse en un saber elitista, sino compartir, divulgar, involucrar.

En este centenario, deseo también reiterar la importancia de la comunión entre las diferentes instituciones que se ocupan de la arqueología. La Pontificia Academia Romana de Arqueología, la Pontificia Comisión de Arqueología Sagrada, la Pontificia Academia Cultorum Martyrum, el Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana: cada una con su especificidad, todas comparten una misma misión. Es necesario que colaboren, dialoguen y se apoyen entre ellas; que establezcan sinergias, elaboren proyectos comunes y promuevan redes internacionales.

La arqueología cristiana no es un privilegio para unos pocos, sino un recurso para todos, que puede ofrecer una contribución original al conocimiento de la humanidad, al respeto de la diversidad y a la

promoción de la cultura.

También la relación con el Oriente cristiano puede encontrar en la arqueología un terreno fértil. Las catacumbas comunes, las iglesias compartidas, las prácticas litúrgicas análogas, los martirologios convergentes: todo ello constituye un patrimonio espiritual y cultural que hay que valorizar juntos.

Educar en la memoria, custodiar la esperanza

Vivimos en un mundo que tiende a olvidar, que corre rápidamente, que consume imágenes y palabras sin sedimentar el sentido. La Iglesia, en cambio, está llamada a educar en la memoria, y la arqueología cristiana es uno de sus instrumentos más nobles para hacerlo. No para refugiarse en el pasado, sino para habitar el presente con conciencia, para construir el futuro con raíces.

Quien conoce su propia historia sabe quién es, sabe adónde ir, sabe de quién es hijo y a qué esperanza está llamado. Los cristianos no son huérfanos: tienen una genealogía de fe, una tradición viva y una comunión de testigos. La arqueología cristiana hace visible esta genealogía, custodia sus signos, los interpreta, los narra y los transmite. En este sentido, es también un ministerio de esperanza. Porque muestra que la fe ya ha atravesado épocas difíciles; ha resistido persecuciones, crisis, cambios; ha sabido renovarse, reinventarse, echar raíces en nuevos pueblos, florecer en nuevas formas. Quien estudia los orígenes cristianos ve que el Evangelio siempre ha tenido una fuerza generativa, que la Iglesia siempre ha renacido, que la esperanza nunca ha fallado.

Me dirijo a los obispos y a los responsables de la cultura y la educación: animen a los jóvenes, laicos y sacerdotes a estudiar arqueología, que ofrece muchas perspectivas formativas y profesionales dentro de las instituciones eclesiásticas y civiles, en el mundo académico y social, en los campos de la cultura y la conservación.

Por último, mi palabra va dirigida a ustedes, hermanos y hermanas, estudiosos, profesores, estudiantes, investigadores, agentes del patrimonio cultural, responsables eclesiásticos y laicos: su trabajo es valioso. No se dejen desanimar por las dificultades. La arqueología cristiana es un servicio, una vocación, una forma de amor a la Iglesia y a la

humanidad. Sigan excavando, estudiando, enseñando, narrado. Sean incansables en la búsqueda, rigurosos en el análisis, apasionados en la divulgación. Y, sobre todo, sean fieles al sentido profundo de su compromiso: hacer visible el Verbo de la vida, dar testimonio de que Dios se ha hecho carne, que la salvación ha dejado huellas, que el Misterio se ha convertido en narración histórica.

Que la bendición del Señor los acompañe a todos. Que la comunión de la Iglesia los sostenga. Que los inspire la luz del Espíritu Santo, que es memoria viva y creatividad inagotable. Y que los proteja la Virgen María, que supo meditar todo en su corazón, uniendo el pasado y el futuro en la mirada de la fe. Vaticano, 11 de diciembre de 2025.

LEÓN PP. XIV

Notas

[1] Francisco, Carta sobre la renovación del estudio de la Historia de la Iglesia (21 noviembre 2024):AAS116 (2024), 1590.

[2] Reglamento del Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana (11 diciembre 1925), art. 1: Rivista di Archeologia Cristiana della Pontificia Commissione di archeologia sacra, 3 (1926), 21.

[3] Pío XI, Carta enc. *Lux Veritatis* (25 diciembre 1931), Proemio: AAS 23 (1931), 493.

[4] Cf. P. Saint-Roch, Discours inaugural: N. Cambi - E. Marin (eds.), *Acta XIII Congressus Internationalis Archaeologiae Christianae*, I, Ciudad del Vaticano 1998, 66-67.

[5] Francisco, Carta al cardenal Gianfranco Ravasi con motivo de la XXV Sesión pública de las Academias Pontificias (1 febrero 2022): AAS 114 (2022), 211.

[6] Por ejemplo, en el Credo tenemos la referencia a Poncio Pilato, un personaje histórico, que permite datar los acontecimientos recordados.

[7] Congregación para la Educación Católica, Normas aplicativas para la recta ejecución de la Const. ap. *Veritatis gaudium* (27 diciembre 2017), art. 55, 1º b: AAS 110 (2018), 149.

[8] Francisco, Discurso a los participantes en la Plenaria de la Pontificia Comisión de Arqueología Sagrada (17 mayo 2024):AAS 116 (2024), 697-698.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS
PROFESORES Y ESTUDIANTES DEL PONTIFICIO
INSTITUTO DE ARQUEOLOGÍA CRISTIANA
Sala Clementina. Jueves, 11 de diciembre de 2025

La arqueología cristiana es servicio, vocación y forma de amor

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Eminencia,

Monseñor rector, monseñor secretario,
queridos profesores, empleados y !estudiantes!

Hoy se cumplen cien años desde que mi querido predecesor Pío XI, en el Motu proprio *I primitivi cemeteri di Roma cristiana*, recordaba cómo «los Pontífices Romanos siempre consideraron como su deber ineludible la protección y la custodia» del patrimonio sagrado, en particular los «cementerios subterráneos comúnmente llamados Catacumbas», sin olvidar «las basílicas florecidas dentro de las murallas de la ciudad de Roma con sus grandiosos mosaicos, las innumerables series de inscripciones, las pinturas, las esculturas, los objetos funerarios y litúrgicos». En el mismo documento, Pío XI mencionaba al «nunca lo suficientemente alabado Giovanni Battista de Rossi» y al «incansable investigador de las antigüedades sagradas romanas Antonio Bosio», es decir, los iniciadores de la arqueología cristiana.

En esa ocasión, el Papa decidió añadir a la Pontificia Comisión de Arqueología Sagrada y a la Pontificia Academia Romana de Arqueología el Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana, con el fin de «orientar a los jóvenes dispuestos, de todos los países y naciones, hacia los estudios y las investigaciones científicas sobre los monumentos de la antigüedad cristiana». Un siglo después, esa misión está más viva que nunca, gracias también a los congresos internacionales de arqueología cristiana, a través de los cuales el Instituto promueve los estudios en una disciplina que caracteriza no solo a las ciencias históricas, sino también a la fe y a la identi-

dad cristiana.

En esta ocasión, con Carta Apostólica de hoy, he querido proponer algunas reflexiones sobre la importancia de la arqueología. Ahora deseo simplemente ofrecer algunas precisiones.

En primer lugar, la enseñanza de la «Arqueología Cristiana», entendida como el estudio de los monumentos de los primeros siglos del Cristianismo, tiene su propio estatuto epistemológico por sus específicas coordenadas cronológicas, históricas y temáticas. No obstante, observamos que en otros contextos esta enseñanza se inserta en el ámbito de la arqueología medieval. A este respecto, les sugiero que se hagan defensores de la especificidad de su disciplina, en la que el adjetivo «cristiana» no pretende ser expresión de una perspectiva confesional, sino que califica la disciplina misma con su propia dignidad científica y profesional.

Además, la arqueología cristiana es un campo de estudio que se refiere al período histórico de la Iglesia unida, por lo que puede ser un instrumento válido para el ecumenismo: de hecho, las diferentes confesiones pueden reconocer sus orígenes comunes a través del estudio de las antigüedades cristianas y fomentar así la aspiración a la plena comunión. A este respecto, pude vivir esta experiencia precisamente en mi reciente viaje apostólico, cuando en İznik, la antigua Nicea, conmemoré el primer concilio ecuménico junto con los representantes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales. La presencia de los restos de los antiguos edificios cristianos fue emocionante y motivadora para todos nosotros. Sobre este tema, he apreciado la jornada de estudio que han organizado en colaboración con el Dicasterio para la Evangelización.

Los exhorto, asimismo, a participar, a través de sus estudios, en esa «diplomacia de la cultura» que el mundo tanto necesita en nuestros días. A través de la cultura, el alma humana traspasa las fronteras de las naciones y supera las barreras de los prejuicios para ponerse al servicio del bien común. También ustedes pueden contribuir a construir puentes, a favorecer los encuentros, a alimentar la concordia.

Como recordé en la Carta Apostólica, en 1925 se celebró el «Jubileo de la paz», ahora estamos celebrando el «Jubileo de la esperanza». Por lo tanto,

su Instituto, en cierto sentido, se encuentra idealmente tendido entre la paz y la esperanza. Y, de hecho, ustedes son portadores de paz y esperanza dondequiera que operan con sus excavaciones e investigaciones, de modo que, al reconocer su estandarte blanco y rojo con la imagen del Buen Pastor, se les puedan abrir las puertas no solo como portadores de conocimiento y ciencia, sino también como anunciantes de paz.

Por último, quisiera evocar un pasaje del discurso de San Juan Pablo II Sobre las raíces cristianas comunes de las naciones europeas, en el que dijo: «Europa tiene necesidad de Cristo y del Evangelio, porque aquí están las raíces de todos los pueblos. ¡Escuchen también ustedes este mensaje!» (6 de noviembre de 1981). Entre las raíces de la sociedad y de las naciones europeas se encuentra sin duda el cristianismo, con sus fuentes literarias y monumentales; y el trabajo de los arqueólogos es una respuesta al llamamiento que acabo de recordar.

¡Gracias, queridísimos, por su compromiso! Que el Instituto Pontificio de Arqueología Cristiana continúe con renovado ímpetu su valioso servicio a la Iglesia y a la cultura. Encomiendo este deseo a la intercesión de María Santísima y les imparto de corazón la bendición apostólica. Gracias.

**DISCURSO DEL PAPA A LOS MIEMBROS DE LA
COMISIÓN DEL “PREMIO ZAYED A LA
FRATERNIDAD HUMANA 2026”**

*Biblioteca privada del Palacio Apostólico Vaticano, Jueves, 11
de diciembre de 2025*

**En un tiempo de conflictos las
palabras no bastan, es necesario
testimoniar juntos amabilidad y
caridad**

Queridos amigos,

Me alegra encontrarme con ustedes hoy. Siempre es una alegría estar entre personas como ustedes, que ponen sus talentos, su visión y sus convicciones morales al noble servicio de la fraternidad humana.

Como bien saben, el Premio Zayed a la Hermanidad Humana surgió de un momento crucial en el diálogo interreligioso: la firma del Documento sobre la Hermandad Humana por parte del Papa Francisco y el Gran Imán Ahmed Al-Tayeb, con el apoyo de Su Alteza el Jeque Mohammed bin Zayed Al Nahyan. Este Premio no solo encarna el legado del Jeque Zayed y de estos otros líderes, sino que también subraya que todos los seres humanos y todas las religiones están llamados a promover la fraternidad. Como dijo el Papa Francisco, «Las diferentes tradiciones religiosas, cada una desde su propio patrimonio espiritual, pueden aportar una gran contribución al servicio de la fraternidad» (Videomensaje con motivo de la III Jornada Internacional de la Fraternidad Humana y la entrega del Premio Zayed a la Fraternidad Humana, 4 de febrero de 2023).

En una época marcada por el aumento de los conflictos y las divisiones, necesitamos testigos auténticos de la amabilidad y la caridad humanas que nos recuerden que todos somos hermanos y hermanas. Las palabras no bastan. De hecho, «el amor y las convicciones más profundas deben alimentarse, y esto se hace con gestos. Permanecer en el mundo de las ideas y los debates, sin gestos personales, frecuentes y sinceros, será la ruina de nuestros sueños máspreciados» (Dilexi te, n. 119).

A su manera única, el Premio Zayed honra tanto a instituciones como a personas que han realizado acciones concretas para demostrar compasión y solidaridad, ofreciendo ejemplos tangibles de cómo podemos promover la fraternidad humana hoy en día. Asegurándoles a todos ustedes mi recuerdo en mis oraciones, los animo a perseverar en esta noble labor, confiado en que sus esfuerzos seguirán dando frutos por el bien de la familia humana. ¡Gracias!

**MENSAJE DEL SANTO PADRE A LOS
PARTICIPANTES DEL ENCUENTRO DE SACERDOTES,
RELIGIOSAS, RELIGIOSOS Y SEMINARIAS
LATINOAMERICANOS QUE ESTUDIAN EN ROMA**
12 de diciembre de 2025

Anunciar la primacía absoluta de Cristo en la sociedad del ruido que confunde

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando Jesucristo llamó a sus discípulos, casi invariablemente utilizó la palabra “sígueme”. En esa breve palabra podemos encontrar el propósito más profundo de nuestra vida, sea como seminaristas, como sacerdotes o como miembros de la vida consagrada.

Si releemos los textos evangélicos de llamada, lo primero que constatamos es la absoluta iniciativa del Señor. Los llama, sin ningún mérito previo por parte de sus interlocutores (cf. Mt 9,9; Jn 1,43) y mirando más bien a que la vocación a la que los convoca sea una oportunidad para llevar el mensaje evangélico a los pecadores y a los débiles (cf. Mt 9,12-13). De ese modo sus discípulos se convierten en instrumentos del designio de salvación que Dios tiene para todos los hombres (cf. Jn 1,48).

Al mismo tiempo, el Evangelio nos exhorta a tomar conciencia del compromiso que supone responder a esta vocación. Nos habla de unas exigencias que podemos individuar en la llamada frustrada al joven rico (Mt 19,21): la exigencia de la primacía absoluta de Dios, el único bueno (v. 17); la exigencia de la necesidad imperiosa del conocimiento teórico y práctico de la ley divina (v. 18-19) y la exigencia del desasimiento de toda seguridad humana, con la consecuente oferta de todo lo que somos y lo que tenemos (v. 21).

San Ambrosio, en su exégesis del sorprendente pasaje del joven al que Jesús no le consiente enterrar a su padre (Lc 9,59), asume que en esa exigencia de dejarlo todo –incluso cosas justas en sí mismas– el Señor no pretende eludir los deberes naturales, sancionados por la ley de Dios, sino abrir nuestros ojos a una nueva vida. En ella nada puede anteponerse a Dios, ni siquiera lo que hasta entonces habíamos conocido como bueno, y supone la muerte al pecado y al viejo hombre mundano. Todo ello «con el fin de que seamos uno al lado de Dios todopoderoso, y podamos ver a su Hijo unigénito» (Tratado sobre el Evangelio de S.Lucas, 40).

Para Ambrosio, esta unión indispensable con Jesús, lejos de apartarnos del hermano, revierte en comunión con los demás. No caminamos en soledad, somos parte de una comunidad. No nos unen lazos de simpatía, intereses compartidos o mutua conveniencia, sino la pertenencia al pueblo que el Señor adquirió a precio de su Sangre (cf. 1 P 1,18-19). Nuestra unión tiende hacia un valor escatológico que se verificará cuando imitemos «la unidad de la paz eterna con una concordia irrompible de almas y en una alianza sin fin» y cumplamos «lo que nos prometió el Hijo de Dios cuando elevó a su Padre esta oración: “Que todos sean uno, como nosotros lo somos” (Jn 17,21)» (Tratado sobre el Evangelio de S.Lucas, 40).

Finalmente, en el Evangelio de san Juan, Jesús repite al apóstol Pedro dos veces la palabra “sígueme”. Lo hace en un contexto muy diferente, la Resurrección, justo después de la triple confesión de amor que Pedro realiza en reparación de su pecado. Aun confesando su amor, el Apóstol no entendía plenamente el misterio de la cruz, pero el Señor ya tenía en mente el sacrificio con el que Pedro daría gloria a Dios y le repite: “Sígueme” (Jn 21,19). Cuando a lo largo de la vida, nuestra mirada se nubla, como a Pedro, en medio de la noche o a través de las tormentas (Mt 14,25-31), será la voz de Jesús la que con amorosa paciencia nos sostenga.

La segunda vez que Jesús dice a Pedro: “Sígueme”, nos asegura de que el Señor conoce de nuestra fragilidad, y de que, muchas veces, no es la cruz que se nos impone, sino nuestro propio egoísmo, el que se convierte en causa de tropiezo en nuestro afán de seguirle. El diálogo con el apóstol nos muestra con qué facilidad juzgamos al hermano e incluso a Dios, sin acoger con docilidad su voluntad en nuestras vidas. También aquí el Señor nos repite, con constancia: «¿qué te importa? Tú sígueme» (Jn 21,22).

Hermanos y hermanas, puesto que estamos en la sociedad del ruido que confunde, hoy más que nunca se requieren servidores y discípulos que anuncien la primacía absoluta de Cristo y que tengan el acento de su voz muy claro en los oídos y en el corazón. Este conocimiento teórico y práctico de la Ley divina se alcanza ante todo gracias a la lectu-

ra de las Sagradas Escrituras, meditada en el silencio de la oración profunda, a la reverente acogida de la voz de los legítimos pastores y al estudio atento de los muchos tesoros de sabiduría que nos ofrece la Iglesia.

En medio de las alegrías y en medio de las dificultades, nuestra consigna ha de ser: si Cristo pasó por ahí, también nos corresponde vivir lo que Él vivió. No debemos apegarnos a los aplausos porque su eco dura poco; tampoco es sano quedarnos sólo en el recuerdo del día de crisis o de los tiempos de amarga decepción. Miremos más bien que todo ello es parte de nuestra formación y digamos: si Dios lo ha querido para mí yo también lo quiero (cf. Sal 40,8). El vínculo profundo que nos une con Cristo, sea como sacerdotes, consagrados o seminaristas, tiene una semejanza con aquello que se dice a los esposos cristianos en el día mismo de su boda: «en la salud y en la enfermedad; en la pobreza y en la riqueza» (Ritual del matrimonio, 66).

Que la Bienaventurada Virgen María de Guadalupe, Madre del verdadero Dios por quien se vive, nos enseñe a responder con valentía y conservando en el corazón las maravillas que Cristo ha hecho en nosotros, para así, sin demora, ir a anunciar la alegría de haberlo encontrado, de ser uno en el Uno y piedras vivas de un templo para su gloria. Que María Santísima custodie su paso por Roma e interceda por ustedes para que todo lo que en Roma asimilen, sea fructífero en su misión. Dios los bendiga.

Vaticano, 9 de diciembre de 2025. Memoria de san Juan Diego

LEÓN PP. XIV

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS DIRECTIVOS
Y FUNCIONARIOS DE LOS SERVICIOS DE
INTELIGENCIA ITALIANA

Aula de las Bendiciones. Viernes, 12 de diciembre de 2025

Ética de la comunicación y respeto de la dignidad de las personas

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu

Santo.

¡La paz esté con ustedes!
Distinguidas autoridades,
hermanos y hermanas!

Me complace darles la bienvenida en este centenario del nacimiento del Servicio encargado de los servicios de inteligencia en Italia. Corría el año 1925 cuando se creó el Servicio de Información Militar y se sentaron las bases para construir un sistema más coordinado y eficaz, para proteger la seguridad del Estado.

En primer lugar, deseo expresar mi agradecimiento por el trabajo que realizan, que requiere competencia, transparencia y, al mismo tiempo, confidencialidad. Esto les confiere la grave responsabilidad de vigilar constantemente los peligros que podrían amenazar la vida de la nación, con el fin de contribuir, sobre todo, a la protección de la paz. Se trata de una labor exigente que, debido a su confidencialidad, a menudo corre el riesgo de ser instrumentalizada, pero que es de gran importancia para anticipar posibles situaciones peligrosas para la vida de la sociedad.

A lo largo de estos cien años han cambiado muchas cosas, las capacidades y los instrumentos se han perfeccionado mucho, al igual que han aumentado y se han diversificado los retos a los que se enfrentan nuestras sociedades. A este respecto, quisiera exhortarles a que realicen su trabajo, además de con profesionalidad, también con una visión ética que tenga en cuenta al menos dos aspectos imprescindibles: el respeto a la dignidad de la persona humana y la ética de la comunicación.

En primer lugar, el respeto a la dignidad de la persona humana. La actividad de seguridad nunca debe perder de vista esta dimensión fundamental y nunca puede dejar de respetar la dignidad y los derechos de cada uno. En ciertas circunstancias difíciles, cuando el bien común que se persigue nos parece más necesario que todo lo demás, se corre el riesgo de olvidar esta exigencia ética y, por lo tanto, no siempre es fácil encontrar un equilibrio. Como ha afirmado la Comisión Europea para la Democracia a través del Derecho, las agencias de seguridad a menudo tienen que recopilar información sobre las personas y, por lo tanto, inciden fuertemente en los

derechos individuales. [1]

Por lo tanto, es necesario que se establezcan límites, según el criterio de la dignidad de la persona, y que se permanezca atento a las tentaciones a las que les expone un trabajo como el suyo. Asegúrense de que sus acciones sean siempre proporcionadas al bien común que se persigue y que la protección de la seguridad nacional garantice siempre y en todo momento los derechos de las personas, su vida privada y familiar, la libertad de conciencia y de información, y el derecho a un juicio justo. En este sentido, es necesario que las actividades de los servicios estén reguladas por leyes, debidamente promulgadas y publicadas, que estén sujetas al control y la supervisión del poder judicial y que los presupuestos estén sujetos a controles públicos y transparentes.

El segundo aspecto se refiere a la ética de la comunicación. El mundo de las comunicaciones ha cambiado notablemente en las últimas décadas y, hoy en día, la revolución digital es algo que simplemente forma parte de nuestra vida y de nuestra forma de intercambiar información y relacionarnos. Además, la llegada de nuevas y cada vez más avanzadas tecnologías nos ofrece mayores posibilidades, pero, al mismo tiempo, nos expone a peligros constantes. El intercambio masivo y continuo de información exige una vigilancia crítica sobre algunas cuestiones de vital importancia: la distinción entre la verdad y las noticias falsas, la exposición indebida de la vida privada, la manipulación de los más vulnerables, la lógica del chantaje, la incitación al odio y a la violencia.

Es necesario vigilar con rigor para que la información confidencial no se utilice para intimidar, manipular, chantajear o desacreditar el servicio de políticos, periodistas u otros actores de la sociedad civil. Todo esto también se aplica al ámbito eclesial. De hecho, en varios países, la Iglesia es víctima de servicios de inteligencia que actúan con fines poco nobles, oprimiendo su libertad. Estos riesgos deben evaluarse siempre y exigen una gran estatura moral en quienes se preparan para desempeñar un trabajo como el suyo y en quienes lo llevan a cabo desde hace tiempo.

Soy muy consciente del delicado papel y la respon-

sabilidad a la que están llamados. En este sentido, quisiera recordar también a aquellos de sus colegas que han perdido la vida en misiones delicadas, llevadas a cabo en contextos difíciles. Su dedicación quizás no aparezca en los titulares de los periódicos, pero sigue viva en las personas a las que ayudaron y en las crisis que contribuyeron a resolver.

Por último, quisiera expresar mi agradecimiento por los esfuerzos de los servicios de inteligencia italianos también para garantizar la seguridad de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano. Y aquí quisiera expresar mi gratitud por la colaboración con la Gendarmería, con el Vaticano, con la Santa Sede, en tantos servicios, donde realmente esta capacidad y posibilidad de servir a los demás se hace realidad gracias a la buena colaboración con ustedes.

Los animo a continuar con su trabajo teniendo siempre en mente el bien común, aprendiendo a evaluar con juicio y equilibrio las diferentes situaciones que se les presentan y permaneciendo firmemente anclados en aquellos principios jurídicos y éticos que anteponen por encima de todo la dignidad de la persona humana.

Señoras y señores, los felicito por la decisión de vivir juntos el Jubileo como comunidad de trabajo. La gracia de Dios no dejará de dar buenos frutos a nivel personal y, por consiguiente, también en su actividad. Este es mi deseo, que acompaña con la bendición apostólica para ustedes y sus familias. ¡Les deseo a todos una feliz Navidad!

[1] Véase Comisión de Venecia, Informe sobre la supervisión democrática de los servicios de seguridad (1-2 de junio de 2007), § 2.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN LA
FIESTA DE LA VIRGEN MARÍA DE GUADALUPE
Basílica de San Pedro. Viernes, 12 de diciembre de 2025

El odio no marque la historia de las pueblos

Queridos hermanos y hermanas:
En la lectura del Sirácide, se nos presenta una descripción poética de la Sabiduría, una imagen que

halla su plena identidad en Cristo, «sabiduría de Dios» (1 Co 1,24), quien, llegada la plenitud de los tiempos, se hizo carne, naciendo de una mujer (cf. Ga 4,4). La tradición cristiana ha leído también este pasaje en clave mariana, pues hace pensar en la mujer preparada por Dios para recibir a Cristo. En efecto, ¿quién sino María puede decir «en mí está toda la gracia del camino y de la verdad, toda esperanza de vida y de virtud» (Si 24,25 NV)? Por eso, la tradición cristiana no duda en reconocerla como «la madre del amor» (ibid. v. 24).

En el Evangelio, escuchamos cómo María vive la dinámica propia de quien permite que la Palabra de Dios entre en su vida y la transforme. Como un fuego abrasador que no puede ser contenido, la Palabra nos impulsa a comunicar la alegría del don recibido (cf. Jr 20, 9; Lc 24,32). Ella, alegre por el anuncio del ángel, comprende que el gozo de Dios se plenifica en la caridad, y entonces va presurosa hacia la casa de Isabel.

Realmente las palabras de la Llena de gracia son «más dulces que la miel» (Si 24,27 NV). Basta su saludo para hacer exultar al niño en el seno de Isabel, y ella, llena del Espíritu Santo, se pregunta: «¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a verme?» (Lc 1,43). Ese júbilo desemboca en el Magníficat, donde María reconoce que su dicha proviene del Dios fiel, que ha vuelto sus ojos hacia su pueblo y lo ha bendecido (cf. Sal 66,2) con una heredad más dulce que la miel en los pañales (cf. Si 24,20 NV); la presencia misma de su Hijo.

Durante toda su existencia, María lleva ese gozo allí donde la alegría humana no basta, allí donde el vino se ha agotado (cf. Jn 2,3). Así ocurre en Guadalupe. En el Tepeyac, ella despierta en los habitantes de América la alegría de saberse amados por Dios. En las apariciones de 1531, hablándole a san Juan Diego en su lengua materna, ella declara que “mucho desea” que se levante allí una “casita sagrada” desde la cual ensalzará a Dios y lo pondrá de manifiesto (cf. Nican mopohua, 26-27). En medio de conflictos que no cesan, injusticias y dolores que buscan alivio, María de Guadalupe proclama el núcleo de su mensaje: «¿Acaso no estoy yo aquí que soy tu madre?» (ibid., 119). Es la voz que hace resonar la promesa de la fidelidad divina, la presen-

cia que sostiene cuando la vida se vuelve insopportable.

La maternidad que ella declara nos hace descubrirnos hijos. Quien escucha “yo soy tu madre” recuerda que, desde la cruz, al «aquí tienes a tu madre» corresponde el «aquí tienes a tu hijo» (cf. Jn 19,26-27). Y como hijos, nos dirigiremos a ella para preguntarle: “Madre, ¿qué debemos hacer para ser los hijos que tu corazón desea?”. Ella, fiel a su misión, con ternura nos dirá: «Hagan lo que Él les diga» (Jn 2,5). Sí, Madre, queremos ser auténticos hijos tuyos: dinos cómo avanzar en la fe cuando las fuerzas decaen y crecen las sombras. Haznos comprender que contigo, incluso el invierno se convierte en tiempo de rosas.

Y como hijo te pido: Madre, enseña a las naciones que quieren ser hijas tuyas a no dividir el mundo en bandos irreconciliables, a no permitir que el odio marque su historia ni que la mentira escriba su memoria. Muéstrales que la autoridad ha de ser ejercida como servicio y no como dominio. Instruye a sus gobernantes en su deber de custodiar la dignidad de cada persona en todas las fases de su vida. Haz de esos pueblos, hijos tuyos, lugares donde cada persona pueda sentirse bienvenida.

Acompaña, Madre, a los más jóvenes, para que obtengan de Cristo la fuerza para elegir el bien y el valor para mantenerse firmes en la fe, aunque el mundo los empuje en otra dirección. Muéstrales que tu Hijo camina a su lado. Que nada aflija su corazón para que puedan acoger sin miedo los planes de Dios. Aparta de ellos las amenazas del crimen, de las adicciones y del peligro de una vida sin sentido.

Busca, Madre, a los que se han alejado de la santa Iglesia: que tu mirada los alcance donde no llega la nuestra, derriba los muros que nos separan y tráelos de vuelta a casa con la fuerza de tu amor. Madre, te suplico que inclines el corazón de quienes siempre han discordia hacia el deseo de tu Hijo de que «todos sean uno» (Jn 17,21) y los restaure en la caridad que hace posible la comunión, pues dentro de la Iglesia, Madre, tus hijos no podemos estar divididos.

Fortalece a las familias: que, siguiendo tu ejemplo, los padres eduquen con ternura y firmeza, de modo

que cada hogar sea escuela de fe. Inspira, Madre, a quienes forman mentes y corazones para que transmitan la verdad con la dulzura, precisión, y claridad que nace del Evangelio. Alienta a los que tu Hijo ha llamado a seguirlo más de cerca: sostén al clero y a la vida consagrada en la fidelidad diaria y renueva su amor primero. Guarda su interioridad en la oración, protégelos en la tentación, anima los en el cansancio y socorre a los abatidos.

Virgen Santa, que, como tú, conservemos el Evangelio en nuestro corazón (cf. Lc 2,51). Ayúdanos a comprender que, aunque destinatarios, no somos dueños de este mensaje, sino que, como san Juan Diego, somos sus simples servidores. Que vivamos convencidos de que allí donde llega la Buena noticia, todo se vuelve bello, todo recupera la salud, todo se renueva. “Los que se dejan guiar por ti, no pecarán” (cf. Si 24,22 NV); asístenos para no empañar con nuestro pecado y miseria la santidad de la Iglesia que, como tú, es madre.

Madre “del verdadero Dios por quien se vive”, ven en auxilio del Sucesor de Pedro, para que confirme en el único camino que conduce al Fruto bendito de tu vientre, a cuantos me fueron confiados. Recuerda a este hijo tuyo, «a quien Cristo confió las llaves del Reino de los cielos para el bien de todos», que esas llaves sirvan «para atar y desatar y para redimir toda miseria humana» (S. Juan Pablo II, Homilía en Siracusa, 6 noviembre 1994). Y haz que, confiando en tu protección, avancemos cada vez más unidos, con Jesús y entre nosotros, hacia la morada eterna que Él nos ha preparado y en la que tú nos esperas. Amén.

DISCURSO DEL SANTO PADRE LEÓN XIV A LOS PARTICIPANTES DEL CONCIERTO DE NAVIDAD DIRIGIDO POR EL MAESTRO RICCARDO MUTI

Aula Pablo VI Viernes, 12 de diciembre de 2025

La ética de la música armonía de las diferencias

Queridos hermanos y hermanas, estoy muy agradecido por este Concierto, con motivo de la Navidad del Señor. San Agustín, en su

tratado sobre la música, la llama *scientia bene modulandi*, relacionándola con el arte de guiar el corazón hacia Dios. La música es una vía privilegiada para comprender la altísima dignidad del ser humano y para confirmarlo en su vocación más auténtica.

Agradezco a las instituciones que han promovido esta iniciativa –el Dicasterio para la Cultura y la Educación y la Fundación Pontificia *Gravissimum Educationis*– y a todos aquellos que, de diversas maneras, han hecho posible su realización.

Saludo al maestro Riccardo Muti, a quien hoy se le confiere el Premio Ratzinger, en señal de reconocimiento por una vida enteramente consagrada a la música, lugar de disciplina y revelación. El papa Benedicto XVI gustaba recordar que «la verdadera belleza hiere, abre el corazón, lo dilata», y en la música buscaba la voz de Dios en el universo. En este itinerario de búsqueda de la belleza, usted, querido maestro, tuvo la oportunidad de encontrarse varias veces con el cardenal Ratzinger, empezando por cuando él asistía a los conciertos en Salzburgo, en Múnich y luego en Roma. En los años siguientes, el papa Benedicto participó en sus actuaciones en el Aula Pablo VI, donde le entregó la Gran Cruz de San Gregorio Magno. El premio que recibe hoy es la continuación de esa relación, de un diálogo abierto al misterio y orientado al bien común, a la armonía.

Esta responsabilidad ética del arte musical fue bien ilustrada por mi querido predecesor, el papa Francisco, que amaba la música y la escuchaba con gusto espiritual. La música, dijo, «otorga a quienes la cultivan una mirada sabia y serena, con la que se superan más fácilmente las divisiones y los antagonismos, para estar –al igual que los instrumentos de una orquesta o las voces de un coro– en armonía, para vigilar las desafinaciones y corregir las disonancias, que también son útiles para la dinámica de las composiciones, siempre que se integren en un sabio tejido armónico». [1] Armonizar significa mantener unidas diferencias que podrían chocar, permitiéndoles generar una unidad superior. También el silencio contribuye a este fin: no es ausencia, es preparación, porque en él se forma la posibilidad de la palabra, en la pausa aflora la verdad.

Maestro Muti, su forma de interpretar la dirección, el arte de escuchar y la responsabilidad, se refleja también en su inclinación natural por la formación. Así lo demuestran su vínculo con los conservatorios italianos y la práctica de los «ensayos abiertos», ofrecidos como forma de compartir, donde cada gesto es un acto de confianza, una invitación más que una orden.

Por lo tanto, parece especialmente coherente la concesión del Premio Ratzinger a quien ha sabido custodiar lo que Benedicto XVI siempre ha considerado el corazón del arte: la posibilidad de hacer resonar, a través de la belleza, una chispa de la presencia de Dios.

Agradezco a la Orquesta Juvenil «Luigi Cherubini», cuya participación ha permitido dar voz al talento y la creatividad de los jóvenes, y al Coro «Guido Chigi Saracini» de la Catedral de Siena.

El concierto de esta noche es una ocasión para sensibilizar y comprometerse en el ámbito educativo: en el mundo, de hecho, millones de niños y niñas están excluidos de cualquier tipo de escolarización. Por ello, saludo con esperanza el nacimiento del Observatorio sobre la desigualdad y el acceso universal a la educación, anunciado con motivo del reciente Jubileo del Mundo Educativo. El Dicasterio para la Cultura y la Educación está reuniendo en torno a este proyecto a todos aquellos que se preocupan por la educación de los jóvenes, empezando por la Fundación Galileo, que ha manifestado su adhesión mediante el apoyo a esta velada y a los proyectos educativos de la Fundación Gravissimum Educationis.

Hermanas y hermanos, ante la inminencia de la Santa Navidad, renuevo la invitación a perseverar en la oración para que Dios nos conceda el don de la paz. Sobre todos ustedes, y sobre quienes han seguido el acto gracias a la retransmisión televisiva, invoco de corazón la bendición del Señor.

¡Que nadie se pierda!

Queridos hermanos y hermanas, celebramos hoy el Jubileo de la esperanza para el mundo carcelario, para los presos y para todos aquellos que se ocupan de la realidad penitenciaria. Con una elección llena de significado, lo hacemos en el tercer domingo de Adviento, que la liturgia define como “¡Gaudete!”, por las palabras con las que comienza la antífona de entrada de la Santa Misa (cf. Flp 4,4). En el año litúrgico, este es el domingo “de la alegría”, que nos recuerda la dimensión luminosa de la espera: la confianza en que algo bello, y gozoso sucederá.

A este respecto, el 26 de diciembre del año pasado, el Papa Francisco, al abrir la Puerta Santa en la iglesia del Padre nuestro, en el centro de detención de Rebibbia, lanzó una invitación a todos: «Dos cosas les digo –afirmó–. Primero: la cuerda en la mano, con el ancla de la esperanza. Segundo: abrir de par en par las puertas del corazón». Refiriéndose a la imagen de un ancla lanzada hacia la eternidad, más allá de cualquier barrera de espacio y tiempo (cf. Hb 6,17-20), nos invitaba a mantener viva la fe en la vida que nos espera y a creer siempre en la posibilidad de un futuro mejor. Al mismo tiempo, sin embargo, nos exhortaba a ser, con corazón generoso, agentes de justicia y caridad en los ambientes en los que vivimos.

A medida que se acerca la conclusión del Año Jubilar, debemos reconocer que, a pesar del compromiso de muchos, también en el mundo penitenciario queda aún mucho por hacer en este sentido, y las palabras del profeta Isaías que hemos escuchado –«Volverán los rescatados por el Señor; y entrarán en Sion con gritos de júbilo» (Is 35,10)– nos recuerdan que Dios es quien redime, quien libera, y este mensaje resuena como una misión importante y exigente para todos nosotros. Es verdad, la cárcel es un entorno difícil y hasta las mejores intenciones pueden encontrar muchos obstáculos. Precisamente por eso, no hay que cansarse, desanimarse o retroceder, sino seguir adelante con tenacidad, valentía y espíritu de colaboración. De hecho, son muchos los que aún no comprenden que hay que levantarse de toda caída, que ningún ser humano coincide con lo que ha hecho y que la justicia es

HOMILÍA DEL SANTO PADRE LEÓN XIV EN LA
JUBILEO DE LOS PRESOS
Basilica de San Pedro. III Domingo de Adviento, 14 de
diciembre de 2025

siempre un proceso de reparación y reconciliación. Sin embargo, cuando se conservan, incluso en condiciones difíciles, la belleza de los sentimientos, la sensibilidad, la atención a las necesidades de los demás, el respeto, la capacidad de misericordia y perdón, entonces, del duro terreno del sufrimiento y el pecado brotan flores maravillosas e incluso entre los muros de las prisiones maduran gestos, proyectos y encuentros extraordinarios en su humanidad. Se trata de un trabajo sobre los propios sentimientos y pensamientos, necesario para las personas privadas de libertad, pero antes aún para quienes tienen la gran responsabilidad de representar ante ellos y para ellos la justicia. El Jubileo es una llamada a la conversión y, precisamente por eso, es motivo de esperanza y alegría.

Por eso es importante contemplar ante todo a Jesús, a su humanidad, a su Reino, en el que «los ciegos ven y los paralíticos caminan; [...] y la Buena Noticia es anunciada a los pobres» (Mt 11,5), recordando que, si bien a veces estos milagros se producen gracias a intervenciones extraordinarias de Dios, con mayor frecuencia se nos confían a nosotros, a nuestra compasión, a nuestra atención, a la sabiduría y a la responsabilidad de nuestras comunidades e instituciones.

Y esto nos lleva a otra dimensión de la profecía que hemos escuchado: el compromiso de promover en todos los ámbitos —y hoy subrayamos especialmente en las cárceles— una civilización fundada en nuevos criterios y, en última instancia, en la caridad, como decía san Pablo VI al cerrar el Año Jubilar de 1975: «Esta —la caridad— querría ser, especialmente en el plano de la vida pública, [...] el principio de la nueva hora de gracia y de buena voluntad que el calendario de la historia abre ante nosotros: ¡la civilización del amor!» (cf. Catequesis, 31 diciembre 1975).

Con este propósito, el Papa Francisco deseaba, en particular, que durante el Año Santo se concedieran también «formas de amnistía o de condonación de la pena orientadas a ayudar a las personas para que recuperen la confianza en sí mismas y en la sociedad» (Bula *Spes non confundit*, 10) y a todos ofrecerles oportunidades reales de reinserción (cf. ibid.). Confío en que en muchos países se dé cum-

plimiento a su deseo. El Jubileo, como sabemos, en su origen bíblico era precisamente un año de gracia en el que, de muchas maneras, a todos se les ofrecía la posibilidad de empezar de nuevo (cf. Lv 25,8-10).

El Evangelio que hemos escuchado también nos habla de esto. Juan el Bautista, mientras predicaba y bautizaba, invitaba al pueblo a convertirse y a cruzar de nuevo, simbólicamente, el río, como en tiempos de Josué (cf. Jos 3,17), para tomar posesión de la nueva «tierra prometida», es decir, de un corazón reconciliado con Dios y con los hermanos. Y es elocuente, en este sentido, su figura de profeta: era recto, austero, franco hasta el punto de ser encarcelado por la valentía de sus palabras —no era «una caña agitada por el viento» (Mt 11,7) ; y, sin embargo, al mismo tiempo era rico en misericordia y comprensión hacia quienes, sinceramente arrepentidos, se esforzaban por cambiar (cf. Lc 3,10-14).

San Agustín, al respecto, en su famoso comentario al episodio evangélico de la adultera perdonada (cf. Jn 8,1-11), concluye diciendo: «marchándose uno tras otro [...], quedaron solos la misera y la misericordia. Y el Señor le dice: [...] vete y en adelante no peques más» (Sermón 302, 14).

Queridos hermanos, la tarea que el Señor les confía —a todos ustedes, recluidos y responsables del mundo penitenciario— no es fácil. Los problemas que hay que afrontar son muchos. Pensemos en el encarcelamiento, en el compromiso aún insuficiente para garantizar programas educativos estables de recuperación y oportunidades de trabajo. Y no olvidemos, a nivel más personal, el peso del pasado, las heridas que hay que curar en el cuerpo y en el corazón, las desilusiones, la infinita paciencia que se necesita, consigo mismo y con los demás, cuando se emprenden caminos de conversión, y la tentación de rendirse o de no perdonar más. Sin embargo, el Señor, más allá de todo, sigue repitiéndonos que sólo hay una cosa importante: que nadie se pierda (cf. Jn 6,39) y «que todos se salven» (1 Tm 2,4).

¡Que nadie se pierda! ¡Que todos se salven! Esto es lo que quiere nuestro Dios, este es su Reino, este es el objetivo de su acción en el mundo. Al acercarse la Navidad, queremos abrazar también nosotros, aún con más fuerza, su sueño, perseverantes en nuestro

compromiso (cf. St 5,8) y llenos de confianza. Porque sabemos que, incluso ante los desafíos más grandes, no estamos solos: el Señor está cerca (cf. Flp 4,5), camina con nosotros y, con Él a nuestro lado, siempre sucederá algo maravilloso y alborozador.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, III Domingo de Adviento, 14 de diciembre de 2025

Cese la violencia y se busque un diálogo constructivo

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! El Evangelio de hoy nos hace visitar en la prisión a Juan el Bautista, que se encuentra encarcelado a causa de su predicación (cf. Mt 14,3-5). Sin embargo, él no pierde la esperanza, convirtiéndose para nosotros en un signo de que la profecía, aunque esté encadenada, sigue siendo una voz libre en busca de la verdad y la justicia.

Desde la cárcel, Juan el Bautista oye hablar «de las obras de Cristo» (Mt 11,2), que son diferentes a las que él esperaba. Entonces envía a preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?» (v. 3). Quienes buscan la verdad y la justicia, quienes esperan la libertad y la paz, interrogan a Jesús. ¿Es Él realmente el Mesías, es decir, el Salvador prometido por Dios a través de los profetas?

La respuesta de Jesús dirige la mirada hacia aquellos a quienes Él ha amado y servido. Son ellos: los últimos, los pobres, los enfermos, quienes hablan por Él. Cristo anuncia quién es a través de lo que hace. Y lo que hace es un signo de salvación para todos nosotros. En efecto, cuando se encuentra a Jesús, la vida carente de luz, de palabra y de sabor recupera su sentido. Los ciegos ven, los mudos hablan, los sordos oyen. La imagen de Dios, desfigurada por la lepra, recobra su integridad y su salud. Hasta los muertos, totalmente insensibles, vuelven a la vida (cf. v. 5). Este es el Evangelio de Jesús, la buena nueva anunciada a los pobres. Cuando Dios viene al mundo, se ve.

La palabra de Jesús nos libera de la prisión del de-

sánimo y el sufrimiento, toda profecía encuentra en Él el cumplimiento esperado. Es Cristo, de hecho, quien abre los ojos del hombre a la gloria de Dios. Él da la palabra a los oprimidos, a quienes la violencia y el odio les han quitado la voz; Él vence la ideología, que nos hace sordos a la verdad; Él cura las apariencias que deforman el cuerpo.

De este modo, el Verbo de la vida nos redime del mal, que lleva el corazón a la muerte. Por eso, como discípulos del Señor, en este tiempo de Adviento estamos llamados a unir la espera del Salvador a la atención de lo que Dios hace en el mundo. Sólo así podremos experimentar la alegría de la libertad que encuentra a su Salvador: «Gaudete in Domino semper - Alérgrense siempre en el Señor» (Flp 4,4). Con esta invitación se abre la Santa Misa de hoy, tercer domingo de Adviento, llamado por eso domingo Gaudete. Alegrémonos, pues, porque Jesús es nuestra esperanza, sobre todo en la hora de la prueba, cuando la vida parece perder sentido y todo se ve más oscuro, nos faltan las palabras y nos cuesta escuchar al prójimo.

Que la Virgen María, modelo de espera, de atención y de alegría, nos ayude a imitar la obra de su Hijo, compartiendo con los pobres el pan y el Evangelio.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer en Jaén, España, fueron beatificados el sacerdote Emanuel Izquierdo y cincuenta y ocho compañeros, junto con el sacerdote Antonio Montañés Chiquero y sesenta y cuatro compañeros, asesinados por odio a la fe durante la persecución religiosa de los años 1936-38. Y también ayer, en París, fueron beatificados Raymond Cayré, sacerdote; Gérard-Martin Cendrier, de la Orden de los Frailes Menores; Roger Vallé, seminarista; Jean Mestre, laico; y cuarenta y seis compañeros, asesinados por odio a la fe en los años 1944-45 durante la ocupación nazi. Alabamos al Señor por estos mártires, valientes testigos del Evangelio, perseguidos y asesinados por haber permanecido junto a su gente y fieles a la Iglesia.

Sigo con viva preocupación la reanudación de los enfrentamientos en la parte oriental de la República Democrática del Congo. Al mismo tiempo que

expreso mi cercanía a la población, exhorto a las partes en conflicto a que cesen toda forma de violencia y busquen un diálogo constructivo, en el respeto de los procesos de paz en curso.

Saludo con afecto a todos ustedes, romanos y peregrinos de Italia y de otras partes del mundo, en particular a los fieles de Belo Horizonte, Zagreb, Split y Copenhague; así como a los procedentes de Corea del Sur, Tanzania y Eslovaquia. Saludo a los grupos venidos de Mestre, Biancavilla y Bussi sul Tirino; a los exalumnos de la Asociación Mornese Italia, a la Orquesta Filarmónica Pugliese, a la Fundación Oasi Nazareth de Corato, a los jóvenes del Oratorio Salesiano de Alcamo y a los confirmados de la Parroquia San Pío de Pietrelcina en Roma.

Les deseo a todos un feliz domingo.

DISCURSO DEL PAPA A LOS DONANTES DEL
BELÉN DEL AULA PABLO VI Y DEL ÁRBOL Y
BELÉN DE LA PLAZA DE SAN PEDRO
Aula Pablo VI Lunes, 15 de diciembre de 2025

¡Basta de violencias antisemitas!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,

¡La paz esté con ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, hermanos y hermanas,

me alegra recibir a todos ustedes, aquí reunidos para la presentación oficial del Belén y del Árbol que decoran la Plaza de San Pedro, así como del Nacimiento colocado en esta Aula.

Saludo a la delegación de la Diócesis de Nocera Inferiore-Sarno, de donde procede el belén: al obispo Giuseppe Giudice, a las autoridades civiles y a los diferentes grupos eclesiales. Les agradezco esta obra artística que evoca elementos típicos de su territorio, como el Baptisterio de Santa María la Mayor de Nocera Superiore, la fuente Helvius de Sant'Egidio del Monte Albino y los característicos patios del Agro Nocerino-Sarnese. Son lugares habitados por San Alfonso María de Ligorio, por los Siervos de Dios Don Enrico Smaldone y Alfonso

Russo. Agradezco a las empresas participantes, a los maestros artesanos y a todos los que han ideado el proyecto y colaborado en su realización, con el objetivo de unir arte y espiritualidad en una escenografía que narra la fe y las raíces culturales de su tierra.

A los peregrinos procedentes de todas partes del mundo que acudirán a la Plaza de San Pedro, el belén les recordará que Dios se acerca a la humanidad, se hace uno de nosotros, entrando en nuestra historia con la pequeñez de un niño. De hecho, en la pobreza del establo de Belén, contemplamos un misterio de humildad y amor. Ante cada belén, incluso los que hacemos en nuestras casas, revivimos ese acontecimiento y redescubrimos la necesidad de buscar momentos de silencio y oración en nuestra vida, para hallarnos a nosotros mismos y entrar en comunión con Dios.

La Virgen María es el modelo del silencio adorador. A diferencia de los pastores que, al regresar de Belén, glorifican a Dios y cuentan lo que han visto y oído, la Madre de Jesús guarda todo en su corazón (cf. Lc 2,19). Su silencio no es simple silencio: es asombro y adoración.

Junto al belén, se encuentra el abeto rojo procedente de los bosques de los municipios de Lagundo y Ultimo, en la diócesis de Bolzano-Bressanone. Saludo a la delegación que viene de esa hermosa tierra: el obispo Ivo Muser, los alcaldes, las demás autoridades y las diferentes agrupaciones eclesiales y civiles. El árbol, con sus ramas siempre verdes, es signo de vida y evoca la esperanza que no se apaga ni siquiera en el frío del invierno. Las luces que lo adornan simbolizan a Cristo, luz del mundo, que ha venido a disipar las tinieblas del pecado e iluminar nuestro camino. Además del gran abeto, de esas mismas localidades del Alto Adige proceden los demás árboles de menor tamaño destinados a oficinas, lugares públicos y diversos ambientes de la Ciudad del Vaticano.

La representación del Nacimiento, que permanecerá en esta Aula durante todo el período navideño, procede de Costa Rica y se titula Nacimiento Gaudium. Cada una de las veintiocho mil cintas de colores que decoran la escena representa una vida preservada del aborto gracias a la oración y al apo-

yo prestado por organizaciones católicas a muchas madres en dificultades. Agradezco a la artista costarricense que, junto con el mensaje de paz de la Navidad, ha querido lanzar también un llamamiento para que se proteja la vida desde el momento de la concepción. Saludo a la delegación de Costa Rica, en particular a la señora Signe Zeicate, primera dama de la República, con su hija, y al embajador de Costa Rica ante la Santa Sede.

Queridos hermanos y hermanas, el belén y el árbol son signos de fe y esperanza; mientras los contemplamos en nuestras casas, en las parroquias y en las plazas, pidamos al Señor que renueve en nosotros el don de la paz y la fraternidad. Oremos por quienes sufren a causa de la guerra y la violencia; en particular, hoy deseo encomendar al Señor a las víctimas del atentado terrorista perpetrado ayer en Sidney contra la comunidad judía. ¡Basta ya de estas formas de violencia antisemita! Debemos eliminar el odio de nuestros corazones.

Dejemos que la ternura del Niño Jesús ilumine nuestra vida. Dejemos que el amor de Dios, como las ramas de un árbol siempre verde, permanezca ferviente en nosotros. Renuevo mi gratitud a todos ustedes, así como a la Dirección de Infraestructuras y Servicios del Gobernadorado, por su generoso compromiso y, mientras invoco la protección maternal de María Santísima sobre ustedes y sus familias, les imparto de corazón la bendición apostólica.

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro Miércoles, 17 de diciembre de 2025

Hoy más que nunca la finanza es idolatría al precio sangriento de vidas humanas y la creación

Saludo del Santo Padre a los enfermos, en el Aula Pablo VI, antes de la audiencia general

¡Buenos días a todos! Good morning! Welcome!

[¡Buenos días! ¡Bienvenidos!]

Les doy un breve saludo, una bendición para cada uno de ustedes.

En esta jornada queríamos protegerlos un poco de los elementos, sobre todo del frío... No está lloviendo, pero así tal vez estén un poco más cómodos. Después podrán seguir la audiencia en la pantalla, o si quieren también pueden salir, pero aprovechamos este pequeño encuentro un poco más personal para saludarlos, para ofrecerles la bendición del Señor y también un deseo de bien. Ya estamos cerca de la fiesta de Navidad y queremos pedirle al Señor que la alegría de este tiempo navideño los acompañe a todos: a sus familias, a sus seres queridos, y que estén siempre en las manos del Señor con la confianza y el amor que solo Dios puede darnos.

Ahora les doy la bendición a todos y luego paso a saludarlos.

Bendición

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

La vida humana se caracteriza por un movimiento constante que nos impulsa a hacer, a actuar. Hoy en día se exige en todas partes rapidez para obtener resultados óptimos en los ámbitos más diversos. ¿De qué manera la resurrección de Jesús ilumina este aspecto de nuestra experiencia? Cuando participemos en su victoria sobre la muerte, ¿descansaremos? La fe nos dice: sí, descansaremos. No estaremos inactivos, sino que entraremos en el descanso de Dios, que es paz y alegría. Pues bien, ¿solo tenemos que esperar, o esto puede cambiarnos desde ahora?

Estamos absortos en muchas actividades que no siempre nos satisfacen. Muchas de nuestras acciones tienen que ver con cosas prácticas, concretas. Debemos asumir la responsabilidad de numerosos compromisos, resolver problemas, afrontar fatigas. También Jesús se involucró con las personas y con la vida, sin escatimar esfuerzos, sino entregándose hasta el final. Sin embargo, a menudo percibimos que el hecho de hacer demasiado, en lugar de darnos plenitud, se convierte en un vórtice que nos aturde, nos quita la serenidad, nos impide vivir mejor lo que es realmente importante para nuestra vida. Entonces nos sentimos cansados, insatisfechos: el tiempo parece dispersarse en mil cosas prácticas que, sin embargo, no resuelven el significado último de nuestra existencia. A veces, al final de días

llenos de actividades, nos sentimos vacíos. ¿Por qué? Porque no somos máquinas, tenemos un «corazón», es más, podemos decir que somos un corazón.

El corazón es el símbolo de toda nuestra humanidad, la síntesis de pensamientos, sentimientos y deseos, el centro invisible de nuestras personas. El evangelista Mateo nos invita a reflexionar sobre la importancia del corazón, al citar esta hermosa frase de Jesús: «Porque allí donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Mt 6,21).

Es, entonces, en el corazón donde se conserva el verdadero tesoro, no en las cajas fuertes de la tierra, no en las grandes inversiones financieras, hoy más que nunca enloquecidas e injustamente concentradas, idolatradas al precio sangriento de millones de vidas humanas y de la devastación de la creación de Dios.

Es importante reflexionar sobre estos aspectos, porque en los numerosos compromisos que afrontamos continuamente, aflora cada vez más el riesgo de la dispersión, a veces de la desesperación, de la falta de sentido, incluso en personas aparentemente exitosas. En cambio, leer la vida bajo el signo de la Pascua, mirarla con Jesús Resucitado, significa encontrar el acceso a la esencia de la persona humana, a nuestro corazón: cor inquietum. Con este adjetivo «inquieto», san Agustín nos hace comprender el impulso del ser humano que tiende a su plena realización. La frase completa remite al comienzo de las Confesiones, donde Agustín escribe: «Señor, tú nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descance en ti» (I, 1,1).

La inquietud es la señal de que nuestro corazón no se mueve al azar, de forma desordenada, sin un fin o una meta, sino que está orientado hacia su destino último, el de «volver a casa». Y el auténtico destino del corazón no consiste en la posesión de los bienes de este mundo, sino en alcanzar lo que puede colmarlo plenamente, es decir, el amor de Dios, o, mejor dicho, Dios Amor. Sin embargo, este tesoro solo se encuentra amando al prójimo que se encuentra en el camino: hermanos y hermanas de carne y hueso, cuya presencia interpela e interroga a nuestro corazón, llamándolo a abrirse y a donarse. El prójimo te pide ralentizar, mirarlo a los ojos, a

veces cambiar de planes, tal vez incluso cambiar de dirección.

Queridísimos, he aquí el secreto del movimiento del corazón humano: volver a la fuente de su ser, disfrutar del gozo que no termina, que no decepciona. Nadie puede vivir sin un sentido que vaya más allá de lo contingente, más allá de lo que pasa. El corazón humano no puede vivir sin esperar, sin saber que está hecho para la plenitud, no para el vacío.

Jesucristo, con su Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección, ha dado un fundamento sólido a esta esperanza. El corazón inquieto no se sentirá defraudado si entra en el dinamismo del amor para el que ha sido creado. El destino es seguro, la vida venció y en Cristo seguirá venciendo en cada muerte de lo cotidiano. Esta es la esperanza cristiana: ¡bendigamos y demos gracias siempre al Señor que nos la ha dado!

DISCURSO DEL PAPA A LOS REPRESENTANTES DEL COLEGIO DE ASESORES LABORALES

Sala Clementina. Jueves, 18 de diciembre de 2025

Ni el lucro ni el mercado sino la dignidad de las personas

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos.

Me alegra encontrarme con ustedes con motivo del 60.º aniversario de la creación del Colegio Profesional de Asesores Laborales. La suya es una labor valiosa y llena de responsabilidad, que requiere competencia y sentido de la justicia. Me gustaría recordar con ustedes tres aspectos que considero especialmente importantes: la defensa de la dignidad de la persona, la mediación y la promoción de la seguridad.

En cuanto al primero, me gustaría retomar una expresión que, por así decirlo, he «heredado» del Papa Francisco: «Trabajando, nosotros nos hacemos más personas, florece nuestra humanidad, los jóve-

nes se vuelven adultos» (Exhort. ap. *Dilexi te*, 115). Estas palabras nos recuerdan que en el centro de cualquier dinámica laboral no deben situarse ni el capital, ni las leyes del mercado, ni el lucro, sino la persona, la familia y su bien, respecto a los cuales todo lo demás es funcional. Esta centralidad, constantemente afirmada por la Doctrina Social de la Iglesia (cf. San Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 3; 5), debe tenerse muy presente en toda programación y planificación empresarial, para que los trabajadores y las trabajadoras sean reconocidos en su dignidad y reciban respuestas concretas a sus necesidades reales.

Pienso, por ejemplo, en la necesidad de satisfacer las necesidades de las familias jóvenes, de los padres que tienen hijos pequeños, así como en la importancia de ayudar a quienes, a pesar de trabajar, deben cuidar de familiares ancianos o enfermos. Se trata de necesidades que ninguna sociedad verdaderamente civilizada puede permitirse olvidar o descuidar, y ustedes tienen la posibilidad de apoyar a quienes luchan por afrontarlas. Hoy en día, en un contexto en el que la tecnología y la inteligencia artificial gestionan y condicionan cada vez más nuestras actividades, es urgente comprometerse para que las empresas se caractericen, ante todo y sobre todo, como comunidades humanas y fraternas.

Esto nos lleva al segundo aspecto sobre el que me gustaría reflexionar: la mediación. En las dinámicas empresariales, su tarea los sitúa, en cierto sentido, como enlace entre los directivos y los empleados, convirtiéndoles en facilitadores de relaciones indispensables tanto para el buen funcionamiento de las empresas como para el bienestar de quienes trabajan en ellas. Como asesores laborales, gestionan aspectos jurídicos y administrativos fundamentales para la vida de los trabajadores y sus familias, colaborando con las empresas y los empleados en materia de contratos, contrataciones, cotizaciones y muchas otras obligaciones. En esta función, pueden surgir dos tentaciones: por un lado, una excesiva burocratización de las relaciones y, por otro, el alejamiento y el distanciamiento de la realidad. Ambas son perjudiciales, porque a la larga hacen insopportable el ambiente de la empresa, impidiéndole ser, según su verdadera vocación, una sinergia

solidaria (cf. Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 218-219).

Los invito, por tanto, a no vivir su profesión aplastados desde el punto de vista empresarial, como si el resto fuera menos importante. San Juan, en su Primera Carta, escribe: «Si alguien tiene las riquezas de este mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanece en él el amor de Dios?» (1 Jn 3,17). A la luz de estas palabras, al actuar como intermediarios en las relaciones entre las partes sociales, los exhorto a mantener siempre los ojos bien abiertos sobre las personas que tienen delante, especialmente sobre quienes están en dificultades y tienen menos posibilidades de expresar sus necesidades y hacer valer sus intereses. Este es un gran acto de justicia y caridad.

Pero hay todavía un último tema sobre el que quisiera detenerme: la promoción de la seguridad. A este respecto, es muy beneficioso lo que hacen por la prevención de accidentes a través de la formación y la actualización de los trabajadores. Se trata de un servicio a su propia vida. Lamentablemente, aún hoy en día, son demasiados los accidentes y las «muertes blancas» que ocurren en los lugares de trabajo. Lo que deberían ser siempre espacios de vida, en los que las personas pasan gran parte de su tiempo cada día y emplean gran parte de sus energías, se convierten con frecuencia en lugares de muerte y desolación. Por eso quiero recordarles que «la seguridad en el trabajo es como el aire que respiramos: solo nos damos cuenta de su importancia cuando trágicamente falta, ¡y siempre es demasiado tarde!». (Francisco, Discurso a la Asociación Nacional de Trabajadores Mutilados e Inválidos del Trabajo, 11 de septiembre de 2023). Más vale prevenir que curar, y eso es lo que persiguen sus valiosas contribuciones formativas.

Queridos amigos, tienen una tarea importante. Los animo a cumplirla con pasión y dedicación, conscientes de que muchos hermanos y hermanas cuentan con su contribución para realizar sus actividades laborales con tranquilidad. Los encomiendo a la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de San José, Patrón de los trabajadores, mientras les imparto de corazón la bendición apostólica a ustedes y a sus familias. Y a todos les deseo lo mejor

para una Santa Navidad.

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro IV Domingo de Adviento, 21 de diciembre de 2025

Rezar para que todos los niños del mundo puedan vivir en paz

Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días! Hoy, cuarto domingo de Adviento, la liturgia nos invita a meditar sobre la figura de san José. Nos lo presenta, en particular, en el momento en el que Dios le revela su misión en sueños (cf. Mt 1,18-24). De ese modo, nos propone una página muy hermosa de la historia de la salvación, cuyo protagonista es un hombre frágil y falible –como nosotros– y, al mismo tiempo, valiente y fuerte en la fe.

El evangelista Mateo lo llama “hombre justo” (cf. Mt 1,19), y esto lo describe como un israelita piadoso, que observa la Ley y frequenta la sinagoga. Pero, además de eso, José de Nazaret se nos muestra también como una persona extremadamente sensible y humana.

Lo vemos cuando, aun antes de que el Ángel le revele el misterio que se está cumpliendo en María, frente a una situación difícil de comprender y de aceptar, él no elige la vía del escándalo y de la condena pública a su futura esposa, sino el camino discreto y benévolos del repudio en secreto (cf. ibíd.). De esa manera, demuestra que ha captado el sentido más profundo de su propia observancia religiosa: el de la misericordia.

La pureza y la nobleza de sus sentimientos se vuelven aún más evidentes cuando el Señor, en sueños, le revela su plan de salvación, indicándole el rol inesperado que deberá asumir: ser el esposo de la Virgen Madre del Mesías. Aquí, en efecto, José, con un gran acto de fe, deja también la última orilla de sus seguridades y navega mar adentro hacia un futuro que ya está totalmente en las manos de Dios. San Agustín describe así su consentimiento: «A la piedad y caridad de José le nació de la Virgen María un hijo, Hijo a la vez de Dios» (Sermón 51, 30). Piedad y caridad, misericordia y abandono; estas

son las virtudes del hombre de Nazaret que la liturgia nos propone hoy, para que nos acompañen en estos últimos días de Adviento, hacia la santa Navidad. Son actitudes importantes, que educan el corazón al encuentro con Cristo y con los hermanos, y que nos pueden ayudar a ser, los unos para los otros, pesebre acogedor, casa confortable, signo de la presencia de Dios. En este tiempo de gracia, no perdamos ocasión para practicarlas: perdonando, animando, dando un poco de esperanza a las personas con las que vivimos y a aquellas que encontramos; y renovando en la oración nuestro abandono filial al Señor y a su Providencia, encomendándole todo con confianza.

Que nos ayuden en esto la Virgen María y san José, que fueron los primeros en acoger a Jesús, el Salvador del mundo, con gran fe y amor.

Después del ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo con afecto a todos ustedes, romanos y peregrinos de Italia y de otras partes del mundo, en particular a los que han venido desde Jumilla, en España, y al grupo de docentes del Our Lady College, de Hong Kong. Saludo además a los fieles de Chieti Scalo y de Voghera, a los profesores y a los alumnos del Liceo Científico “Banzi Bazoli” de Lecce, y a los miembros de la “Fundación Agustinos en el Mundo”, con motivo de su aniversario.

Hoy también deseo dirigir un saludo especial a los niños y adolescentes de Roma. Queridos amigos, han venido con sus familiares y con los catequistas para la bendición de las imágenes del Niño Jesús, que colocarán en el pesebre de sus casas, de las escuelas y de los oratorios. Agradezco al Centro de Oratorios Romanos que ha organizado este evento y bendigo de corazón todas las imágenes del Niño Dios. Queridos chicos, ante el pesebre, recen a Jesús también por las intenciones del Papa. En particular, recemos juntos para que todos los niños del mundo puedan vivir en paz. ¡Les agradezco de corazón!

Y con las imágenes del Niño Dios y con todas las expresiones de nuestra fe en Él los bendiga siempre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

A todos les deseo un feliz domingo y una santa y serena Navidad.

